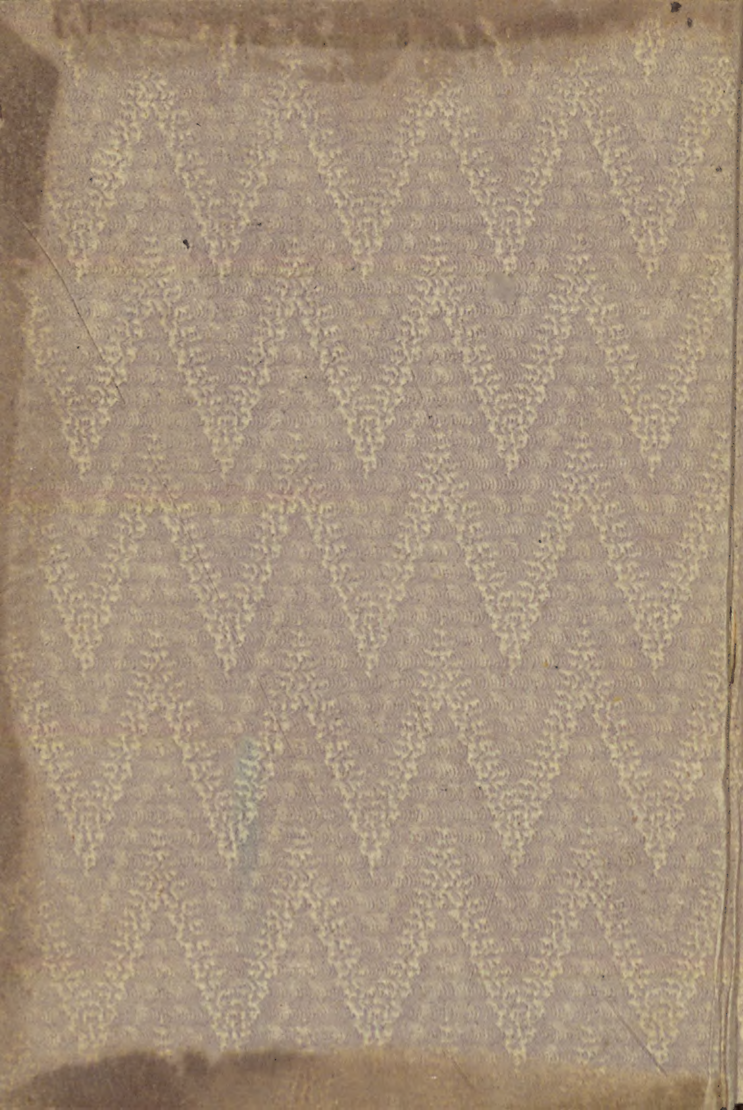
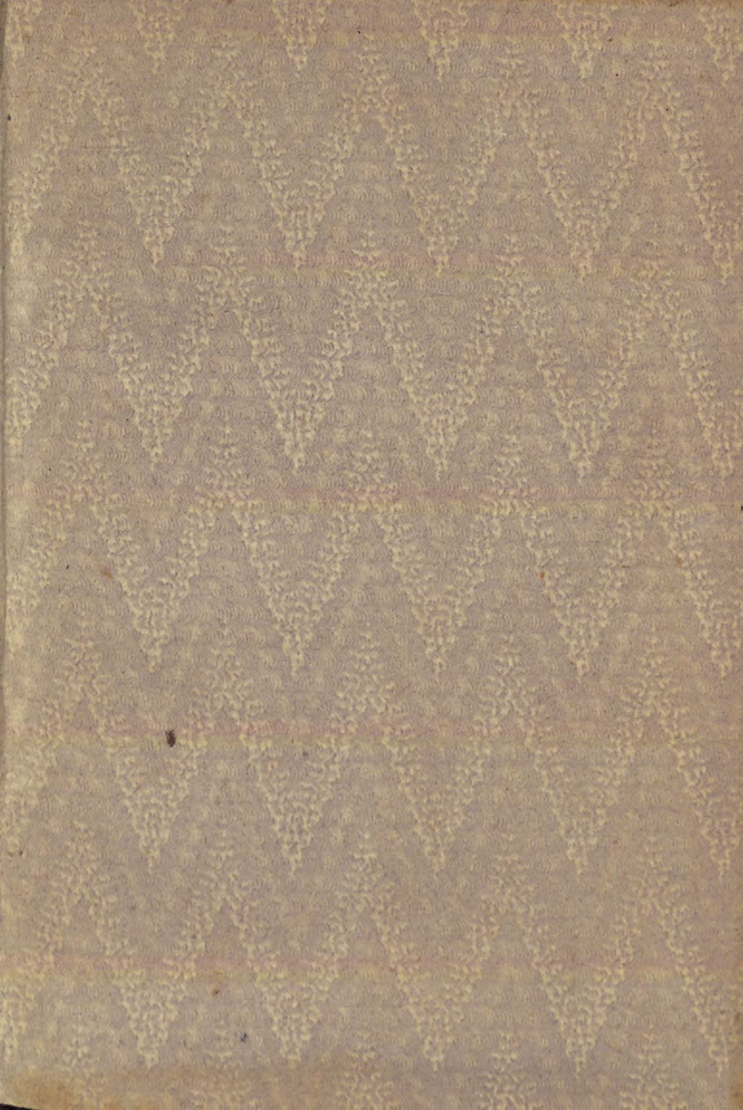







TEATRO
de
OS NIÑOS
EN LA OFICINA DE PIFERRER



DE LOS NIÑOS,

ó

Coleccion de composiciones dramáticas

PARA USO DE LAS ESCUELAS

y casas de educacion.

DALE Á LUZ

D. José Ulanga y Algocin.



BARCELONA: 1828.

POR D. JUAN FRANCISCO PIFERRER, IMPRESOR DE S. M.

Con las licencias necesarias.

PRÓLOGO.

El fin que se ha propuesto el editor de esta obrita no es unicamente proporcionar á los niños y niñas de los colegios y casas de educacion, por medio de los dramas contenidos en ella, un inocente pasatiempo, durante las pascuas y otras solemnidades del año. Verdad es que les será utilísimo este ejercicio, pues dejando aparte la gran ventaja de ins-

pirárseles los principios de honor, de virtud y buena conducta, no por el método ineficaz de máximas y documentos teóricos que casi siempre se olvidan cuando se presenta el caso de aplicarlos, sino por lances prácticos en que se ve premiada y distinguida la generosidad, la aplicacion, la buena fé, el amor filial; y vilipendiada la holgazaneria, la vanidad, la envidia y demas vicios de nuestros primeros años, aprenderán los niños sin esfuerzo alguno á presentarse y hablar en público con despejo, y á descartar de su pronunciacion el tonillo fastidioso que suelen contraer en las escuelas. Pero como la mayor parte de estos resultados se consigue igualmente con la lectura diaria, el principal objeto

del editor es ofrecer á los maestros un libro que sirva para las lecciones cotidianas, alternando con los preceptos evangélicos, que son la base de la enseñanza, y en el cual vean, para decirlo así, la Moral puesta en accion, *inculcándose en sus tiernos corazones de un modo indeleble, mediante el halago propio de las formas dramáticas, y la curiosidad del desenlace, pasion mas vehemente en la niñez, que en ninguna otra época de la vida.*

El que espere encontrar en estos dramas el enredo, el interes, las sales cómicas y la diversidad de lances y carácteres, que busca en el teatro, se engaña de medio á medio. Todas las pasiones humanas se descubren desde la niñez, á escepcion de una

sola, que nace en la pubertad, suele influir poderosamente en el destino de la mayor parte de los hombres, y admite en sus efectos y combinaciones una variedad inagotable, por cuya razon campea en el teatro, y forma por sí sola el fondo y la trama de cási todas las composiciones conocidas. Es pues cosa clara, que esta pasion no puede tener lugar en obras destinadas al uso de los niños, ni aun con el fin de preservarles de sus estragos; pues léjos de produdir utilidad, serviria unicamente para despertar en ellos una inclinacion, que demasiado pronto vendrá por sí misma á perturbar su sosiego, y á dar al traste con su feliz inocencia. Los dramas que contiene el presente libro versan sobre

asuntos acomodados á la capacidad de la infancia, afeando los vicios de esta edad, y ensalzando las virtudes que les son opuestas. El enredo es sencillo, el desenlace natural, el estilo familiar y claro, y el lenguage castizo y puro, en lo cual ha puesto el editor sumo cuidado, persuadido de que en las obras destinadas á la primera educacion deben resplandecer con preferencia á todas las demas la propiedad y pureza del idioma patrio. Si hay algun mérito de su parte, en esto solo consiste; pues no siendo originales estos dramas, ha procurado esmerarse en que lo parezcan, empleando siempre voces y modismos castellanos con la mira de preservar á los niños del contagio de la frase estran-

gera, cuya general propagacion entre nosotros se debe en gran parte al descuido ó á la impericia de algunos traductores.

Ofreciendo á los niños una lectura, en que no se encuentren hechos ni raciocinios absurdos, que vicien la natural rectitud de su juicio, ni falsas máximas de moral que perviertan su corazon, cree el editor haber hecho una obra útil. Si lo ha conseguido, ó no, lo juzgarán las beneméritas personas, que se ejercitan en las penosas tareas de la pública enseñanza, y en todo caso le agradecerán sus buenos deseos.

INDICE.

NO HAY PEOR MENTIRA

QUE LA MITAD DE LA VERDAD.

DRAMA EN UN ACTO.

IMITADO DE BERQUIN.

PERSONAS.

DON JUAN DE LAZCANO.

FERMINA *su hija, de edad de 12 años.*

DOROTEA *su sobrina, de edad de 13 años.*

LEANDRO *hermano de esta, de edad de 14 años.*

ANTONIO, *cochero de don Juan.*

UN CRIADO.

La escena es en un pueblo de Guipúzcoa, y en una sala de casa de don Juan.

ACTO ÚNICO.



ESCENA I.

DON JUAN.

(con una carta en la mano.)

Esto es lo que uno saca de tomar á su cargo hijos agenos! ¡Cierto que va saliendo buena maula el tal Leandro! Y yo ¡simple de mí! que le queria mas que á mi propio hijo! ¿Quién hubiera imaginado que habia de dar tal vuelta, acordándose de lo que era cuando niño? ¡Tan vivo, tan alegre, con un corazon tan compasivo y un carácter tan dócil, tan obediente! Como que era imposible dejar de amarle. Y ahora salimos con que se ha transformado en un calavera completo! No quiero volverle á ver, ni que ninguno me le nombre en la vida.

ESCENA II.

DON JUAN, DOROTEA.

DOROTEA.

Me han dicho que V. me llamaba, tio; y vengo á saber que tiene V. que mandarme.

DON JUAN.

Quiero que sepas las gracias del bribon de tu hermano.

DOROTEA.

¿Cómo? de Leandro?

DON JUAN.

Toma: ahí tienes esa carta de Mariano: diviértete en leerla. Sino mejor será que yo te la lea. Escucha.

» Mi querido Papá: Aunque siento haber » de contar á V. cosas desagradables, tengo » por acertado que las sepa V. por mí antes » que por otro. Nuestro amado Leandro....... » ¡Cierto que merece bien el epiteto!.... Nues- » tro amado Leandro tiene la peor conducta » imaginable. Hace algunos dias vendió el re- » lox, y despues todos sus libros, segun me » lo ha hecho descubrir la casualidad siguien-

»te. Un hombre que vende libros viejos, y »suele venir de tiempo en tiempo al semi»nario á despachar su mercancía, me ofre»ció ayer un ejercicio cotidiano, y se lo com»pré por dos reales, pues el mio á fuerza »de leerle y ojearle estaba inservible. Luego »que le abrí, conocí ser el de Leandro, y »no me quedó duda cuando ví su nombre »escrito en la portada. Así que me cercioré, »fuí á dar cuenta de todo al superior, pero »sin decir palabra á los compañeros, para »que no padeciese la opinion de mi primo. »Reconvenido este, contestó al superior, que »le habia vendido porque necesitaba dinero, »pero que mientras pudiera comprar otro, se »servia del que le habia prestado un amigo »que tenia dos. Cuando el superior le pre»guntó que habia hecho del dinero, le re»firió cierta historia, que me pareció forja»da repentinamente. No será malo, dije en»tre mí, indagar si se ha deshecho de al»guna otra cosa, y lo primero que pensé, »fué en el relox, que le dió V. por via de »aguinaldo, atendiendo á que es un distraido »y nunca sabe á que hora vive. Le pregun-

» to por él, se queda cortado, y por fin me » contesta que estaba en casa del relojero. Traté de averiguarlo por salir de dudas, y hallé que no era verdad. A los cargos que le » hice como corresponde á un buen primo, » respondió que nada me importaba; que para saber la hora no era menester relox, y » sobre todo que el suyo estaba mejor empleado, que en su bolsillo. ¿Y quién sabe » si habrá hecho alguna diablura mas? pues » no es posible que uno lo averigüe todo.

Vamos, qué te parece de esto, Dorotea?

DOROTEA.

Muy mal, tio mio; pero no puedo concebir......

DON JUAN.

Ten un poco de paciencia, y escucha, que aun falta lo mejor. (*lee*) » Ante ayer por la » tarde se salió sin licencia del colegio, » y al anochecer aun no habia parecido; llegó » la hora de la cena y no asistió al comedor: en fin pasó la noche fuera, y no se » le vió hasta la mañana siguiente. Ya V. » imaginará el recibimiento que tendria. Preguntáronle donde habia estado, á que sa-

» tisfizo con una porcion de enredos que traía
» inventados de antemano. Bien que aun cuan-
» do fuera cierto cuanto dijo...... Por último,
» esta noche debe comparecer ante la junta
» de maestros, de la cual resultará que le
» echen ignominiosamente, ó por lo menos
» que le despidan del seminario. En todo es-
» te suceso lo que mas me aflige es la in-
» gratitud con que ha procedido con V., y
» la afrenta que se nos sigue de la vida di-
» sipada á que se ha entregado, porque no
» me puedo persuadir que no sea un puro
» embrollo cuanto ha dicho acerca del sitio
» en qué pasó la noche."

¿Y tú, majadero, porque no lo dices claramente?

» Quiero sin embargo suponer que en todo
» ha hablado verdad; aun así léjos de ser-
» virle de escusa, agravaria su delito, y no
» seria menos acreedor á la indignacion de V.
» Lo mas singular es, que ahora nos ame-
» naza con que se irá de aquí, y se presen-
» tará á V......" . . . .

Si, si, que venga, que se atreva á poner los pies en los umbrales de mi casa, y ve-

rá lo que le sucede. Vaya noramala á refúgiarse donde pasó la noche. Cuidado, señorita, con volvérmele á nombrar: ¿lo entiendes? Que le metan en un encierro, que le despidan, ó que le echen afrentosamente del seminario, poco me importa. Allá se las haya; nada quiero saber de tal sujeto. Vaya, si quiere, al primer puerto de mar, entre de page de escoba en un navio, y á las Indias á probar fortuna, que es el único arbitrio que le queda. Hasta aquí le habia mirado como á hijo: ya ves que bien me paga.

DOROTEA.

Es verdad, tio mio; V. nos ha servido de padre con tal esmero, que ni los mismos que nos dieron el ser pudieran haber hecho mas por nosotros.

DON JUAN.

En eso me he portado como debia y nada mas. Otro tanto hizo tu difunta madre con mis hijos durante mis viages. Era en mí una verdadera obligacion que he cumplido con la mayor complacencia hasta el presente dia, pero en adelante....

DOROTEA.

No, querido tio: Si mi hermano ha podido estraviarse un momento, la viveza de su genio le habrá arrebatado. No puede ser otra cosa. Bien le conoce V. y bastante tiempo le ha tenido á su lado, para no olvidar, que siempre que cometia alguna falta, su arrepentimiento y el pesar de haber disgustado á V. borraban sobradamente su culpa.

DON JUAN.

¿Y qué son pocas las travesuras que le he disimulado? Cuando se abrasó las cejas y el pelo con sus malditos cohetes, cuando rompió de una pedrada el espejo del vecino, cuando se metió en el lodo con el vestido que acababa de estrenar, y por último cuando hizo pedazos el mejor de mis carruages precipitándolo por el despeñadero, no le perdoné generosamente? Ya se vé: caí en la necedad de creer que todo era obra de su atolondramiento mas que de mala índole; pero esto de vender el relox y los libros, pasar la noche fuera del seminario, apostárselas á los maestros, y tener osadia para volver aquí ¿te parecen pecados veniales? Yo le aseguro......

DOROTEA.

Suplico á V. por Dios, tio mio, que no le condene sin oirle.

DON JUAN.

Qué es eso de oirle? Ni verle quiero. Ahora mismo voy á dar órden á los mozos que si se presenta en el lugar le den á garrotazos la bienvenida.

DOROTEA.

No es capaz su corazon de V. de tanta crueldad, ni se negará á los ruegos de una sobrina, que ama y respeta á V. como á su mismo padre.

DON JUAN.

No, hija mia, no: contigo no es nada: ¡así aquel bribon se pareciera á tí! Por tanto no temas que sus estravios alteren en lo mas mínimo el cariño que te tengo. Pero si me quieres, no trates de importunarme con lágrimas ni ruegos impertinentes.

DOROTEA.

¿Y cómo quiere V. que no me aflija de ver á mi hermano en desgracia de mi buen tio?

DON JUAN.

El se tiene la culpa: ¿porque no dice don-

de pasó la noche, y que ha hecho del dinero?

DOROTEA.

No dice Mariano que no haya dado sus descargos, sino que él no los cree. Así, tio mio......

DON JUAN.

Bien está: por darte gusto esperaremos la carta del director.

ESCENA III.

DON JUAN, DOROTEA, UN CRIADO.

DON JUAN.

¿Qué traes?

CRIADO.

Acaba de llegar un propio con este pliego del seminario de Vergara.

DON JUAN.

A ver: (*toma la carta.*) Ahora saldremos de dudas. Dile al mozo que espere, pues tiene que llevar la contestacion.

CRIADO.

Le digo que suba?

DON JUAN.

No, que yo iré allá, y le examinaré despacio.

(*Vase don Juan, y Dorotea quiere seguirle, pero el criado la hace señas de que se quede.*)

ESCENA IV.

DOROTEA, CRIADO.

CRIADO.

Escuche V. señorita.

DOROTEA.

¿Qué tienes que decirme?

CRIADO.

Que el señorito está aquí.

DOROTEA.

¿Mi hermano?

CRIADO.

El mismo. Si no ha llegado, debe estar muy cerca.

DOROTEA.

¿Cómo lo sabes?

CRIADO.

El propio del colegio le ha enoontrado en

el camino. Mas no me dirá V. qué es lo que ha hecho don Leandro?

DOROTEA.

No lo sé; pero es incapaz de incurrir en ninguna falta indecorosa.

CRIADO.

Lo mismo venia yo diciendo entre mí. Ya sabe V. que en casa todos le queremos tanto, que le serviriamos de rodillas. Siempre nos trataba con tanto cariño, y luego por la menor cosa en que nos ocupase nos regalaba tan bien!... Cuando el amo se enfadaba con alguno de nosotros, ya se sabia: al instante acudia al señorito, se empeñaba con el tio, y ya no se hablaba mas del asunto. Yo no sé como haya podido el rector enojarse con él. Sin duda le habrá querido tratar mal por alguna travesurilla, y como él no se deja sopapear de nadie......

DOROTEA.

¿En qué sitio le encontró el propio?

CRIADO.

Ahí cerca del pueblo, durmiendo entre los árboles á la orilla del arroyo.

DOROTEA.

¡Pobre Leandro!

CRIADO.

El mozo le despertó, y dice que al verle se quedó tan aturdido...... Pensaba que venia tras él para llevársele al seminario, y así se alborotó mucho diciendo, que no volveria aunque le hicieran cuartos.

DOROTEA.

Esa firmeza y ese tono resuelto son muy suyos. Prosigue.

CRIADO.

El mozo le dijo, que no era su intencion causarle la menor molestia, aun cuando supiese perder su acomodo: le contó el objeto del mensage, y las cosas que se decian de él por allá.

DOROTEA.

¿Y despues?

CRIADO.

Despues se vinieron juntos hasta la ermita, donde se quedó escondido esperando la vuelta del criado para que le informase del modo con que su tio habia tomado la cosa.

DOROTEA.

Si yo pudiera hablarle......

CRIADO.

Y qué ¿le parece á V. que el señorito no tendrá el mismo deseo?

DOROTEA.

Lo peor es que ese es el sitio adonde mi tio acostumbra ir á pasear. Mejor será que vayas á decirle qué se venga hácia el corralon, y se esconda en el pajar, que yo iré á buscarle así que el tio salga. Sino, estamos expuestos á que le encuentre en la fuerza de su enojo, y seria un gran contratiempo.

CRIADO.

Esté V. sin cuidado que ahora mismo iré y le enseñaré un buen escondite. (*vase.*)

ESCENA V.

DOROTEA.

¡Pobre muchacho! Cuantos mas sustos llevo por él, mas le quiero.

ESCENA VI.

DOROTEA, FERMINA.

DOROTEA.

A buen tiempo llegas, querida prima, pues estaba deseando hablar contigo; y no porque tenga ninguna buena noticia que darte, que bien malas son por cierto!

FERMINA.

Nada me digas, que ya lo sé todo. Papá me ha dado á leer la carta de mi hermano, y con la del director se le ha encendido mas la cólera contra mi primo.

DOROTEA.

No sé de qué medio valerme para justificarle.

FERMINA.

Cualquiera cosa apostaria á que estas son tramoyas de Mariano. ¿No conoces ya su hipocresía? ¿No sabes que acostumbra culpar cautelosamente á los demas de las travesuras que él hace? Ya no es la vez primera que ha intentado malquistar á tu hermano con papá. En otras muchas ocasiones ha hecho lo mis-

mo, y en todas ellas, cuando se ha apurado la verdad, se ha visto que el culpable era él, y Leandro estaba inocente. En su misma carta se echa de ver su perfidia, y ya verás como tu hermano ha cometido, cuando mas, alguna indiscrecion de poco momento.

DOROTEA.

¡No sabes cuánto me consuelan tus palabras, amada Fermina! Tienes razon: mi hermano es naturalmente bueno, franco, generoso, sin desconfianza, ni artificios; pero es inconsiderado, atrevido y fogoso, tan tenaz en sostener su opinion, como incapaz de disimular la incomodidad que le causa el que los demas piensen de diverso modo.

FERMINA.

Y Mariano es falso, disimulado, envidioso y adulador: un gato mansito que saca las uñas y te da un arañazo cuando menos lo esperas. De buena gana cambiaria yo á mi hermano con todas sus aparentes virtudes por el tuyo con cuantos defectos le supones. Lo que siento es que no se halle aquí.

DOROTEA.

No está muy léjos, Ferminita.

FERMINA.

¿De veras? ¿Está en casa? Dímelo por Dios, que estoy ansiando por verle.

DOROTEA.

Cálla, que oigo la voz de mi tio: por señas que viene riñendo.

FERMINA.

Mira:... si, mejor será: yo saldré al encuentro á papá, y haré cuanto pueda por aplacarle. Entre tanto acude á ver y consolar á Leandro, pues eres su hermana y es mas justo que le veas primero.

DOROTEA.

Lo que haré yo, será echarle una buena repasata, que bien la merece. (*vase.*)

ESCENA VII.

DON JUAN, FERMINA.

DON JUAN.

Dad de comer á ese mozo, y que descanse, que mañana se irá. ¡Buena serenidad tengo yo ahora para contestaciones, cuando la cólera me tiene fuera de mí!

FERMINA.

Válgame Dios, papá! ¡Tanto enfado con mi pobre primo! No parece sino que ha cometido algun asesinato.

DON JUAN.

Con qué no ha hecho nada? no es esto? Tan buena cabeza tienes tú como él, y á fe que si vienes por su medianera, no ha podido buscar mejor influjo. ¡Cuánto mas valdria que entrambos imitaseis el ejemplo de quien os avergüenza con su conducta irreprensible!

FERMINA.

¿Y quién es ese dechado de perfeccion?

DON JUAN.

¿Quién puede ser sino mi Mariano?

FERMINA.

Ah, sí: mi carísimo hermano, el jóven mas veráz y generoso que se conoce. ¡Cierto que es dignísimo modelo!

DON JUAN.

Ya sé que ni tú ni Dorotea le podeis ver, habiendo conseguido hasta inspirarme sospechas de su conducta. Pero la carta del director le elogia encarecidamente, y este es un

testimonio algo mas respetable é imparcial que el vuestro.

FERMINA.

¿Imparcial? ¿Pues hay algun maestro que no se deshaga en alabanzas de su discípulo, si éste es hijo de padres acomodados, de quien pueda esperar buenos regalos en premio de sus encomios? Acuérdese V. de que lo mismo hacian los maestros que tuvo en casa.

DON JUAN.

Bien está: supongamos que en los elogios hay un poco de exageracion; pero la verdad es que hasta ahora no me ha dado una sola vez que sentir, siendo asi que Leandro me ha causado muchos disgustos con sus continuas travesuras.

FERMINA.

Sus travesuras nunca han redundado en perjuicio ageno, que el mal ha sido siempre para él solo.

DON JUAN.

Calla, habladora, y no acabes de apurarme la paciencia. ¿Con qué para él solo ha sido el daño? Cuando hizo añicos mi berlina arrojándola por un precipicio ¿á cargo de

quién fueron los doce mil reales que costó, bachillera? Y qué berlina? la mejor qué he tenido, de última moda, con muelles recienvenidos de Inglaterra, y sobre todo sin estrenar.

FERMINA.

Pero, señor; hágase V. cargo de que todo su delito fue importunar á Antonio el cochero para que le dejase subir al pescante el dia que fue á probar los caballos en ella. Lo demas ya sabe V. como sucedió: se cayó la fusta al suelo; bajó por ella Antonio, y entretanto conociendo los caballos el poco brio del que llevaba las riendas, se desbocaron. ¡Gracias á que se salió la clavija del juego delantero, con lo cual solo padeció la berlina!

DON JUAN.

Ya se vé; y como el que la habia pagado fui yo, ahí tienes como la farda cayó toda sobre mis costillas.

FERMINA.

Bien le alcanzó el ramalazo al pobre chico que salió con la cabeza rota, y sobre todo al infeliz Antonio que fue despedido inhumanamente.

DON JUAN.

Vaya! No quisiera acordarme de esta fechoria, porque se me enciende la sangre cuando pienso en ella.

FERMINA.

Y el pobre Leandro, ¿lo ha sentido menos que V? Cada vez que se acuerda de haber sido causa de la desgracia de Antonio, no tiene consuelo.

DON JUAN.

Tal para cual. Y tú que los defiendes, no eres mejor que tus protegidos. ¡Lástima que no hubieras nacido varon! ¡Buena pareja hicieras con tu primito!

FERMINA.

Pero á lo menos....

DON JUAN.

¡Ea! callemos, que ya estoy cansado de tus bachillerias. Voy á tomar un rato el fresco: anda ve á buscar á Dorotea, y cuidado con venirme con nuevas importunidades. (*vase dejando el sombrero sobre una silla.*)

ESCENA VIII.

FERMINA, DOROTEA.

DOROTEA. (*asomando la cabeza.*)

Chit.... ¿Ha salido el tio?

FERMINA.

Si; acaba de salir en este momento. ¿Y Leandro?

DOROTEA.

Allá queda al pie de la escalera de nuestro cuarto.

FERMINA.

Pues dile que suba, y vamos allá las dos.

DOROTEA.

¿Cómo, si está en el Justina? ¡Dios nos libre!

FERMINA.

Sino, traigámosle aqui, pues en esta sala nunca entra nadie cuando papá está fuera.

DOROTEA.

Tienes razon: con eso es mas fácil darle salida si sobreviniese algun contratiempo. Espera un instante, verás que pronto estoy aquí con él. (*vase.*)

ESCENA IX.

FERMINA.

¡Cuánta ansia tengo por verle, y oirle contar su historia! Como que hace ya mas de un año que nos dejó. Ah! Ya le veo. (*corre á la puerta á abrazarle.*) Primo mio!

ESCENA X.

FERMINA, DOROTEA, Y LEANDRO.

DOROTEA.

A fe que merece muy bien esas caricias, cuando no hace mas que darnos pesadumbres!

FERMINA.

Cuando le veo, no me acuerdo de nada.

LEANDRO.

¡Oh, prima querida! ¡Siempre tan buena, tan cariñosa conmigo! Mi hermana no me trata nunca con tanta indulgencia.

DOROTEA.

Si el tio no te tratará con mas severidad que yo, ¿qué mas quisieras?

LEANDRO.

¿Qué dice de mí? Está de veras muy irritado conmigo?

DOROTEA.

¡Pobres de nosotras si llegase á saber que te tenemos oculto en casa! Antes de diez minutos tendriamos que tomar la puerta los tres.

FERMINA.

Ten por Dios el mayor cuidado de que no te vea, porque es capaz de tirarse á tí y darte de bofetadas.

LEANDRO.

Pues, señor; ¿qué es lo que le ha escrito el director del seminario?

DOROTEA.

Algun panegírico de tus calaveradas.

FERMINA.

No lo sabemos; pero como ya mi hermano le apuntó algo por el correo de ayer, y esa carta maldita vino detrás á remachar el clavo....

LEANDRO.

¿Cómo? ¿Mariano le ha escrito? Entonces nada tengo que temer, pues sabe cuanto ha ocurrido lo mismo que yo. No quise ocul-

tarle cosa alguna, y su carta será mi mejor descargo con el tio.

FERMINA.

No; si te hemos de juzgar por su carta, no saldrás muy bien librado.

LEANDRO.

Desde ahora consiento en ser tenido por un bribon, sino estoy inocente de lo que me imputan.

DOROTEA.

Eso no es decir nada: claro está que una de las dos cosas has de ser forzosamente.

LEANDRO.

¿Es posible que hasta vosotras me hayais creido culpado? Cual es mi delito? Haber vendido el relox.

DOROTEA.

¿Y quién sabe si la ropa blanca y los vestidos habran llevado el mismo camino?

LEANDRO.

En eso no te engañas: si hubiese necesitado mas dinero hubiera vendido hasta la camisa.

DOROTEA.

¡Buen medio has adoptado por cierto para

justificarte! ¿Y eso de dormir fuera del colegio?

LEANDRO.

Solo me he quedado una noche.

DOROTEA.

¿Y revelarte contra los superiores porque quisieron corregirte como era natural?

LEANDRO.

Mejor dirás que trataron de ultrajarme injustamente. Ademas de que nada remediábamos con mi resignacion á sufrir el castigo que me amenazaba, pues mi tio siempre me hubiera creido culpable. Y finalmente, si la pena hubiese sido echarme con ignominia del seminario, ¿crees tú que hubiera tenido valor para ponerme jamas en vuestra presencia?

FERMINA.

Pero dinos cuanto antes las razones en que se funda tu defensa, para que podamos hacerlas presentes á papá, y sincerar tu conducta.

LEANDRO.

Esto es lo que pasó: hace algunos dias que supimos que habia feria en un pueblo inmediato: pedimos licencia al director para ir á

ver las curiosidades que ofrecen tales concurrencias, y como estabamos en vacaciones, nos la dió sin la menor repugnancia.

DOROTEA.

Vamos; ya está entendido: el relox y el ejercicio cotidiano se emplearon en dulces y otras golosinas, ó en ver las monas y la marmotiña.

LEANDRO.

No puedes disimular la aficion que tienes á esas fruslerias, cuando te figuras que hay quien malgaste en ellas su dinero. Dígote que no es nada de eso. El hecho fue, que tenia sed, y entré en una tienda de vinos y licores.

DOROTEA.

Peor está que estaba.

LEANDRO.

Muger, déjame concluir, que á cada paso me estás interrumpiendo. Apenas acababa de sentarme....

FERMINA. (*aplicando el oido á la puerta.*)

Ay! que vuelve papá! Perdidos somos!

DOROTEA.

Vete, y escóndete por Dios, no te vea.

LEANDRO.

De aquí no me muevo: me echaré á sus pies, le pediré perdon....

FERMINA.

No, no, Leandro; mira que está muy irritado: vete por mi vida.

LEANDRO.

Si es tu gusto, ya me voy.

FERMINA. (*echándole fuera.*)

Si, déjalo por mi cuenta.

ESCENA XI.

DON JUAN, FERMINA, DOROTEA.

FERMINA.

¡Jesus papá, qué corto ha sido el paseo!

DON JUAN.

¿Qué corto, ni qué largo? Ando buscando el sombrero por toda la casa, y no sé donde diantres le he dejado.

DOROTEA. (*mirando alrededor.*)

Tenga V. tio, aquí está.

DON JUAN.

¿Y no podias habérmele dado cuando salí de aquí?

DOROTEA.

¡Si no le he visto hasta ahora!

FERMINA.

¡Buenos estamos para pensar en sombreros!

DON JUAN.

En efecto: ¡son tantos y tan graves los negocios que te abruman!

FERMINA.

¿Le parece á V. que la situacion del pobre Leandro se le aparta á una del pensamiento?

DON JUAN.

¿No tengo dicho ya que no quiero oir su nombre?

FERMINA.

Está bien, papá: no hablemos de él, pero ¿no seria mejor que diese V. su paseo antes de anochecer, y no exponerse á que le haga mal el sereno?

DON JUAN.

No: ya no salgo, que es tarde. (*se miran las dos.*) Ademas acaban de decirme que está ahí el otro cochero y quiere hablar conmigo.

FERMINA Y DOROTEA.

Quién? Antonio?

DON JUAN.

Sí: gran perjuicio me causó; pero bien castigado está ya, y á la verdad no tengo valor para dejar de oirle deseándolo con tanto ahinco.

FERMINA.

¿Y por eso ha de perder V. su paseo? Que espere hasta que V. vuelva.

DON JUAN.

No, no: veamos lo que quiere, y salgamos del paso cuanto antes. Por otra parte, bien considerado el hecho... (*Fermina y Dorotea se hablan al oido.*) Digo, señoritas, qué crianza es esa? Cuando su tio de V. (*á Dorotea*) y su padre (*á Fermina*) está hablando, será muy puesto en razon que Vds. le escuchen. Decia que bien considerado el hecho... (*Dorotea quiere irse.*) ¿Dónde te vas?

DOROTEA. (*cortada.*)

Tengo precision de ir abajo.

DON JUAN.

Bien: Dile de camino á Antonio que suba. (*Dorotea sale.*)

ESCENA XII.

DON JUAN, JOAQUIN.

DON JUAN.

Por otra parte el tal Antonio me da lástima. Es el mejor cochero que he tenido; en las ancas de los caballos podia uno verse la cara como en un espejo, y sobre todo no es de aquellos que se van á emborrachar con las sisas de la cebada.

FERMINA.

Es mucha verdad: y si V. no le hubiera despedido, el pobre Leandro se habria ahorrado mas de cuatro pesadumbres.

DON JUAN.

¿Y quién tiene la culpa sino él, de que yo le despidiese, y me vea ahora sin cochero? Cuantos he tenido despues han sido á cual peor; y cada dia desconfio mas de hallar uno que supla su falta.

ESCENA XIII.

DON JUAN, FERMINA, DOROTEA, ANTONIO.

DOROTEA.

Aquí está Antonio, tio.

ANTONIO.

Perdone V., señor, mi atrevimiento, pues no pudiendo persuadirme que aun le dure á V. el enfado, y pasando casualmente por el pueblo, me he tomado la libertad de ponerme en su presencia para suplicarle que tenga la caridad de darme un certificado favorable de mi conducta.

DON JUAN.

¿Pues qué? No le llevaste cuando saliste de casa?

ANTONIO.

No, señor: V. me dijo secamente: »Ahí »tienes tú dinero, vete al punto de mi casa, »y no vuelvas á parecer en mi presencia." Así no tuve ni tiempo ni valor para pedir á V. el papel de abono.

DON JUAN.

¿Y te parece que eras acreedor á mas con-

sideraciones despues de haber destrozado mi berlina?

ANTONIO.

Verdad es, señor: pero, ¿qué remedio? Un cochero sin fusta no es nadie, y como la mia se habia caido..... ¡Buen cuidado tendré de que no me vuelva á suceder otro lance igual!

DON JUAN.

Bien está: ya eso se acabó. ¿Cómo te ha ido desde entónces?

ANTONIO.

¡Ay, señor! Sepa V. que no he tenido dia bueno. Entré al instante en casa del coronel Campuzano; pero, ¡qué hombre aquel! No sabia hablar sino enarbolando el baston. ¡Dios le haya perdonado!

DON JUAN.

¿Ha muerto?

ANTONIO.

¡Sí, señor; y con gran satisfaccion de sus soldados! Ya se ve, sino se verificó que diese una órden de cuatro palabras sin adornarla con cuatro porvidas y juramentos. A sus caballos garrote listo, y cebada larga; pero á los criados poco pan y muchos ultrages.

FERMINA.

¡Pobre Antonio! ¿y por qué no dejaste al segundo dia semejante casa?

ANTONIO.

¿Qué quiere V. que hiciera, señorita? Con hijos y muger, y con la ventaja de que esta fuese recibida en la casa para lavar y coser la ropa blanca, ganando por su parte tanto como yo para alimentar á nuestra familia, fue preciso aguantar el genio de aquel Herodes. Al verle delante, todos nos poniamos á temblar, pero al fin la muerte le hizo temblar á él, y quedamos en la calle. Actualmente estoy desacomodado, y no sabemos donde ir á dar con los huesos.

DON JUAN.

Y qué ¿no sabias tú, que yo no consiento que nadie se muera de necesidad, y menos los que me han servido tantos años?

ANTONIO.

Sí, señor, que lo sé; y mas de cuatro veces tuve intencion de venir: pero aquellas palabras tan secas que V. me dijo: »no te pre»sentes jamas delante de mí," estaban sonando siempre en mis oidos como un trueno, y...

la verdad, no tuve ánimo para hacerlo. Una docena de juramentos del coronel, de aquellos mas horrorosos, no me hubieran intimidado tanto.

FERMINA.

¿Pero cómo no has hallado casa en tanto tiempo?

ANTONIO.

¡Ay, señorita! Aquí en Guipúzcoa no es lo mismo que en Madrid: hay pocas gentes que gasten coche. Mi único recurso ha sido ir al campo á ganar un triste jornal: entre tanto mi muger hilaba cuanto podia y los muchachos andaban pidiendo limosna. Pero toda la ganancia era tan escasa, que despues de matar el hambre, no ganaba lo suficiente para pagar la zahurda en que estabámos albergados. Creció de dia en dia nuestra miseria en términos que mi pobre muger no pudiendo soportarla, cayó enferma, y murió en breve tiempo. (*Se enjuga las lágrimas.*)

DON JUAN.

Estoy por decir que te está bien empleado. ¿Por qué no acudiste á mí? ¿Soy por ventu-

ra algun despiadado, que no tiene entrañas ni caridad?

FERMINA. (*á Dorotea.*)

Yá papá está enternecido. ¡Buen agüero para Leandro!

ANTONIO.

¡Y qué buena muger era la mia! ¡qué aplicada y hacendosa! ¡Con qué mansedumbre y cariño aplacaba mi cólera cuando yo desesperado de mi situacion, gritaba y queria hacer pedazos cuanto cacharro se me ponia por delante! ¡Dios le dé la gloria, qué buena falta me ha hecho! Mis mayores desgracias empezaron entónces y Dios sabe cuando tendrán fin.

FERMINA.

¡Pobre Antonio!

ANTONIO.

Como no habia esperanzas de hallar acomodo en el país, cargué con la niña, y tomando al chico de la mano, eché á andar una tarde por evitar el calor, y habiendo caminado toda la noche, llegué al otro dia á una aldea, donde habia una feria muy concurrida. Aproveché la ocasion de ganar algun dinerejo llevan-

do fardos de una parte á otra, cuando quiso Dios depararme al señorito don Leandro, ó por mejor decir á un ángel del cielo, que aliviase mis trabajos.

DON JUAN.

¡Cómo! ¿A Leandro? ¿y llamas ángel á aquel calavera? (*Dorotea y Fermina se dan la mano acercándose con curiosidad y diciendo á un tiempo.*)

FERMINA.

¿Leandro?

DON JUAN.

¿Mi hermano?

ANTONIO.

Sí, señor: así le llamo, y menos sentiré que me mande V. dar de palos, que oir que le trate V. de un modo tan poco merecido.

DOROTEA.

Prosigue, Antonio, que estoy en ascuas: cuéntanos lo demas.

ANTONIO.

Entró mi Luisita á pedir limosna en una tienda de vinos generosos, y quiso Dios que estuviesen sentados á una mesa bebiendo los señoritos don Leandro y don Mariano.

DON JUAN.

¡ Eh ! ¿ qué tal ? ¡ Mirad qué buenas inclinaciones ! ¡ y nada menos que en una taberna !

DOROTEA.

No es eso, tio; sino que acababan de llegar, y estaban muertos de sed.

DON JUAN.

¿ Pero qué tenian que hacer en aquel pueblo ?

FERMINA.

Iban á ver la feria. ¿ No estaba allí tambien Mariano con ser tan ejemplar ?

ANTONIO.

Pues, señor : conoció al momento á la chica, y sin que pudiese contenerle don Mariano, le dió un vaso de vino, y cogiéndola del brazá se salió con ella á la calle : la preguntó por mí, y enterado de nuestra situacion corrió ó buscarme. Estaba yo en la calle inmediata al lado de una fuente, bebiendo en el sombrero un trago de agua para templar al gran calor que hacia, cuando llega don Leandro, y sin reparar en mis andrajos se arroja á abrazarme, Yo no sé cómo no me mató el gusto de verle. y cómo no le ahogué apretándole contra mi

corazon. Por último viendo que se agolpaba la gente, le llevé al meson, en que tenia de antemano apalabrado un rincon del granero.

FERMINA.

¿Cuánto va Papá, á que mi primo?.....

DON JUAN.

Calla, no le interrumpas: sigue, Antonio, sigue.

ANTONIO.

Le hice la misma relacion que á Vds., y al oirla echó á llorar exclamando: Yo soy quien debiera mendigar por tí, pues he tenido la culpa de tus trabajos; pero no descansaré hasta que haya conseguido remediarlos en cuanto pueda. Toma por el pronto el poco dinero que tengo; tómalo, Antonio, que yo no lo he menester: y en esto se puso á recorrer todos sus bolsillos. Yo repugnaba tomarlo, diciéndole que no queria privarle de una cantidad que le haria falta para sus diversiones; pero se enfadó tanto, y empezó á patear y á menear la cabeza en tales términos, que pensé que me daba de cachetes si llevaba adelante mi resistencia.

DON JUAN.

¿Y cuánto te dió?

ANTONIO.

Cosa de seis pesetas; pero ¿cómo? con solos dos reales se quedó, sin poder yo lograr que tomase siquiera la mitad. » No te empeñes en eso, me dijo: nunca permitiré yo, que un buen criado de mi tio, que no es asesino ni ladron, se vea precisado en su vejez á mendigar de puerta en puerta con sus hijos sin tener un rincon en que meterse. Ya puedes tratar de buscar un cuartito, mientras yo vuelvo á traerte mayor socorro, que antes de tres dias estaré aquí con él. Entretanto escribiré á mi tio, que aunque está irritado con nosotros dos, bien sé que no te dejará perecer, porque es mas caritativo y generoso de lo que tú te figuras.

DON JUAN.

La verdad, Antonio: ¿eso te dijo?

ANTONIO.

Señor, lo juraré si es del caso.

DON JUAN.

No es menester, prosigue.

ANTONIO.

¿Cómo te compones con los chicos? me dijo

haciendo halagos á Manolo. ¿Cómo quiere V. que me componga, le dije yo? Andan por todas partes vendiendo escobas ó flores, y cuando falta el despacho ó el género, piden limosna. No, amigo, replicó: así no va la cosa bien, porque esa vida los hará viciosos y holgazanes. Es menester que á Manolo le pongas á oficio, y á la niña al lado de alguna familia honrada. . . . .

FERMINA.

Tiene razon Leandro: ¿no es verdad; papá?

ANTONIO.

V. dice muy bien, repliqué; pero ¿dónde ha de ir uno á presentar esas criaturas tan andrajosas? Si tuviese diez ó doce duros, pronto estaria hecho. Justamente vive aqui cerca un tejedor que le recibiria de aprendiz si estuviera vestidito y se le diera cualquier cosa para ayudar á su manutencion, hasta que empezara á servir de algo. De la chica digo lo mismo: con alguna ropita que se le comprara, no faltaria donde la tuviesen para cuidar una tienda en los momentos en que faltase el amo, y en fin para barrer, fregar ó tener un niño. Entónces sí que estaria yo libre pa-

ra buscar acomodo, y no que ahora me veo precisado á andar de zeca en meca como un vagamundo.

DON JUAN.

¿Y á eso qué contestó Leandro?

ANTONIO.

Se quedó un poco pensativo, y sin responder nada se marchó; pero á los dos dias ya estaba de vuelta. = ¿Dónde vive el tejedor que juzgas dispuesto á recibir á Manolo? = Le llevé allá, y estuvo hablando con él en secreto largo rato. Salimos de allí, y despues me llevó á una tienda de lienzos. Ya don Leandro estaba de acuerdo con el ama, y así no hizo mas que decirme: Es menester que conozcas á esta señora, que quiere encargarse de tu Luisa; y apenas la habia saludado, cuando empezó á darme prisa para que fuesemos á una roperia de las que habian venido á la feria. En el camino me dijo abrazándome: ea Antonio mio, ya puedes estar descansado por lo que hace á tus niños. Toma ahora la ropa que hayan menester, y para tí una chaqueta y un pantalon, que esos están muy viejos y desgarrados. Todo se hizo así, pagó su dinero,

y cáteme V. aquí vestido, libre y en aptitud de trabajar como á los veinte años.

DOROTEA.

¡Oh hermano querido! Estoy loca de contenta!

FERMINA.

¿No te decia yo que estaba inocente? para que veas que no me equivocaba.

DON JUAN. (*aplicándose el pañuelo á los ojos.*)

Pues, señor; ya está visto el paradero del relox: no hay mas que saber.

ANTONIO.

¿Cómo que no? Cree V. que paró en esto? No, señor. A poco rato noté que me estaba metiendo dinero en el bolsillo con gran disimulo, y yo, la verdad, no quise consentirlo en manera alguna por mas que me lo rogó, se enfadó y se valió de mil medios para persuadirme. Ya ve V. que eso no era regular despues de tanto como acababa de hacer por mí el buen señorito. Al cabo lo tuve que tomar; pero fué porque me aseguró, que V. se lo habia enviado para que me lo diese. Díjele que al momento queria venir acá á pedir á V. mil perdones, y darle las gra-

cias por sus bondades; mas don Leandro no me lo permitió, añadiendo que V. no gustaba que supiese yo de donde me venia aquel socorro. Mucho lo sentí en verdad, pues me lisongeaba de que un amo tan bueno y compasivo me querria tal vez admitir de nuevo en su casa. Sin embargo no me atreví á desobedecerle.

DON JUAN.

¡O Leandro querido! ¡Con qué es verdad que tu corazon es tan noble y generoso como en tu niñez prometia!

DOROTEA.

¿Y cómo es que has venido ahora á ver á mi tio?

ANTONIO.

Porqué no queriendo el maestro admitir á Manolo sin que llevase su fé de bautismo, tuve que venir á Mondragon á buscarla. Allí supe que el Conde de Agoitia necesitaba cochero, fuí á presentarme á él, y en efecto me recibió con la condicion de que le llevase un certificado del último de mis amos. Pedírsele al Coronel en el otro mundo no era posible: fue pues necesario aventurarme á ve-

nir acá, aunque lleno de miedo y verguenza. Si V. no gusta de dármelo, tendré paciencia; pero por lo menos nadie me quitará el gusto de manifestar á V. mi agradecimiento por el socorro que tuvo á bien enviarme por conducto del señorito don Leandro.

DON JUAN.

No, buen Antonio, eso no. Preciso es que sepas que todo ha sido obra de mi sobrino, y que á él y no á mí debes agradecerlo. Pero si se desnudó por vestirte, por tí vuelve á mi gracia, que habia perdido. Estaba tan irritado contra él que tenia resuelto desterrarle para siempre de mi presencia: mira si tu venida le saca de buen atolladero.

ANTONIO.

¡Ay, señor! Si es así, me contemplo dichoso. ¡Qué mayor fortuna para mí, que poder prestar un servicio tan señalado á quien se condolió de mi necesidad remediándola tan generosamente!

DON JUAN.

Aquel bribon de Mariano ha tenido la culpa: y á fe que ya debiera estar bien receloso de sus pérfidos manejos, pues bastantes

veces me ha engañado. Pero, no señor: él no hubiera conseguido alucinarme hasta este punto; la carta del director lo ha hecho todo. ¡Quién habia de imaginar que un sujeto tan respetable fuese capaz de semejante proceder!

FERMINA.

Desengáñese V., papá: eso es que tambien ha sabido engañar al director.

DON JUAN.

¡Válgame Dios! ahora me acuerdo que me dice ese buen señor que Leandro se habia fugado del colegio. ¿Dónde le habrá llevado su desesperacion? Mucho me temo alguna nueva desgracia.

ANTONIO.

Que me den un caballo al instante: yo sabré dar con él, y traerle aquí aunque se haya ido al cabo del mundo. (*quiere irse.*)

DOROTEA. (*deteniéndole.*)

¿De veras, tio, le perdonaria V. y le volveria á su gracia?

DON JUAN.

¿Cómo, si le perdonaria? Aunque hubiese vendido hasta la camisa, y volviese mas des-

nudo que salió del vientre de su madre. (*Dorotea hace una seña á Fermina y se va.*) La dificultad es indagar donde se encuentra.

FERMINA.

¿Quién sabe si estará por acá?

DON JUAN.

¡Ojalá! Pero tú algo sabes, que en la cara te lo conozco. ¿Le ha visto alguno por estos contornos? ¿Dónde está?

ANTONIO.

Si fuera verdad, me parece que de gozo daba un salto hasta las bovedillas.

FERMINA.

Ea! pues, ahí le tienen Vds. todo entero. (*Entra Leandro con Dorotea.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN, LEANDRO, FERMINA, DOROTEA Y ANTONIO.

Leandro se arroja á los pies de su tio, Antonio se echa por tierra abrazando las piernas á don Juan, despues á Leandro, y haciendo otros extremos estravagantes de alegria. Fermina y Dorotea se abrazan y lloran.

LEANDRO.

¡Tio, tio del alma! ¿Es cierto que V. me perdona?

DON JUAN. (*abrazándole.*)

De todo corazon, Leandro mio. Mereces mi cariño mas que nunca, y estoy resuelto á no apartarte un punto de mi lado.

LEANDRO.

¡Jamás! ¡Jamás, tio mio! (*vuelve la cabeza, ve á Antonio, y corre á abrazarle.*) ¡Oh! ¡Si V. hubiese visto la miseria de este infeliz y de sus hijos! ¡Si V. hubiera tenido, como yo, la culpa de su desgracia!

ANTONIO.

No hay tal cosa: la culpa la tuve yo que le dejé á V. subir al pescante con unos caballos tan fogosos. ¡Pero si no sé negarme á nada que V. me pide!... Desde ahora se lo advierto á V, señorito don Leandro: por Dios que no solicite V. de mí ninguna cosa que no sea regular; pues yo no podré menos de concedérsela, aunque desde allí tenga que ir á tirarme de cabeza en el rio.

DON JUAN.

¿Por qué en lugar de vender el relox, los libros y quizá la ropa, no me diste cuenta de todo? Esta resolucion en un muchacho, que ignora el valor de las cosas, fue siempre imprudente y precipitada.

LEANDRO.

Es verdad, tio: yo lo confieso. Pero cada momento que pasaba sin socorrer la necesidad de Antonio me parecia que cargaba sobre mi corazon el peso de un asesinato. Y luego, como V. le habia despedido tan airadamente, recelé que me impusiese prohibicion formal de socorrerle, con lo cual, faltando á las órdenes de V., hubiera cometido mayor culpa.

DON JUAN.

¿Con qué segun eso me hubieras desobedecido?

LEANDRO.

Sí, señor, lo confieso; pero en esto únicamente.

DON JUAN.

Vuelve á abrazarme, Leandro mio.... Sin embargo aun hay un punto en las cartas, que no aparece bastante claro. ¿La noche que faltaste del colegio donde estuviste.

LEANDRO.

Eso fue el dia, que volví á llevar á Antonio el dinero. El director no estaba en el seminario, y aunque me propuse regresar antes de las diez, que es la hora en que se cierra la puerta, no llegué á tiempo, porque así que oscureció perdí el camino.

DOROTEA.

¿Y cómo pasaste aquella noche?

LEANDRO.

¡Grandemente! Me refugié en unas casas medio arruinadas, me tendí en una piedra y dormí hasta el otro dia como un liron. Tal

era el gozo que sentia de haber sacado á Antonio de su apuro.

FERMINA.

¡Mire V. cómo el tairnado de Mariano no nos contó nada de eso, aunque todo lo sabia!

DON JUAN.

Yo te aseguro desde ahora que acabó para mí el tal Marianito.

LEANDRO.

No, tio; eso no. Ser feliz en perjuicio ageno, no lo consentiré, y menos en el de mi primo.

DOROTEA. (*dándole la mano.*)

¡Ay hermano mio! ¡cuánto te quiero!

FERMINA. (*dándole la otra mano.*)

Pero mas que yo, no lo creas.

DON JUAN.

Bueno: que se quede allá en el seminario: tú siempre conmigo, aun cuando tenga que traer maestros hasta de Salamanca. (*Leandro le besa la mano.*)

ANTONIO.

(*Besándole los faldones del frac.*)

¡Oh mi buen amo! ¡Siempre, siempre el mismo!

DON JUAN.

(*Dándole una palmada en el hombro.*)

Vâmos á otra cosa: ¿Estás ya ajustado en casa de Agoitía, ó no?

ANTONIO.

No, Señor; ¿no vé V. que faltaba el certificado.

DON JUAN.

Ya no es menester: veo que Leandro y tú deseais estar juntos; pero aguardate de dejarle subir otra vez al pescante. Por lo que hace á tus chicos, no tengas cuidado, que ya corren por mi cuenta.

ANTONIO.

¡Jesus! Jesus! ¡qué dia tan dichoso! ¡El señorito! ¡Mis pobres niños!... No sé lo que me pasa: parece un sueño. ¿Y mis caballos? Voy corriendo á verlos. (*vase.*)

DON JUAN.

¡Pobre hombre! Está como loco, y á mí no me falta mucho. Vamos, hijos, á dar la buena nueva á la familia y á que la celebren con dos botellas de peralta.

FIN.

LA ESCUELA

DE LAS MADRASTRAS:

DRAMA EN UN ACTO.

IMITADO DE BERQUIN.

PERSONAS.

DON JACINTO.

DOÑA LORENZA, *su muger.*

RAMON, *de edad de 14 años.* MATILDE, *de edad de 13 años.* LUISA, *de edad de 9 años.*	HIJOS DE DON JACINTO.
CASIMIRO, *de edad de 15 años.* VICENTE, *de edad de 14 años.*	HIJOS DE D.ª LORENZA.

MATEO, *criado de la casa.*

La escena es en el jardin de casa de don Jacinto.

ACTO UNICO.



ESCENA I.

RAMON.

¡Con qué gusto vuelvo á ver mi jardin al cabo de seis meses de ausencia! Aquel es el cenador donde iba tan á menudo á desayunarme con mi mamá. ¡Ay, Dios mio! ¡Cuánto mayor fuera mi alegria si viviese! ¡Con qué caricias, con cuanta ternura me estrecharia en sus brazos! ¡Y yo qué de cosas tendria que contarla! ¡Mas, ay! (*se le saltan las lágrimas*) la he perdido para siempre, y no la volverán á ver mis ojos. ¡Oh, madre querida! ¡Si á lo menos pudierais oirme, ya que no puedo gozar de vuestra vista!.. ¡Si vierais ocupar vuestro lugar á una madrastra! Preciso es que sea una muger terrible; el nombre solo atemoriza. ¡Pobre de mí! ¡qué disgustos me esperan! ¿Para que me habrán apartado de mi abuelito? ¡Qué empeño en que vuelva

á esta casa, no habiendo de encontrar en ella á mi pobre madre! ¡Y yo me he de quedar aquí para siempre! Eso no lo conseguirán: veré á mi papá y á mis hermanas, y me volveré otra vez á casa de mi abuelo.

ESCENA II.

RAMON, MATEO.

MATEO.

¡Ola! ¿Señorito don Ramon; Vd. por acá? ¿cómo va de salud?

RAMON.

¿Muy bien, Mateo, y tú como lo pasas?

MATEO.

¡Grandemente! Con mi dinero poco chocolate han tomado el médico y el boticario. Si fuera el tabernero tal cual, como que es el que me surte de todas las medicinas que necesito. Pero V. tiene encendidos los ojos: ¿Qué viene á ser eso? ¿Ha habido llanto?

RAMON.

¿Llanto yo? No lo creas.

MATEO.

¿Con qué no, y está V. llorando ahora mismo? ¿Qué tiene V.? ¿Le ha sucedido á V. alguna desgracia?

RAMON.

No, Mateo: desde que me fuí no he tenido ninguna.

MATEO.

Vamos: ya caigo: el sentimiento de apartarse del abuelito....

RAMON.

No hubiera sido muy grande, si esperára encontrar aquí á mamá, pero sin ella..... (*llora.*)

MATEO.

No llore V. señorito, y procure desechar la memoria de un acontecimiento que hasta cierto punto está ya remediado. Ya sabe V. que tiene otra mamá.

RAMON.

No me la nombres por Dios, pues nada aumenta tanto mi afliccion como el pensar en mi madrastra. ¡Ojalá pudiera ahorrarme el disgusto de verla! ¿Y mis pobres hermanas qué hacen? ¿Cómo les vá?

MATEO.

¿Cómo quiere V. que les vaya? ¡Pobrecitas! ¡En qué sujecion viven! A las seis de la mañana tienen que estar en pie sin remedio. Y sino que tarden un cuarto de hora en levantarse, y veran lo que es bueno.

RAMON.

¿Y qué hacen tan temprano?

MATEO.

¡Toma! Ya tiene buen cuidado su madrastra de darlas ocupacion. Aquí todo el mundo trabaja; y cuenta con que ninguno chiste. La tal doña Lorenza nos trata lo mismo que á esclavos. Yo la aborrezco con toda el alma. ¿Pues no quiere que al cabo de mis años en la casa, y hecho á gobernar la familia la haya de obedecer como un novicio? Las siete eran cuando entré en el jardin, y ya la encontré aquí con sus hermanas de V. trabajando á su lado lo mismo que unas negras.

RAMON.

¿Pero en qué se ocupan?

MATEO.

En coser ropa para la familia nueva.

RAMON.

No en balde habia oido decir muchas veces, que las madrastras reservan todo su amor y regalo para sus hijos, martirizando á los de su marido. Mas no seré yo el que trabaje para ellos; yo te lo aseguro. ¿Pero díme qué se han hecho mis claveles y mis tulipanes, que no los veo?

MATEO.

Ya no queda rastro de nada.

RAMON.

¿Cómo es esto?

MATEO.

Sus nuevos hermanitos de V. han arrasado cuanto habia. Como siempre estan aquí en el jardin, acaban con todo.

RAMON.

¡Habrá bribones! Ya destruyeron mis macetas: solo falta que me echen del jardin, y á fé que no será nada estraño al paso que llevan.

ESCENA III.

CASIMIRO, VICENTE, RAMON, MATEO.

CASIMIRO. (*por lo bajo á Vicente.*)

¿Quién será aquel muchacho que habla con Mateo? ¡Ojalá fuese Ramon!

VICENTE. (*á Mateo.*)

¿Es Ramon?

MATEO. (*con sequedad.*)

El mismo.

CASIMIRO.

¡Bien venido, hermano! ¡Cuánto deseaba que llegases! (*corre á él con los brazos abiertos.*)

RAMON. (*apartándose.*)

¿Tan antigua es nuestra amistad que vienen Vds. á abrazarme? Alabo la confianza.

CASIMIRO.

¿Eso qué importa? ¿No somos hermanos?

RAMON.

Medios hermanos dirá V.

CASIMIRO.

Déjate de *medios*, qué es palabra muy fea.

¿Tu papá quiere mucho á mi mamá: ¿pues por qué no nos hemos de querer nosotros? Siendo ellos marido y muger, por fuerza hemos de ser hermanos.

RAMON.

Pues si lo somos ¿cómo es que Vds. han dispuesto del jardin como dueños absolutos.

VICENTE. (*aparte.*)

¡Jesus qué genio tiene tan altivo!

CASIMIRO.

Porque tu papá nos ha permitido trabajar en él.

RAMON.

Primero estaba yo que vosotros, y así veremos si sois hombres para echarme fuera.

VICENTE.

Vamos adentro, Casimiro, déjemosle, que ninguna precision tenemos de aguantar su mal humor.

CASIMIRO.

¿Será regular que nos separemos sin quedar amigos?

VICENTE.

No sé qué gusto tienes de oir ultrages y malas palabras.

RAMON.

Eso es tratarme de mal hablado, ¿no es verdad?

VICENTE.

Sí señor; lo dicho, dicho: y no solo mal hablado, sino envidioso, soberbio, y....

RAMON.

¿Vd. se atreve á provocarme, y en mi mismo jardin? ¿Eh?

VICENTE.

Vd. es quien da motivo á ello: está Vd.? Y si imagina que me mete miedo se equivoca de medio á medio. (*se adelanta hácia él.*)

CASIMIRO (*deteniéndole.*)

¿Cómo es eso, Vicente? ¿Quieres reñir con tu hermano? ¡Buena pesadumbre diéramos á papá! ¡y sobre todo en el instante mismo de llegar su hijo! Vámonos, que eso no es regular. (*se lo lleva como por fuerza.*)

VICENTE.

Yo le contaré á mamá cuanto ha pasado.

ESCENA IV.

MATEO, RAMON.

RAMON.

¿Ves qué pronto empiezan mis disgustos? Ahora van derechos á quejarse á su madre, y la dirán que los he maltratado. Ella se lo hará creer á papá, y yo lo pagaré solo. ¿No lo ves? ¿Tengo razon para lamentarme de mi suerte?

MATEO.

Ya se vé que sí; pero no le dé á V. cuidado, que yo estaré siempre de su parte, y no consentiremos que se burlen de nosotros estos advenedizos.

RAMON.

¿Y si llegan á indisponer á papá conmigo?

MATEO.

Déjelo V. á mi cargo, que yo sabré disuadirle. Cabalmente tengo noticia de algunas travesuras de esos mocosos, y se las contaré una por una. Ademas le diré que han destrui-

do el jardinito de V., que le han dicho mil improperios.... Ya lo arreglaré yo de modo que no les salga la cuenta.

RAMON.

Sí, querido Mateo: tu serás siempre en mi favor: ¿no es verdad?

MATEO.

Hasta morir.

RAMON.

¡Cuánto te lo agradezco! Gracias á Dios que, muerta mi mamá, encuentro alguno en casa, que saque la cara por mí. ¿Pero ves qué bien vestidos estan? ¿y qué valonas tan ricas tienen puestas?

MATEO.

Esas se las ha bordado su madre.

RAMON.

Por supuesto, como que no pensará mas que en sus hijos, y los traerá hechos unos príncipes. ¡Pobre de mí! ¿Quién se ha de acordar de bordarme valonas?

MATEO.

Como V. mismo no se las borde....

RAMON.

El vestido era nuevo: ¿no es verdad?

MATEO.

Nuevecito. Si el dia de la boda le estrenaron.... ¡No es nada! Se empeñó su padre de V. en que todo fuese flamante de pies á cabeza.

RAMON.

¡Qué poco se han acordado de hacerme otro á mí! Allá me dejaron en la casa de campo con esta levita raida como á un miserable. ¡Vaya! No puedo resistir semejante situacion. ¡Mira qué desgracia! No tengo madre; mi papá no hace caso de mí: solo tu me quedas para mi consuelo.

MATEO.

Vamos, vamos: no hay qué afligirse, que todo irá mejor que V. piensa. Ahora lo que importa es ir á ver á la madrastra, presentarse á ella con cierto agrado y besarle la mano.

RAMON.

Mucho esfuerzo me ha de costar.

MATEO.

Pues no hay remedio: aunque se le esten á V. rallando las tripas, es preciso que se presente con rostro placentero. Otro tanto hago yo, y eso que no la puedo ver ni pintada.

¡Querrá V. creer que no me deja ir á la taberna, siendo así que en tiempo de su mamá de V. pasaba allí la mitad del dia! ¡Oh! ¡Aquella sí que era una señora en forma! Pero, amigo, las cosas han dado gran vuelta.... y es menester ir con la corriente: no hay otro arbitrio. Ya le iré á V. dando otras instrucciones importantes; mas no ahora, que estrañarán la tardanza.

RAMON.

¿Se me conoce en los ojos que he llorado?

MATEO.

¿No se ha de conocer si aun le estan á V. corriendo las lágrimas.

RAMON.

¿Y quieres qué me presente así? Me preguntará porqué he llorado, y no sabré que decirla.

MATEO.

Diga V. que al entrar aquí se acordó de su madre como era natural, y se le saltaron las lágrimas sin poder remediarlo.

RAMON.

¿Y si me empieza á hablar de las palabras que tuve con sus hijos?

MATEO.

Dígala V. que ellos empezaron, y póngame á mí por testigo, pero aquí viene: adelántese V. á recibirla. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA LORENZA, RAMON.

D.ª LORENZA.

¿Cuál es? ¿Dónde está? (*repara en él.*) ¿Eres tú, Ramon? ¡Gracias á Dios que tengo junta toda mi nueva familia! (*El le besa la mano, y ella le abraza y besa con cariño.*) ¡Qué fisonomía tan graciosa! ¡Cuánto me regocija el poder llamar hijo á un niño tan amable!

RAMON.

Tambien quisiera yo poder regocijarme, pero, ¡ay! no me es posible.

D.ª LORENZA.

¿Qué tienes, hijo mio, que estás tan triste? (*Ramon echa á llorar sin contestarla*) ¿Vuelves la cabeza, y te pones á llorar? ¿Por qué

no me descubres tu pecho, querido Ramon? ¿No tienes confianza en mí?

RAMON.

Si no es nada, señora; nada absolutamente.

D.ª LORENZA.

Podrá no ser nada, pero á mí me dá pena verte afligido, y deseo que me lo digas para poder consolarte. Ya ves que si tu papá y tus hermanas te ven así, creerán que te ha sucedido alguna desgracia, y se asustarán infinito. ¿Querrás pagarles de ese modo el ansia y la alegria con que te esperan? ¿Y tú mismo, no la tendrás en verlos y abrazarlos?

RAMON.

Sí, señora: la tendré, y muy grande; pero ni ellos ni V. me proporcionarán el gozo de abrazar á mi madre, y ese es mi sentimiento.

D.ª LORENZA.

Está muy bien; pero hazte cargo de que al cabo de seis meses que la perdiste, ya es razon moderar el llanto.

RAMON (*sollozando.*)

¡Ay! Nunca! nunca! ¡Mamá de mi alma!

D.ª LORENZA.

Mudemos de conversacion, porque esta renueva tus penas, hijo mio.

RAMON.

Al contrario. Mi alivio consiste en hablar de ella á todas horas. ¿Quisiera V. que en tan corto tiempo la hubieran olvidado sus hijos?

D.ª LORENZA.

¡Oh niño precioso! ¿Con qué tanto querías á tu mamá?

RAMON.

Ahora que la he perdido conozco cuanto la amaba. ¡Qué mamá tan cariñosa, tan buena!

D.ª LORENZA.

¡Cuánto placer tendria en podértela resucitar, ó mas bien, en ocupar en tu corazon el lugar suyo! Yo te amaré como ella te amaba, y cuidaré de tí con igual esmero.

RAMON.

Pero no está en mano de V. haberme dado el ser, haberme alimentado á su seno, ni criádome en sus brazos. ¡Ay! Era mi madre, y V. no es mas que mi madrastra.

D.ª LORENZA.

Siento mucho, Ramon, que me des ese nombre. ¿Te he llamado yo hijastro por ventura?

RAMON.

Perdone V., señora, que no ha sido mi intencion incomodar á V., manifestándose tan amable y cariñosa conmigo. Pero V. tiene hijos propios, y es natural que los ame con preferencia á los estraños.

D.ª LORENZA.

Yo te ofrezco que no echarás de ver la diferencia mas leve. Deja que pasen dias y nos váyamos conociendo, y llegarás á creer que soy tu mamá verdadera.

RAMON.

¡Oh! Si así fuese! pero no es posible que me olvide jamas de mi amada madre.

D.ª LORENZA.

Tampoco deseo yo que la olvides: léjos de eso hablarémos de ella á menudo, porque tu ternura sirva de ejemplo á mis hijos. Ven conmigo, que quiero que los conozcas.

RAMON.

Ya los he visto, y estraño que no hayan dado á V. quejas de mí.

D.ª LORENZA.

No por cierto. ¿Mas qué ha pasado? Habeis tenido ya alguna desavenencia? Mucho lo sentiria, porque no tengo otro anhelo que veros tiernamente unidos como verdaderos hermanos.

RAMON.

Tambien quisiera yo que sucediese así, por que no me gusta estar reñido con nadie. ¿Pero, dónde están mi papá, y mis hermanas? ¡Tengo tantos deseos de darles un abrazo!

D.ª LORENZA.

Tu papá vendrá muy pronto. Tenia que concluir cierto asunto, y ha ido á despacharlo con tiempo para tener despues todo el dia por suyo, y emplearle en estar en tu compañía. Entre tanto irémos á ver á tus hermanas, y te dirán si las trato bien ó mal.

RAMON.

Enhorabuena; pero lo que mas deseo es

que hablemos de mi pobre mamá, á quien no puedo apartar de la memoria. (*Vanse sin ver á Vicente y Casimiro que entran por el lado opuesto.*)

ESCENA VI.

CASIMIRO, VICENTE.

VICENTE.

¡Hay tal empeño en que no me he de quejar á mamá y en que por fuerza háyamos de ser amigos de aquel vanidoso! Eso sí que no: tan pronto como llegue su padre le tengo de contar lo altanero y provocativo que ha estado con nosotros, para que sepa tratar á las gentes como es debido.

CASIMIRO.

¿No es mejor dejarnos de chismes, aunque solo sea por no dar á papá ese disgusto?

VICENTE.

En verdad que siento desazonarle, pero ¿cómo se ha de remediar? Si á este perillan no se le corrige desde el primer dia, todo será disputas y camorras. El las buscará continuamente: yo que tengo malas pulgas le

dirá cuatro claridades, y si se atreve á emplear el tono de amenaza que esta mañana, andará la marimorena.

CASIMIRO.

¿Con qué segun eso tratas de darle de bofetadas? ¡Ya, ya! ¡No faltaba otra cosa!

VICENTE.

¡Ola! ¿querrás que aguante que él me las dé á mí?

CASIMIRO.

De ningun modo.

VICENTE.

¿Pues qué recurso queda?

CASIMIRO.

Con el tiempo lo pensaremos: por lo que es hoy conviene disimular por no disgustar á papá en ocasion de tanta alegria para él.

VICENTE.

Si al cabo hemos de tener que rifar á cada paso, ¿no es mejor tratar de evitarlo desde ahora?

CASIMIRO.

Ten un poco de paciencia, Vicente. ¿Quién sabe si Ramon será tan malo como te figuras? Yo creo que no lo es.

VICENTE.

No sé en qué te fundas, pues lo que hemos visto da bien á entender.....

CASIMIRO.

Siempre su padre y sus hermanas nos le han pintado como un muchacho dócil, y amable sin otro deseo que el de complacer á todo el mundo.

VICENTE.

¡Cierto! Volviéndome la espalda cuando quise abrazarle.

CASIMIRO.

¿No vés que no nos conocia? Tal vez se figuró que eramos como suelen ser otros hermanos á medias.

VICENTE.

Mal pudo ser eso, cuando no vió en nosotros sino muestras de cariño.

VICENTE.

Ó tal vez le cogímos en algun momento de mal humor.

VICENTE.

¿Qué obligacion tenemos de aguantar el mal humor de nadie?

CASIMIRO.

¿Y que? No se han de disimular nada los hermanos unos á otros?

VICENTE.

¡Pero si parece que tiene á menos mirarnos como tales!...

CASIMIRO.

Yo por mi parte no he advertido en él esa altanería que tú supones.

VICENTE.

Yo lo que te aseguro, Casimiro, es que no le he de dejar pasar ninguna: pero aquí viene con sus hermanas, y yo me voy, que se me enciende la sangre cuando le veo.

CASIMIRO.

¿No es mejor esperarles, y entrar á la parte en su alegría?

VICENTE.

Mejor es que no nos espongamos á turbarla: yo me voy. (*Vase.*)

CASIMIRO.

Aguarda, que ya te sigo. (*Saliendo*) Es preciso tratar de aplacarle, no hay remedio.

ESCENA VII.

RAMON, MATILDE, LUISA.

MATILDE. (*apretando la mano á Ramon.*)

¿Qué sacamos con tanto afligirnos? Si á fuerza de lágrimas pudiéramos resucitar á mamá....

RAMON.

Pero á lo menos me habeis de prometer que cuando estemos juntos, hemos de hablar de ella.

MATILDE.

Sí, Ramon: nos figuraremos que está en medio de nosotros como cuando vivia.

RAMON.

(*Tomando la mano á sus hermanas.*)

¡Ay, hermanas mias! No sabeis cuánto aumenta esa ilusion el placer de hallarme á vuestro lado.

MATILDE.

¡Si supieras cuánto he suspirado por tí!...

LUISA.

Y yo lo mismo, Ramon. Ahora volveremos á jugar juntos como antes. Casimiro y Vicente vendran tambien á jugar con nosotros, y nos

divertiremos muchísimo. ¡Ya verás, ya verás qué gusto tan grande! (*da palmadas y salta de alegría*)

RAMON.

Por lo que hace á Vicente y Casimiro no quiero nada con ellos.

MATILDE.

¿Por qué razon?

RAMON.

Porque no sirven mas, que para dar quejas á su madre de nosotros, y apoderarse de nuestras cosas.

MATILDE.

¿Quién? ¿Ellos? No lo creas.

LUISA.

Mira, Ramon: ¿ves qué estuche tan bonito?

RAMON.

Sí, ¿Quién te le ha dado?

LUISA.

Vicente me le compró con su dinero.

MATILDE.

Esta cartera se la habian regalado á Casimiro, y él me la dió á mí. ¡Mira qué linda es!

RAMON.

Ya veo que os llevais muy bien con ellos: lo que temo es que todos sereis contra mí.

MATILDE, LUISA.

¿Contra tí?

RAMON.

Seguro. Me han recibido mal, y han arrancado todas mis flores. ¿Qué mas indicios quereis de que no me pueden ver?

MATILDE.

¿Quién ha arrancado tus flores? ¿Qué es lo qué estás diciendo?

RAMON.

¿Quién? Esos picaruelos, con quien estais tan unidas.

MATILDE.

No comprendo lo que quieres decirnos. ¿Has visto tu jardin?

RAMON.

¡Bien visto le tengo! ¡Ahí le tienes, regístrale tú misma, y díme qué se han hecho mis tulipanes y mis claveles?

MATILDE.

¿Con qué segun eso no has estado allá en el jardin bajo las ventanas de mamá?

RAMON.

¿Hay allí algun jardin por ventura?

LUISA.

¿Cómo si le hay? ¡Y bien bonito!

MATILDE.

Como este era pequeño para tantos, mamá nos ha arreglado otro seis veces mas grande.

RAMON.

¿Y quién es el amo? ¿Los dos preferidos, no es verdad?

MATILDE.

Nada de eso, que es de todos, y cada uno tiene su cuadro aparte.

LUISA.

Yo tambien tengo el mio lo mismo que los demas.

RAMON.

¿Y para mí no hay ninguno?

MATILDE.

¿Cómo que no? el mejor de todos, y sin tener que plantar ni cabar como nosotros, te lo hallarás lleno de flores. ¡Esa sí que es fortuna!

LUISA.

Ya verás de cuantas clases las tienes: las

hay blancas, encarnadas, amarillas, azules, en fin de todos los colores.

RAMON.

¿Y quién ha hecho ese milagro?

LUISA.

Tus hermanos, que hace ya mas de un mes que pasan en eso los ratos de recreo. ¡No es nada lo que han trabajado allí! Cómo que han ido trasplantado de sus cuadros al tuyo las flores mas bonitas que tenian, solo por hacerte este obsequio sorprendiéndote cuando llegases.

RAMON.

¿Eso han hecho por mí? ¡Quién lo hubiera creido! Mateo me dijo que lo habian talado todo á propósito.

MATILDE.

Si te guias por los embustes de Mateo, ya no estraño nada. Tambien á nosotras nos quiso indisponer con los hermanos á fuerza de enredos. ¡Picaron! Ese es el agradecimiento que tiene, cuando únicamente está en casa porque mamá le recomendó á papá poco antes de morir.

LUISA.

¿Y sabes por qué es todo eso? Porque le

mandan trabajar, y no le dejan estarse emborrachando en la taberna todo el dia.

RAMON.

Ya veo que ponderando la ley que me tenia, trataba únicamente de engañarme.

MATILDE.

Con todo eso no lo digamos á nadie porque no le despidan.

RAMON.

No por cierto; basta que mamá le haya recomendado.

MATILDE.

Pero no te fies de él, que es un chismoso, y te engañará cien veces.

LUISA.

Vamos á dar un vistazo al jardin: ¿quieres?

RAMON.

Lo mismo os iba á proponer, porque estoy deseando verle.

MATILDE.

¡Ea! pues vamos. (*Le toman de la mano las dos y se lo llevan. Casimiro y Vicente entran al mismo tiempo por otra parte sin verlos.*

ESCENA VIII.

CASIMIRO, VICENTE.

Con platos de fruta y bollos que colocan debajo de un cenador.

CASIMIRO.

¿Pero dónde habrán ido?

VICENTE.

¡Ah! ya los veo: allá va con las hermanas camino del jardin.

CASIMIRO.

¡Cuánto me alegro! Con eso verá cuán presente le hemos tenido, y se pondrá muy contento al saber que el cuadro mas bonito es el suyo.

VICENTE.

No lo creas: verás como le parece feo. Con aquel genio tan arisco, dirá que las flores estan mal casadas, los bojes mal cortados, y la tierra muy húmeda, ó muy seca: en fin lo que se le ponga en la cabeza.

CASIMIRO.

Lo que yo veo es, que tú no te quedas atrás. Dices que él es regañon y arisco; pero no echas

de ver que á tí te sucede otro tanto. Jamas te he conocido de tan mal humor como ahora.

VICENTE.

Él tiene la culpa. A fe que sus hermanas no han tenido nunca porqué quejarse de mí, y ya sabes con que alegria esperaba yo su llegada. ¡Buen testigo eres del mal modo con qué nos recibió!

CASIMIRO.

Es muy cierto; pero no te haces cargo de que tendria entónces algun disgusto. Quizá estaria receloso de que su papá no le quisiese tanto como antes, ó de que su mamá no le hiciese tantos cariños como á nosotros. Ya ves que en tal caso estamos en la obligacion de contemplarle para aliviar sus penas, procurando consolarle y ganar su amistad á fuerza de halágos y favores.

VICENTE.

Tienes mucha razon, Casimiro, y siento no haber pensado en ello.

CASIMIRO.

Siendo tan buen muchacho como dicen, mira tú si agradecerá nuestras caricias, y lo que se alegrarán su papá y sus hermanas. Pues no

digo nada de mamá, que en ninguna cosa tiene mas gusto que en vernos tan hermanados. Todos nos querrán mucho mas que hasta aquí, y se pondrán mas alegres que nunca.

VICENTE.

Conozco que hice muy mal; pero no te dé pena, que cuando volvamos á verle, estaré tan jovial y espresivo con él, que le haré olvidar nuestra pasada desavenencia.

CASIMIRO.

Lo que debemos hacer es ir á buscarle corriendo.

VICENTE.

Dices bien: vamos allá...- pero aquí viene con las hermanas.

CASIMIRO.

¿No reparas qué cara trae tan alegre?

ESCENA IX.

CASIMIRO, VICENTE, RAMON, MATILDE, LUISA.

RAMON.

(*Corriendo á abrazar á Casimiro y Vicente.*)

¡Ay! ¡queridos hermanos! ¡Con cuánta razon debeis estar enfadados conmigo!

CASIMIRO.

¿Por qué motivo? Nada de eso.

VICENTE. (*volviendo á abrazarle.*)

Todo se acabó ya, amado Ramon; vuelve á abrazarme.

RAMON.

¡Qué bonito jardin habeis formado para mí, colocando en él las flores mas lindas del vuestro! ¡Con qué podré pagaros este favor!

CASIMIRO.

Con tal que estés contento, ya no deseamos otra paga.

RAMON.

¿Contento? ¡Cómo no lo he de estar con lo que habeis hecho conmigo? ¡Ah, hermanos mios! Perdonadme la ofensa que os hice,

no queriendo admitiros en mis brazos. Os prometo que será la última, que os amaré entrañablemente, y que cuanto yo tuviere será tan vuestro como mio.

CASIMIRO.

Sí, sí: nuestros juguetes, nuestras penas, nuestras diversiones, todo será comun.

VICENTE.

Venga otro abrazo en confirmacion de nuestro cariño, y nuestra union fraternal. (*se abrazan los tres.*)

MATILDE. (*á Luisa.*)

Abrázame, hermana. Estoy loca de alegria. (*Se abrazan las dos.*)

CASIMIRO.

Vámonos ahora á merendar al cenador con las hermanas. Ea, sentémonos.

RAMON.

En mi vida he tenido merienda mas alegre: yo os serviré á todos. (*Reparte los bollos y la fruta, y se ponen á comer.*)

VICENTE.

¡Cuánto mejor es esto que disputar y reñir!

CASIMIRO.

¡ Poco se alegrará mamá cuando nos vea tan hermanados y contentos!

MATILDE.

A fé que es bien acreedora á que en esto y en todo le demos gusto. Cuando tú la conozcas Ramon.... pero ya creo que la has visto.

RAMON.

Sí, Matilde; por cierto que me hizo mil caricias. Tiene una presencia tan agradable, que es imposible que no sea buena. Con solo oir el tono afectuoso de su voz da gana de quererla.

MATILDE.

¡Y ella nos quiere á todos con tanto estremo!

LUISA.

Mira: nunca está mas contenta, que cuando nos vé muy divertidos.

MATILDE.

Despues que la otra mamá murió, hubo una temporada en que estuvimos muy mal, porque papá obligado á estar en la audiencia la mayor parte del dia, no tenia tiempo de atender á

nosotros. Así ni aprendiamos nada, ni habia quien cuidase de nuestro aseo.

LUISA.

¿Te acuerdas cuántos dias anduve yo con aquel rasgon en el vestido?

MATILDE.

¡Pero despues que la nueva mamá vino á casa, qué diferencia tan grande! De todo cuida, todas las cosas estan siempre á punto, y cuando se trata de diversiones, es la primera que nos las proporciona tomando muchas veces parte en ellas.

LUISA.

Y cuando yo estuve mala, ¡si supieras Ramon qué mala estuve! ella sola fué la que me asistió. Apenas se apartaba de mi cabecera. ¡Quién sabe las cosas que me dió! ¡Cuántos vizcochos! ¡Cuántas tacillas de dulce! ¡Era mucho aquello! A no ser por su cuidado ya estaria muerta.

RAMON.

Me dejais aturdido.

MATILDE.

Ya te acordarás de que cuando tú te fuiste, no sabiamos nada de labores de manos, por-

que acabábamos de aprender á leer y á escribir. Pues ya sabemos coser muy bien, bordar al pasado y al tambor, y ahora estamos aprendiendo á hacer encages, todo sin otra maestra que mamá.

CASIMIRO. (*á Ramon.*)

¿Ves este pañuelo qué bien bordado, y qué feston tan bien hecho? pues es la obra magistral de Matilde, y regalo suyo.

MATILDE.

¡Vaya, que bien me lo has pagado! ¿No me has cultivado tú mi jardincito? ¿No me has dado muchas flores, y otras plantas del tuyo? Porque has de saber, Ramon, que mamá no quiere que trabajemos de balde para los hermanos, sino que nos remuneren haciendo alguna cosa para nosotras, y ellos se portan tan bien que siempre salimos mejor libradas.

LUISA.

Ciertamente. Ya te enseñaré yo el barquito de corcho que me ha hecho Vicente con su navaja. Verás qué bonito es, con sus cuerdas de seda, sus velas de raso, y sus banderas de cinta. Da gusto verle navegar solito en el estanque.

VICENTE.

Para eso tú me hiciste unas ligas de punto de aguja.

LUISA.

¡Gran cosa! ¡Unas ligas! Ahora ya sé mucho mas. Si tú vieras, Ramon, cierto bolsillo con listas verdes y de color de lila que tengo preparado para tí... Las listas verdes las he hecho yo sola: que lo diga Matilde. Estoy cierta de que te gustará mucho.

RAMON.

¿Cómo es eso? ¿Con qué me has hecho un bolsillo? (*Matilde hace señas á Luisa para que calle.*)

LUISA (*cortada.*)

No, para tí precisamente no es, pero quise decir.... La verdad para tí es, pero mamá nos habia encargado que no te lo dijésemos, porque quiere presentártele de sorpresa con cierto vestido nuevo.... Ya verás qué bonito.

MATILDE.

Eres una aturdida que no sabes callar nada.

LUISA.

Estaba rabiando por decírselo para que vea

que nos hemos acordado de él á todas horas.

RAMON.

Os lo agradezco mucho, y celebro en el alma que esteis tan contentas con vuestra suerte.

MATILDE.

¡Oh! muchísimo.... ¿Qué tenemos que desear con una mamá tan buena? Yo no sé como lo hace, pero tiene la gracia de convertirlo todo en diversion, de modo que aprende uno las cosas jugando. Tiene ademas una conversacion tan entretenida, que es un gusto cuando se pone á hablar con nosotras.

LUISA.

Lo que es divertido sobre todo es cuando nos sentamos á leer en corro aquellos cuentos que nos envia el señor don Anselmo. Cada mes nos manda un tomo.

MATILDE.

¡Válgame Dios! Ahora me acuerdo, Luisita, que este mes no le ha enviado. ¿Si estará enfermo de resultas de estos calores tan excesivos.

LUISA.

Mucho lo sentiria porque es muy amigo

mio, y sabe todas las historias de cuantos niños hay en el mundo. ¡Bueno fuera que algun dia encontrásemos la nuestra en el libro!

MATILDE.

Me alegraria muchísimo, solo por mamá, porque para mí no habria mayor gusto que el que todos supiesen lo buena que es, y cuánto la queremos.

CASIMIRO.

Y yo por papá, que nos ama como si fuésemos verdaderamente hijos suyos.

ESCENA X.

DON JACINTO, RAMON, MATILDE, LUISA, CASIMIRO Y VICENTE.

DON JACINTO.

(*Que los ha estado escuchando detrás de unos mirtos.*)

Lo sois de veras en mi corazon, y tengo suma delicia y la mayor vanidad en creer que soy vuestro verdadero padre. ¿Mas donde está Ramon?

RAMON. (*arrojándose en sus brazos.*)

Aquí, papá, lleno de alegria de ver á V.

DON JACINTO.

Vuelve á abrazarme, hijo mio. ¿Estás contento con los hermanos que te he dado?

RAMON.

Es imposible que haya otros mejores en el mundo. Así nada quedará que hacer por mi parte para merecer su cariño hasta igualar al que yo les tengo.

CASIMIRO.

Poco trabajo te costará porque no deseamos otra cosa.

VICENTE.

Para conseguirlo bastará recordar el placer que hemos tenido esta tarde.

MATILDE.

A mi cargo queda traerosle á la memoria todas las veces que estemos juntos.

LUISA.

Sí, que no lo tendremos presente todos, aunque nadie nos lo recuerde.

DON JACINTO.

Como he sido testigo de vuestro diálogo, tarde se borrará de mi alma la impresion de-

liciosa que me ha causado. Pero tanta alegria no cabe en un corazon, y anhelo por comunicarla con quien mas que nadie merece gozar de tan alhagüeño espectáculo. (*Sale y vuelve al momento con doña Lorenza.*)

DON JACINTO.

Aquí teneis, queridos mios, á vuestra madre, á la digna esposa que he elegido para labrar mi ventura y la vuestra. Los bienes que pudiera dejaros nada valdrian sin la dote mucho mas preciosa de una buena educacion, que ha sido el principal objeto de nuestro enlace. A unos os faltaba una tierna madre, que vigilase incesantemente por atender al cuidado de vuestra niñez, y se ocupase en rectificar vuestras inclinaciones y vuestra razon, inspirandoos sabias máximas, y cultivando vuestro entendimiento. Otros careciais de un padre aplicado, que dirigiese vuestros pasos en la edad juvenil, proporcionase vuestra colocacion, y asegurase vuestro bienestar futuro. En una palabra, para todos hemos formado esta union, porque todos estais interesados en ella. ¿Me prometes, querida esposa, como yo te lo ofrez-

co á tí, mirar con igual igual afecto á todos estos niños sin dar á ninguno de ellos otra preferencia que la que merezca por sus buenas prendas, su aplicacion y su juicio?

D.ª LORENZA.

Sirvan para tí de respuesta las dulces lágrimas que derramo, y para ellos estas tiernas caricias. (*Abraza á todos los niños que se atropellan por arrojarse en sus brazos.*)

DON JACINTTO.

Y vosotros, hijos mios, me prometeis vivir siempre en buena armonía, sin zelos ni disturbios, amandoos recíprocamente como hermanos? (*los niños asidos unos con otros de las manos se echan á los pies de sus padres.*)

TODOS.

Sí, papá, sí mamá, todos lo prometemos.

DON JACINTO.

(*Levantándolos y abrazándolos.*)

Seguid, hijos mios, gozando de esa dulce amistad cuyos lazos irán estrechándose de dia en dia; y creed que tanta satisfaccion causará á cada uno de vosotros el beneficio que ha-

ga á su hermano, como el que de él reciba. Vuestro contento será comun é inalterable; todas las gentes honradas se interesarán en vuestra felicidad, y vuestros hijos os recompensarán algun dia con su afecto el placer que hoy esperimentan vuestros padres.

FIN.

LA SOSPECHA INJUSTA;

DRAMA EN DOS ACTOS.

PARA REPRESENTARSE ENTRE NIÑAS SOLAS.

TRADUCIDO DE MAD. CAMPAN.

PERSONAS.

MISTRIS TEACHUM, *directora.*

LADY HAMILTON.

LADY ARABELA RICHARD.

EDUCANDAS.

CECILIA, *de edad de 14 años.*

LÚCY, *de edad de 10 años.*

EMMA, *de edad de 12 años.*

LAURA, *de edad de 13 años.*

MATILDE, *de edad de 11 años.*

SALY. } *de edad de 7 años.*
MOLY. }

BETY, *hija del portero, de edad de 15 años.*

La escena es en Lóndres en un colegio de niñas.

ACTO PRIMERO.



ESCENA I.

SALY Y MOLY.

(Jugando con una muñeca.)

MOLY *(meneando su muñeca.)*

Digo, señorita: ¿le parece á V. muy airosa esa postura? Ea, veamos como hace V. la reverencia.

SALY.

Acaba de vestirla, y luego dará leccion de baile. ¿No ves que aun estamos en el tocador?

MOLY.

(Poniendo á la muñeca un sombrerillo.)

Vaya; ahí la tienes ya con su sombrerito puesto; pero mira con qué gracia! ¡oh! me pinto sola para vestir con gusto á una muñeca.

SALY.

Yo lo que hago bien y pronto es desnudarlas. Cada una tiene su habilidad y esta es la mia.

MOLY.

Eso si que es cierto: para destruirlas en pocos minutos no hay quien te iguale. Si fueras mi hija, te echaria muy buenas repasatas diciéndote: oiga V, señorita: ya sabe V. que no me gusta que eche V. á perder cuanto se le da. Trate V. de cuidar un poco mas de sus juguetes, ó le costará caro. ¿Lo entiende V.?

SALY.

Calla por Dios, que me das miedo con esas chanzas. Te pones tan grave, que me parece que estoy oyendo á aquella terrible Lady Arabela, que tanto hace llorar á la pobre Cecilia. ¿Sabes qué la imitas con perfeccion? Solo que no habias de haber dicho; si fuese yo tu mamá, porque las madres no son tan crueles y severas como todo eso.

MOLY.

¡Ah! si la pobre Cecilia no hubiera perdido la suya, no la compadecerian tanto las gentes.

SALY.

Con todo eso Lady Arabela bastantes cosas le da, y muy buenas por cierto; brazaletes, pendientes y collares muy ricos.

MOLY.

Y qué, ¿consiste en esas cosas la alegria? Díganlo las infinitas veces que he encontrado á Cecilia llorando en la huerta, al mismo tiempo que yo iba saltando y riendo, aunque no tengo ni siquiera una triste sortija.

SALY.

Dame acá la muñeca, que voy á darla de almorzar. (*la toma, y tambien una almendra.*) ¿Diga V. señorita, le gustan á V. las almendras? Si V. se pareciese á su mamá, no estaria con esos labios tan fruncidos.

MOLY.

¿De qué te sirve charlar, si no sabes tampoco dar de comer á las muñecas? Déjamela, y te enseñaré como se hace. (*vuelve á tomar la muñeca y la almendra*) Vamos, señorita, sin melindres. (*se come la almendra*) Está muy buena; ¿no es cierto?

SALY.

El chasco es lo que está bueno, taimada;

pero no tengas cuidado que guardada te la tendré. Mas ¿quién viene á incomodarnos? ¡Ah! que es Lady Arabela: ya verás como á Mistris Teachum le da una melancolía que no se le quita hasta mañana, como sucede siempre que viene á verla esta muger de tan mal genio. Vámonos corriendo, no nos diga alguna fresca como acostumbra.

ESCENA II.

MISTRIS TEACHUM, LADY ARABELA.

MISTIS TEACHUM.

Sí, señora: con el mayor gusto repito á V. que Cecilia es el modelo de toda esta casa, y será el ornamento de la sociedad cuando llegue el caso de presentarse en ella. Léjos de tener que exhortarla al cumplimiento de sus obligaciones, hay que irla á la mano para que el excesivo trabajo no la perjudique.

LALY ARABELA.

En eso no hace nada de mas si es agradecida á mis beneficios. En órden á las habilidades que se le hayan de enseñar lo dejo á cargo

y eleccion de V: ya se ha hecho moda adquirirlas, y fuerza será que mi hija adoptiva no sea menos que las demas que las tienen. Por lo que á mí toca, ninguna falta me han hecho las habilidades; y gracias á mis medianas conveniencias nada me ha quedado por disfrutar en el mundo, sin haberme cansado la cabeza en aprender esas cosas. Es cierto que tuve aya, pero no era mas que para acompañarme á paseo; y en cuanto á los maestros, salia del paso con darles al momento su tarjeta, y de este modo dejaban de importunarme con sus lecciones. (*) Conocí desde luego que de nada me habia de servir llenarme los cascos de niñerias, porque para pasar las veinticuatro horas me sobraba con el tocador, el teatro, las visitas y el juego; y así es la verdad, pues hay dias que estoy rendida cuando llega la hora de acostarme. Vea V. qué tiempo me pudiera quedar para las labores, para el dibujo, ni para tocar el arpa ó el piano.

(*) En muchos paises el ajuste con los maestros se hace por lecciones, y al fin de cada una se les da una tarjeta ó contraseña para acudir á cobrar de tiempo en tiempo.

MISTRIS TEACHUM.

Pero si por algun accidente imprevisto se hubiera V. hallado en necesidad de retirarse del mundo, y de atenerse á la quietud y diversiones de la vida privada, puede ser que hubiese V. echado menos esas habilidades.

LADY ARABELA.

Es muy cierto, y por lo mismo quiero que mi sobrina las tenga. Ya empieza á fatigarme un poco el torbellino de diversiones en que he pasado alegremente mi juventud, y ¿quién sabe si antes de mucho me retiraré al campo? Entónces necesitaré que mi sobrina no se ocupe en otra cosa, que en evitar que se apodere de mí cierto fastidio harto frecuente, dando un poco de variedad á mis pasatiempos, y segun V. me dice, puedo esperarlo de su aplicacion. Pero hablando de otra cosa, ¿no me dirá V. qué es lo que tiene Cecilia que rara vez está alegre? ¿Le cuenta á V. sus secretos? Porque yo recelo que conserva cierto cariño pueril y ridículo al pais en que nació, afligiéndose de la pérdida de los que le dieron el ser, que es su espresion favorita, los cuales ciertamente no merecen semejante sentimiento.

¿Conoce ella cuánto valen los beneficios que me debe? ¿Sabe apreciar la dicha que mi adopcion y desvelos la preparan dejándole mis riquezas, siendo así que era una huérfana miserable, porque sus padres fueron calaveras y disipadores, que malgastaron cuanto tenian? Es menester que V. me diga si la ve reir y distraerse jugando con sus compañeras, pues he notado en ella cierta melancolía que no me gusta, y sentiria mucho que se hiciera habitual, porque en mi casa quiero que las gentes sean muy humildes y sumisas á mi voluntad, eso sí; pero por otra parte alegres siempre y de buen humor, para que logren disipar ciertas murrias que me acometen de cuando en cuando, y que segun dicen los médicos, pueden alterar mi salud andando el tiempo.

MISTRIS TEACHUM.

Cecilia es naturalmente reservada y tímida, por lo cual, Milady, no he querido entablar nunca con ella conversaciones que pudieran desazonarla. Por lo demas siempre la he visto manifestarse muy reconocida á los beneficios que V. la dispensa; y en punto á jugar con sus amigas la encuentro tan dispuesta como

otra cualquiera: no las incita á ello á la verdad, pero jamas se niega á darlas gusto.

LADY ARABELA.

V. quiere mucho á Cecilia, y me temo que esa prediliccion se la pinte á V. con colores un poco lisongeros. Yo no fio de esa modestia afectada, pues los ejemplos que tuvo en su niñez han debido serla perniciosos; y como V. sabe mejor que yo, influyen en aquella edad mas de lo que comunmente se cree. ¿Sabe V. qué especie de sujetos eran sus padres? Un hombre disipador, y una muger gastadora, y sin pizca de juicio. Ya tengo olvidadas las infinitas pesadumbres que me dieron, porque mi carácter es generoso y sensible; pero con respecto á la hija tengo mis miedos de que se les parezca. Por lo mismo quiero que V. la siga los pasos sin fiarse del candor que aparenta, y que la observe con el mayor cuidado, porque, como he dicho á V, es hija de una madre, cuyas naturales disposiciones puede haber heredado muy bien, y lo sentiria mucho.

MISTRIS TEACHUM.

Está bien, Milady: haré lo posible por dejaros satisfecha en este punto.

LADY ARABELA.

Nadie tiene para ello la proporcion que V. pero la cosa no es tan obvia como parece. Mis principios son muy rígidos, lo confieso, y por lo que hace á los demas nunca disimulo ni la mas mínima falta. Aunque soy naturalmente bondadosa, tengo mis prontos, y si Cecilia me diese algun motivo de queja, le aseguro á V, que la dejaria otra vez en el estado de miseria en que la constituyó la desbaratada conducta de sus padres. Ya ve V. en qué términos la colmo de regalos; pues como una vez llegase á desmerecer mi gracia, no hay poder humano que me obligase á mudar de dictámen. Eso no: en tomando yo una resolucion, nadie en el mundo me hace volver atrás, porque me precio de tener carácter.

MISTRIS TEACHUM.

Puesto que V. lo entiende así, Milady, yo nada tengo que oponer á eso.

LADY ARABELA.

Hace V. muy bien, pues no gusto de que me hagan disertaciones. A dios, señora, que no es justo quitaros el tiempo que necesitais para vuestros quehaceres. Ya he visto á

mi sobrina en su cuarto, y la he dado una reprimenda sobre la simplicidad de su atavío, pues las joyas que la regalo son para que las luzca, no para tenerlas encerradas.

MISTRIS TEACHUM.

En esta parte me temo que adelantemos poco con Cecilia, porque gusta infinito de la sencillez, en lo cual confieso que está muy de acuerdo con el plan de educacion que he adoptado para esta casa.

LADY ARABELA.

Convengo en que es muy laudable aquí dentro, pero á lo menos cuando sale á verme, quisiera yo que se presentase adornada de todas sus alhajas; como por ejemplo esta noche, que vendré por ella para llevarla á la tertulia de Lady Baltimore. Encárguela V. que ponga un poco de esmero en vestirse.

MISTRIS TEACHUM.

Sabiendo que es gusto de V. estoy cierta de que lo hará puntualmente.

LADY ARABELA.

Confio en todos puntos en vuestra vigilancia.

MISTRIS TEACHUM.

Me haceis justicia, Milady.

ESCENA III.

MISTRIS TEACHUM (*sola.*)

¡Qué conversacion tan incómoda! Por momentos iba faltándome la paciencia, y llegando el caso en que ya me hubiera costado mucho reprimir mis verdaderos sentimientos. Sin embargo á pesar de la confianza que tengo en las buenas prendas de Cecilia, los temores que manifiesta su tia empiezan á causarme alguna inquietud. ¿Mas porqué dar entrada á sospechas injustas? Eso no; no es razon poner tanto ahinco en las palabras llenas de hiel con que los malos zahieren á los buenos, que se haya de dudar de su virtud y de su inocencia.

ESCENA IV.

MISTRIS TEACHUM, CECILIA.

CECILIA.

Pensé que estaba con V. mi tia, y creí tener el gusto de verla algun tiempo mas.

MISTRIS TEACHUM.

En este instante acaba de salir; pero me alegro, querida Cecilia, del afecto que manifiestas á Milady, porque tenia mis recelos de que no la quisieses tanto como merecen los beneficios que te hace.

CECILIA.

No solo agradezco muy de corazon á mi tia lo que se esmera conmigo, sino que conozco ser mas de lo que V. imagina. Creo que cuanto puedo espresar es mucho menos de lo que el alma siente: y ¡ojalá pudiera esplicarme con toda ingenuidad acerca de esto!

MISTRIS TEACHUM.

¡Cuánto lo celebro, Cecilia! pero no me sorprende que entre tus buenas prendas se cuente la gratitud, porque las virtudes se dan la mano, lo mismo que los vicios. Tu tia me ha hablado largo tiempo del cariño que te tiene, y sin embargo por no pensar del mismo modo que yo en ciertas materias, ha estado á pique de indisponerse conmigo. A pesar de todo nos hemos separado amigablemente, porque á la verdad no cuesta mu-

cho reprimirse cuando lo que una quisiera decir puede causar disgusto á los demas.

CECILIA. (*conmovida.*)

¡Así fuera tan fácil ocultar las penas del cõrazon!

MISTRIS TEACHUM.

¿Las penas del corazon? Qué quieres decir, Cecilia, con esa esclamacion involuntaria? Será posible que á tu edad te aflijan pesares secretos? Me parece que pudieras confiarlos á mi cariño y esperiencia, pues muchas veces es útil desahogarse con una amiga; y cuando no sea otra cosa siempre sirve de alivio.

CECILIA.

Hay casos, señora, que piden secreto; pero crea V. que cuando son de tal naturaleza que no me es permitido manifestarlos á V. pidiéndola el auxilio de sus consejos, tomo al menos por guia de mi conducta las máximas de moral y los saludables preceptos que me habeis enseñado, y que nunca podré alejar de mi memoria.

MISTRIS TEACHUM.

Eres muy comedida y atenta, pero un po-

co desconfiada, y solo el tiempo podrá darte á conocer lo que vale una buena amiga. No es decir con esto que háyamos de descubrir á cualquiera nuestras interioridades; pero ya volveremos á esta conversacion, y desde ahora será bien que lo tengas entendido. Por el pronto vete á desempeñar tus obligaciones, y no te olvides de estar á punto para cuando venga á buscarte Milady. (*la besa.*)

CECILIA.

La tertulia donde hemos de ir empieza muy tarde, y así puedo ocupar el dia en otras cosas sin temor de que me falte tiempo para vestirme.

ESCENA V.

CECILIA (*sola.*)

¡Qué imprudencia tan grande ha sido la mia! con una palabra más me hubiera visto empeñada en un asunto que debo y prometo ocultar de todos. ¿Mas cómo es que Mistris Teachum paró su atencion en un desahogo tan insignificante como involuntario? ¿Y de qué procede la desconfianza que noto en ella? ¿Se-

rá posible que me crea capaz de sentimientos ó designios vituperables? ¡oh, madre mia! No solo tengo que renunciar al placer dulcísimo de proferir este nombre, sino que es fuerza reprimir los suspiros de un corazon embriagado en el mas puro y legítimo afecto, por no esponer con mi imprudencia á la persona que mas amo en el mundo.

ESCENA VI.

CECILIA, BETY.

BETY.

¡Cuánto me alegro de encontrar á V. sola, señorita! porque traigo buenas noticias que darla.

CECILIA.

En la alegria de tus ojos conozco que vendiste el vestido, ¿no es verdad?

BETY.

Y tan bien como pudiéramos desear. Aquí tiene V. una, dos, tres, cuatro guineas, y nuevecitas por cierto. ¿Qué tal? ¿He hecho buena venta?

CECILIA.

Excelente. No sabes tú cuántas satisfacciones va á proporcionarme este dinero, que en otras circunstancias aprecio tan poco.

BETY.

¡Si viera V. qué señora tan buena es la que le compró! Si fuera así Milady Arabela su tia de V. seria un gusto ir á su casa. Pero ya le contaré á V. todo, lo mismo que sucedió. Primeramente fuí al cuarto de su camarera, que era tan amiga de mi pobre madre, y le enseñé el vestido diciéndola, que iba á ver si la señora queria comprarle. Al instante me contestó: vamos á verla, y no tengamos reparo en ello, que es una señora muy llana, y tendrá gusto en verte. Pues, señor, echamos á andar por aquellas antecámaras llenas de criados, que me miraban con unas caras que casi me daban miedo. Despues fuímos atravesando unos salones tan cuajados de oro y tan......

CECILIA.

No te pares, por Dios, en el dorado de los salones, que el tiempo es corto y tengo muchas cosas que preguntarte.

BETY.

Pues, señor, llegamos al gabinete de Milady que estaba escribiendo. Hícela dos reverencias muy rendidas, y Jenny la dijo, que llevaba á vender un vestido bordado Desdoblé la muselina de manera que se viese bien, y Milady se puso á mirarla, y á decir: no lo necesito por ahora. Ya se me iba angustiando el corazon, cuando dijo: sin embargo, como tengo tantas sobrinas, no me faltará á quien destinarle. Con esto me puse tan contenta que me faltó poco para saltar de alegria. Por cierto, añadió Milady, que parece haberle bordado un ángel. Bien dice V., señora, la respondí yo poniéndome muy colorada, un ángel es la que le ha bordado. ¡Ola, querida! segun eso eres amiga de la bordadora, me dijo Milady dándome una palmadita en el carrillo. Yo la contesté: si señora, somos muy amigas. En esto me dió el dinero, la hice otra reverencia, y me fuí corriendo á casa de su mamá de V.

CECILIA.

¿Qué? ¿Tuviste tiempo de ir á ver á mi madre? Eso es lo que debieras haberme con-

tado primero. ¡Con qué la has visto, y logrado la dicha que anhelo yo con tanta impaciencia, y no he podido conseguir todavia! ¿Qué te dijo cuando supo que tal vez esta tarde iré yo á pasar en su compañia algunos momentos, y á estrecharla en mis brazos con el favor de tu amistad?

BETY.

Levantó al cielo sus ojos anegados en lágrimas, y al instante se puso á escribir esta cartita.

CECILIA.

Dámela por Dios; no sé como pagarte tantos favores, y por otra parte me da gana de reñirte por tu cachaza.

BETY.

Vaya, no hay que enfadarse: aquí está la carta. (*se la dá.*)

CECILIA, (*la besa, abre y lee.*)

» ¿Es cierto, Cecilia mia, que esta misma » tarde, y despues de dos años de la mas penosa ausencia podré estrecharte entre mis » brazos, y apretarte contra mi corazon, en » que estás tan impresa? ten mucho cuidado, » amada Cecilia, de contener los ímpetus de

» tu cariño, y de incurrir en alguna impru-
» dencia que nos descubra. Si tu tia llegase
» á saber que nos hemos visto, ó solo que
» yo vivo en el mundo, fuera terrible desgra-
» cia. Adios hija mia: los minutos van á pa-
» recerme siglos hasta que consiga la ventura
» que espero." ¡Qué carta tan tierna! Y di-
me está todo dispuesto?

BETY.

Todo lo tengo bien arreglado, porque mi padre me ha dado ya el permiso para recibir á una muger que ha de venir á verme, y que le he dicho ser una de las maestras de la escuela en que aprendo á leer.

CECILIA.

Grandemente.

BETY.

Yo lo que temo es que mi ama llegue á saber que he salido de casa sin su licencia, pues entonces no sé que fuera de mí.

CECILIA.

No me hables por tu vida de los peligros á que te espones por mi amistad, porque este recuerdo aguaria repentinamente mi gusto.

BETY.

Tampoco quiero yo pensar en eso, sino seguir los impulsos de mi corazon y nada mas. El me grita que no procedo mal en servir á una señorita amable y á una buena hija cuya virtud merece cualquier sacrificio de parte de cuantos la tienen afecto; pero mi razon me dice que toda especie de misterio es culpable, que obrando de este modo quebranto las severas y terminantes órdenes de mi ama, la cual me tiene espresamente prohibido todo trato con gentes de fuera. Mas cuando escucho los consejos de mi razon, y me propongo seguirlos, viene V. con sus ruegos y lágrimas, y se me olvidan mis propósitos. Bien que en todo esto no veo otros inconvenientes que el misterio con que se hace; y creo que lo mejor seria que V. se descubriese á la directora.

CECILIA.

¿Piensas tú, que si en ello no hubiera un peligro muy grande, no fuera depositaria de mis secretos hace muchos dias? Contigo me he declarado por no tener sin tu ayuda el menor arbitrio de saber de mi madre; pero Mistris Teachum hubiera tenido mil reparos

que poner, y habria recelado con mucha razon exponerse á quedar mal con mi tia. Como tiene aquel genio tan arrebatado y dominante, y conoce á tantas gentes, era capaz de desacreditar esta casa, y ya ves qué perjuicios tan enormes se podian seguir á mi amada maestra. Por otra parte se me hiciera muy cuesta árriba turbar su sosiego obligándola á tomar parte en asuntos de familia demasiado desagradables. Sobre todo, lo que me hace temblar es el recelo de que se llegue á traslucir que vive mi infeliz madre, cuya libertad se debe á la persuasion en que está mi tia de que hace dos años que ha muerto, pues si descubriera el engaño en que la han tenido, seria capaz de encerrarla en la cárcel por una gran suma de dinero que le está debiendo.

BETY.

Pero ¿es creible que la maldad de Lady Arabela fuese tanta?

CECILIA.

¡Ay amiga! El odio que tiene á mi madre, y su genio violento me dan mucho motivo para recelarlo. Bastante la persiguió con el mismo intento, y si pudo escapar de su venganza,

fué porque la tuvo escondida en su casa una arrendadora antigua con tanto secreto que por espacio de dos años eludió las pesquisas de su cuñada. Pero aquella generosa amiga hace dos meses que murió, y mi infeliz madre ha tenido que arriesgarse á venir á vivir en estas inmediaciones bajo un nombre supuesto para estar cerca de la única persona por quien conserva algun amor á la vida.

BETY.

¡Válgame Dios! ¡qué historia tan lastimosa! ¿A quién no partirá el corazon? Así, aunque la prudencia lo repruebe, me tendrá V. pronta á todas horas para cuanto pueda contribuir al cumplimiento de tan sagradas obligaciones.

CECILIA.

Dí mas bien que tu corazon es puro y caritativo naturalmente. ¿Hay por ventura algun deber mas principal que el de asistir á una madre tierna y desgraciada, que se ve abatida por el peso del infortunio? ¿Hay proceder mas noble y generoso que el tuyo ayudándome en tan santa obra, porque me ves imposibilitada de desempeñar por mí sola los oficios á que la

naturaleza, y la ley de Dios me obligan? La adversidad me ha enseñado, querida Bety, á reflexionar desde bien pequeña, y sé ciertamente, que mi amada maestra aprobaria cuantos pasos estoy dando, si me fuese permitido descubrime á ella: de otro modo me guardaria bien de darlos.

BETY.

V. me quita con esa seguridad toda especie de escrúpulo; pero no entiendo como se compone ese odio y esa persecucion de Lady Arabela á vuestra pobre madre con el esmero que tiene con V, á quien á todas horas está colmando de regalos.

CECILIA.

Vanidades del mundo, amiga mia. Mi tia cree que es en ella una obligacion indispensable criar á su heredera con la ostentacion correspondiente á su nacimiento, y con el esplendor propio de sus riquezas.

BETY.

No es poca fortuna para V. que siga en esto los impulsos de su vanidad, pues si hubiera de seguir únicamente los de su corazon, seria V. sin duda mas digna de lástima. Pero aun-

que conozco que estoy importunando á V. con mis impertinencias, quisiera saber con qué fin me encarga V. que la despierte al salir el sol todos los dias? ¿Qué precision hay de que V. trabaje tanto, arriesgando tal vez su salud, cuando con lo que os regala Lady Arabela tendriais mas de lo suficiente para mantener á vuestra madre?

CECILIA.

No lo creas, querida Bety, pues aunque mi tia me provee con generosidad de cuanto he menester, la cantidad que me tiene señalada para el bolsillo, como ella dice, no bastaria á cubrir las necesidades de mi madre, si no hubiese yo tenido la feliz ocurrencia de duplicarla con la labor de mis manos.

BETY.

Permitidme que os las bese, pues no puedo reprimir esta demostracion del cariño que tengo á V, y de la admiracion que me causa tan ejemplar conducta.

CECILIA.

Déjate de niñerias, amada Bety, y no encarezcas un proceder tan natural y sencillo. Vuélvete al cuarto de tu padre y ven á dar-

me aviso en el momento que mi madre venga. Con esto bajaremos las dos al patio con disimulo.

ESCENA VII.

CECILIA. (*sola.*)

Por fin voy á ver de nuevo aquel semblante tan grato y amoroso, y á oir los dulces écos de aquella voz, que era el embeleso de mi infancia, y que grababa en mi corazon los entrañables sentimientos que encontrará en él toda la vida. No sé como he de poder reprimirlos. (*Va á guardar el dinero y la carta en el bolsillo, y se le cae la carta.*)

ESCENA VIII.

CECILIA, SALY Y MOLY.

(*Que entran corriendo.*)

SALY.

Sabed, señorita, que ya han tocado á recreo, y se está V. con esa cachaza sin ir á

vestirse. Luego vendrá por V. Lady Arabela, y la reñirá sino la encuentra pronta, y todas nosotras lo sentiremos mucho.

CECILIA (*besándola.*)

Gracias por el aviso, Saly mia; eres una niña muy amable, y tienes buen corazon, por lo cual te quiero infinito. A Dios, hijas.

ESCENA IX.

SALY Y MOLY.

SALY.

¡Qué cariñosa es Cecilia! ¡Y cuánto me alegraré parecerme á ella en siendo grande!

MOLY.

Mucho tienes que hacer para eso: primeramente no has de ser tan maligna ni tan colérica.

SALY.

Ni tú tan taimada, ni aturdida como eres: mira ahí tienes: ahora mismo acabas de dejar caer la carta de tu papá, y eso que te encarga tanto que no la pierdas.

MOLY.

No hay tal cosa: si la tengo guardada en mi papelera.

SALY.

Pues será de alguna otra colegiala: leamos el sobre: (*la toma y deletrea.*) Para la se-ño-ri-ta.....

MOLY.

¿Quieres despacharte, pesada?

SALY.

Si no das tiempo á una para que vaya haciéndose cargo.....

MOLY.

Solò las que van mascando las letras como tú necesitan tiempo para leer un sobrescrito: trae acá. (*toma la carta*) Para la señorita Cecilia.

SALY.

Guárdala, que despues se la daremos.

MOLY.

Sí; pero verás lo de adentro qué bien lo leo, verás.

SALY.

No, no, que eso es muy mal hecho: debemos dársela sin leerla. (*quiere coger la carta.*)

MOLY.

Aguarda un poco: los dos primeros renglones y nada mas.

SALY.

No, eso no lo consiento: ¿sabes que la curiosidad es un vicio muy malo? (*quiere quitarle la carta.*)

ESCENA X.

SALY, MOLY, MISTRIS TEACHUM.

MISTRIS TEACHUM.

Vamos, niñas, ¿qué disputa es esa? Siempre juntas y siempre riñendo!

SALY.

Pues á fe que esta vez tengo yo razon, señora, porque está empeñada en leer una carta que no es para ella.

MISTRIS TEACHUM.

Eso no lo debes hacer, si Saly no te da permiso.

SALY.

¿Y cómo se lo tengo de dar, si tampoco es mia?

MISTRIS TEACHUM.

¿Pues de quién es la carta?

SALY.

De Cecilia.

MISTRIS TEACHUM.

Tráela aquí, Moly. (*Moly le da la carta.*)

SALY.

Me alegro: bien empleado.

MISTRIS TEACHUM.

Idos á la huerta á jugar con las compañeras, y divertios bien, para tomar despues con gana el estudio. ¿Estais?

SALY.

Si, señora.

ESCENA XI.

MISTRIS TEACHUM. (*sola.*)

Veamos qué carta es esta que la casualidad ha puesto en mis manos. Quizá será un nuevo testimonio de la enviadiable conducta de Cecilia, y lo celebraré mucho por lo que puede contribuir á desvanecer las sospechas de Lady Arabela. (*Mira el sobrescrito.*) Esta no es letra de su tia, porque es buena, y la de

Milady apenas puede entenderse. ¿De quién será? (*la abre y lee.*) ¿Qué viene á ser esto? ¡Qué espresiones tan apasionadas! Estrecharte contra mi corazon..... alguna imprudencia que nos descubra...... Estoy llena de confusiones. ¿Será posible, Dios mio, que aquel semblante tan modesto y candoroso de Cecilia no indique un corazon inocente y puro? Sintiera en lo mas vivo del alma haberme engañado. Pero no nos precipitemos á juzgarla delincuente, y procuremos aclarar con prudencia este desagradable arcano.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

ESCENA I.

EMA, LAURA, MATILDE.

EMA. (*que sale primero.*)

Sentémonos aquí, amiguitas, que hay buena sombra, y podemos descansar á gusto.

LAURA.

Yo por mí bien lo necesito, que estoy rendida, porque me empeñé en coger una mariposa azul muy bonita, y de rama en rama me fue llevando tan lejos que al cabo tuve que darme por vencida, confesando que sus alas son mas ligeras que mis pies.

EMA.

Eso ya lo sabia yo desde antes de que empezases á seguirla: pero vamos sentándonos, y Matilde nos contará alguna historia entretenida. (*Matilde se sienta con las demas, y Laura la última.*)

MATILDE.

Con mucho gusto. ¿Quereis que prosiga mi cuento alegórico de la bondad y la hermosura?

LAURA.

No, no, que todo se vuelve documentos morales, de manera que parece una leccion de Mistris Teachum. Cuéntanos mas bien algun pasage en que haya ladrones y cuevas que dan tanto miedo!... Esas son las historias que á mi me gustan, esas.

ESCENA II.

EMA, LAURA, MATILDE, SALY, MOLY.

LAURA.

¡Ola, Señoritas! ¿qué traen Vds. aquí? ¿Por qué no van Vds. á jugar con otras de su edad?

MOLY.

Como vimos que estaban Vds. sentadas en corro nos figuramos que habria historias bonitas como ayer, y veniamos á escuchar porque nos gustan mucho.

LAURA.

Pues ya podeis volveros por donde habeis venido.

SALY.

¡Qué vanidosas por cinco ó seis años que tienen mas que las dos!

EMA.

Algun dia lo estareis vosotras por tenerlos de menos. Venid acá junto á mí, y estáos quietecitas, que nadie os dirá nada.

LAURA.

¡Oh! Rabias por hacer de mamá: esa es tu comidilla.

MATILDE.

Vaya; ¿quereis ó no quereis oir el fin de mi cuento?

LAS TRES.

Mucho que queremos: empieza.

MATILDE.

Pues como iba diciendo ayer, aquella maga tan fea era tan afable y bondadosa que á todas partes llevaba la alegria y el consuelo. Las prendas de su buen corazon desvanecian la deformidad de sus facciones, inspirando tal confianza y amistad á todos los genios superiores, y á los simples mortales, que al cabo encontraban cierta gracia en su rostro. Sus ojos hundidos y que apenas se columbraban bajo aque-

llas cejas largas y pobladas, tenian un mirar tan apacible, tan ingenuo y al mismo tiempo tan.....

ESCENA III.

LAS MIMAS. - Y LUCY QUE LLEGUA APRESURADA.

LUCY.

Alabo la frescura con que os estais, sin saber lo que pasa en el colegio.

EMA.

Ninguna curiosidad tenemos de saberlo, y así mas valiera que no vinieses á interrumpirnos cuando estamos escuchando un cuento precioso.

LUCY.

No penseis que es alguna friolera, sino cosa muy grave y estraordinaria. ¿A qué no adivinais cuál de las compañeras acaba de ser arrestada en su cuarto sin comunicacion, y contra la cual manifiesta la directora estar sumamente irritada?

MATILDE.

Será alguna de las niñas.

LUCY.

¿De las niñas? No, sino de las mas provectas y juiciosas. Nada menos es que el fenix, el ejemplar, el modelo de la casa, la inimitable Cecilia.

LAURA.

No me pesaria que esta ocurrencia rebajase un poco el entusiasmo de Mistris Teachum, que á todas horas me la está citando como un ser perfecto. Con eso cesaria la enfadosa comparacion con que me aburre mas de cuatro veces.

SALY.

Vaya, que no siempre somos las niñas las penitenciadas, que tambien alcanza el latigo á las grandes alguna vez.

MOLY.

Anda que así nos tratarán con menos desden que acostumbran.

MATILDE.

No sé porque pueda merecer Cecilia tan severo castigo.

EMA.

Preciso es que haya incurrido en alguna falta de gravedad, cuando ha procedido así la

directora, la cual nunca parte de ligero. Esto es lo que me da mas cuidado y pesadumbre.

LUCY.

Aquí viene Bety, y nos podrá enterar de lo que ha pasado.

ESCENA IV.

LAS MISMAS Y BETY.

LUCY.

Bety, ¿qué es lo que ha hecho Cecilia, que la han encerrado en su aposento?

LAURA.

Dínos por Dios lo que sepas, querida Bety, que estamos con el mayor cuidado.

MATILDE.

¿Qué es eso lloras? ¿Es asunto serio por ventura?

BETY. (*enjugándose las lágrimas.*)

Muy serio ciertamente, pero crean Vds. que la señorita Cecilia merece elogios mas bien que castigos.

EMA.

Bien lo creo; pero Bety, dinos que es lo que ha pasado.

MATILDE.

No nos tengas mas tiempo con tanta zozobra.

MOLY.

Cuentánoslo todo.

SALY.

Vamos, Bety, despacha.

LAURA.

Una vez que redunda en elogio de Cecilia..-

LUCY.

¿Quieres que perdamos la paciencia?

BETY.

Yo bien quisiera complacer á Vds. pero no puedo. Ya que en ninguna otra materia soy capaz de dar a Vds. lecciones, á lo menos haré ver que sé guardar los secretos que me confian.

LAURA.

¡Qué mal estoy yo con tales secretos! No hay cosa que mas me desespere, porque despues de estarse una devanando los sesos por adivinarlos, suelen venir á parar en una gran friolera.

BETY.

Buen remedio. No tratar de averiguarlo.

LAURA.

Es muy cierto, Bety, pero cuando una es curiosa naturalmente....

BETY.

¿Hay mas que procurar descartarse de ese vicio?

ESCENA V.

LAS MISMAS Y MISTRIS TEACHUM.

MISTRIS TEACHUM.

Hijas mias, vayanse Vds. allá dentro á estudiar, que ya es hora, y deseo estar sola un rato á la sombra de estos árboles. (*Se van todas; las niñas hacen una reverencia á su maestra, y Bety vá á salir la última.*) Quédate aquí, Bety, que tengo que hablarte.

ESCENA VI.

MISTRIS TEACHUM, BETY.

MISTRIS TEACHUM.

(*Presentándole la carta de Cecilia.*) ¿Tienes noticia de esta carta?

BETY.

Sí, señora, que yo no sé mentir.

MISTRIS TEACHUM.

¿Se la han entregado ya á Cecilia? ¿La ha leido?

BETY.

Yo se la entregué, y ella la leyó con el mayor gozo.

MISTRIS TEACHUM.

¡Con el mayor gozo! Me admira la serenidad y el tono de inocencia con que me refieres una cosa tan reprensible.

BETY.

Crea V., señora, que antes es muy laudable.

MISTRIS TEACHUM.

Tú no tienes edad, Bety, para discernir los afectos que el honor aprueba ó condena.

BETY.

¡Ah, señora! los últimos no caben en la virtud de Cecilia.

MISTRIS TEACHUM.

Como quiera que sea, ¿cómo has tenido atrevimiento para entregar una carta á Cecilia sin mi beneplácito? Ya ves que estoy repri-

miendo mi justo enojo; pero no puedes dejar de conocer que mereces que te eche de casa, y que á tu padre le costará la vida la pesadumbre. ¿Es este el fruto que saco de mis desvelos? ¿Es esto lo que debia esperar de un corazon, en que he procurado sembrar la semilla de las virtudes?

BETY.

Para obrar del modo que lo he hecho, he tenido presentes las máximas que V. se ha dignado enseñarme.

MISTRIS TEACHUM.

Segun eso debes de entenderlas muy mal; pero en suma ¿quién te dió la carta?

BETY.

Una persona muy desgraciada, y muy digna de compasion.

MISTRIS TEACHUM.

Su nombre es lo que te pregunto, no sus circunstancias.

BETY.

No lo puedo decir; y estoy cierta de que si fuera dable revelarlo á V, y pedirle su consejo, me diria que lo callase aunque hubiese de costarme la vida. ¡Oh! tengo bien presente

cuanto V. me ha dicho sobre la obligacion de guardar los secretos que se nos confian.

MISTRIS TEACHUM.

Pero muy olvidado lo que toca á sumision y obediencia, porque bien sabes las órdenes que te tengo dadas.

BETY.

En esa parte confieso mi culpa, y me postro á vuestros pies implorando el perdon; mas dia llegará en que V. se compadezca del apuro en que se ha visto la pobre Bety, de tener que elegir entre dos obligaciones que hubiera deseado conciliar, no siendo posible cumplir una sin faltar á la otra.

MISTRIS TEACHUM.

No admito escusas, Bety; quiero que me digas la verdad sin rebozo alguno.

BETY.

Siento en el alma no poder obedecer á V. á quien debo tantas obligaciones; pero no faltaré por cuanto el mundo vale á la palabra que he dado á la señorita Cecilia, á menos de obtener su permiso.

MISTRIS TEACHUM.

Díla de mi parte que baje á este sitio, el

cual por su soledad es muy oportuno para esta desagradable averiguacion, que no quiero llegue á entender alma viviente.

BETY.

Voy corriendo.

ESCENA VII.

MISTRIS TEACHUM, (*sola.*)

Tengo tanto deseo como temor de aclarar este misterio: sin embargo voy concibiendo esperanzas por la simplicidad y el candor de la contestacion de Bety, de no encontrar reprensible esta estraña correspondencia. Mucho sentiria hallarlas culpadas, pues hasta aquí me han parecido una y otra dos criaturas envidiables por sus buenas prendas.

ESCENA VIII.

MISTRIS TEACHUM, CECILIA.

CECILIA. (*echándose á sus pies.*)

Veo, señora, que he tenido la desgracia de incurrir en vuestro desagrado. Pero no sabe V.

cuánto he padecido por verme obligada á ocultaros los sinsabores que me aflijen.

MISTRIS TEACHUM.

Levántate, Cecilia, y sácame de la terrible duda en que me ha puesto la correspondencia clandestina, que manifiesta la carta que perdiste, haciendo una confesion síncera de este negocio.

CECILIA.

Con una sola palabra apareceré á vuestros ojos tan inocente y pura, como lo es en realidad mi corazon; pero al mismo tiempo pondré en contingencia el sosiego y la libertad de la persona que mas amo en el mundo. No hay medio, señora; ó he de perder la estimacion y la amistad de V. que aprecio infinito, ó he de descubrir un secreto, que sobre otros inconvenientes, espondria vuestra propia tranquilidad. Vea V. si puedo hallarme en mayor apuro.

MISTRIS TEACHUM.

No creí haberte inspirado tan poca confianza, que rehusases fiar de mí los secretos que has depositado en una persona de la edad de Bety. ¿ Merece este proceder el afecto que siempre te he tenido ?

CECILIA.

El temor de comprometer á V. es lo único que me obligó á renunciar el útil recurso de sus consejos, mas por lo que hace á Bety no tuve el mismo reparo, sabiendo que vuestro corazon generoso y sensible la perdonaria por haber cooperado á una obra que no es posible desaprobeis en tiempo alguno.

MISTRIS TEACHUM.

¿Pero á qué fin titubear en confiarme tus penas? ¿porqué ponerme en la amarga situacion de vituperar tu conducta misteriosa? Si el motivo es laudable, cuenta con mi amistad y con cuantos auxilios esten en mi mano. Explícate sin rebozo, pues lo poco que me has dicho solo puede servir para avivar mi impaciencia.

CECILIA.

Pues, bien, señora: sepa V. que la carta que tiene en su poder, y yo regué esta mañana con mis lágrimas, es de la desventurada madre de vuestra Cecilia, la cual habita una humilde morada cerca de aquí con temor de ser descubierta por una enemiga poderosa que para siempre la privaria de mi asistencia y ternura.

MISTRIS TEACHUM. (*con seriedad.*)

Cecilia, no puedo menos de decirte que Lady Arabela me ha repetido muchas veces que eres huérfana de padre y madre.

ESCENA IX.

LAS MISMAS, BETY Y LADY HAMILTON,

que ha oido las últimas palabras.

LADY HAMILTON.

No lo es, señora; pues en mí teneis á la tierna madre de la mas virtuosa hija.

CECILIA (*arrojándose á sus brazos.*)

¡Oh, madre de mi vida! ¡Es posible que la venturosa Cecilia llegue á verse en vuestros brazos!

MISTRIS TEACHUM.

¡Su madre! ¡Qué escucho!

CECILIA.

Sí, señora; mi madre adorada, y muy digna de serlo por sus desventuras. Juzgue V. ahora de la penosa situacion de mi espíritu cuando por una parte encuentro en mi tia una

protectora benéfica que me colma de favores, y por otra una enemiga encarnizada de aquella á quien debo la vida, y por quien estoy dispuesta á sacrificarla mil veces. Si Lady Arabela llega á descubrir que vive y que nos vemos y tratamos, perderé su gracia, y habré de renunciar á la dicha de recibir una buena educacion, cosa que tengo en mas estima que sus riquezas. Si ya hubiera aprendido con perfeccion las habilidades y primores que vos me enseñais, no sintiera tanto aquel contratiempo, pues con ellos ganaria lo suficiente para mantener á mi buena madre. Pero en la actualidad, y con tan pocos años ¿cómo pudiera yo pagarla lo que la debo sin los auxilios de mi tia?

MISTRIS TEACHUM.

Calma tus recelos, que ya veremos de ablandar á Lady Arabela, y si no fuere posible, tendrás un asilo en mi casa, pues por ninguna consideracion perderé la dicha de tenerte á mi lado.

CECILIA.

Agradezco en el alma las bondades de V, señora, pero no puedo echar de mí el temor

de que llegue mi tia y nos sorprenda, que fuera cosa de morirme de repente.

LADY HAMILTON.

¡Cuántas amarguras trae consigo la pérdida de las riquezas! Todo muda de aspecto en un instante, los amigos nos desamparan, y solo nos queda que esperar la miseria y el menosprecio de todo el mundo.

MISTRIS TEACHUM.

(*Haciéndola sentar sobre los céspedes.*)

Del mundo frívolo y despreciable, pero no de las gentes juiciosas, que saben muy bien que la virtud no merece menosprecio. ¿Pero decidme, señora, si el odio de Lady Arabela está fundado en motivos tan poderosos que puedan haber dejado en su corazon huellas indelebles?

LADY HAMILTON.

No ha habido otro motivo que nuestra desgracia en materia de intereses. Mi marido tuvo en sus negocios mercantiles cuantiosas pérdidas que su prudencia no pudo precaver: los enemigos le apresaron algunos buques, y otros naufragaron por las tempestades: estos contratiempos, y la quiebra de dos casas, en

cuya compañía teníamos sumas considerables, dieron al traste con todo nuestro caudal en pocos meses. El padre de Cecilia, á quien nunca olvidará mi corazon, no pudo sobrevivir á tantas desgracias, y me dejó en la mayor infelicidad, y expuesta al rigor de sus acreedores. Lady Arabela, cuyo excesivo orgullo quedó muy humillado al ver en la miseria á sus mas próximos parientes, me atribuyó á mi las pérdidas de su hermano, y se dejó decir que me habia de costar caro el sonrojo que nuestra situacion le causaba. Empezó, pues, á perseguirme sin misericordia con ocasion de una gran cantidad de dinero que le debiamos, y hubiera tenido la inhumanidad de ponerme en la cárcel, á no haber tomado yo el arbitrio de ocultarme, á que se siguió el rumor de que era muerta. Habrá como dos meses que viéndome obligada á dejar mi retiro, supe que mi hija se educaba en vuestro colegio. El ansia de verla me trajo á estos contornos donde me mantengo con los socorros que me envia Cecilia por medio de una muchacha muy estimable de cuya boca sé que son fruto de sus tareas. El temor de que un trabajo tan continuo

perjudicase á su salud, me ha dado ánimo para venir á verla hoy por la primera vez, á pesar de los riesgos de ser conocida.

CECILIA.

El cariño de V. la representaba como nocivo á mi salud la ocupacion mas grata y lisongera á que en toda mi vida podré dedicarme: y aseguro á V. que siempre recordaré con el mayor gozo esta ligera prueba de la dulce satisfaccion que ocasiona el ejercicio de los deberes filiales.

MISTRIS TEACHUM.

Yo la tengo muy grande en ser testigo de los justos desahogos de vuestra ternura, y mi anterior zozobra se ha convertido en verdadero jubilo contemplando admirada vuestras virtudes. Pero lo que importa es salir del penoso estado en que Vds. se encuentran, para lo cual emplearé gustosa con Lady Arabela cuantos medios creyere convenientes.

CECILIA.

Eso es cabalmente lo que yo deseaba impedir, pues sentiria infinito que mi tia dejándose llevar de su genio, hiciese á V. algun desaire por mi causa, lo que no pudiera

suceder si mis penas no hubieran llegado á su noticia.

MISTRIS TEACHUM.

Nada temas, amada Cecilia, que yo me ingeniaré de tal manera que ella misma decida el asunto, sin saber vuestros secretos. Ha mucho tiempo que conozco á tu tia, y aunque es verdad que la violencia de sus inclinaciones la fuerza á ser tan indulgente consigo, como rigurosa con los demas, es menester confesar que es generosa y de nobles pensamientos.

CECILIA.

Sin embargo siento en el alma que V. se esponga infrnctuosamente á algun sonrojo ó á alguna sequedad de las que acostumbra.

MISTRIS TEACHUM.

Quien no se aventura no pasa la mar, y sobretodo algo ha de arriesgarse por servir á los amigos.

CECILIA.

Nunca podremos pagar á V. tantos favores.

MISTRIS TEACHUM.

Un coche suena, y sin duda es Milady. Escóndanse Vds. detras de esas ramas, pues vendrá á buscarme á este sitio. (*se esconden las dos.*)

ESCENA X.

MISTRIS TEACHUM (*sola.*)

No omitamos ninguna circunstancia que pueda lisongear su amor propio, y favorecer los deseos que siempre ha tenido de conciliarse la admiracion universal por los rasgos de su carácter. ¡ Así pudiera contar igualmente con su sensibilidad ! pero tengo para mí que no carece de ella, sino que la sufoca su pasion del mismo modo que no la deja juzgar imparcialmente. Por lo mismo espero que su decision ha de ser mas justa, recayendo sobre un negocio en que no se crea interesada de modo alguno.

ESCENA XI.

MISTRIS TEACHUM, LADY ARABELA.

LADY ARABELA.

¿Supongo, señora maestra, que Cecilia estará ya pronta para venir conmigo?

MISTRIS TEACHUM.

Así lo creo, señora, pues nunca se olvida

de sus obligaciones, y la de complacer á V. es para ella muy satisfactoria. En verdad que es muy acreedora á los desvelos con que V. procura labrar su felicidad; pero esta dicha no la consiguen todos los que la merecen.

LADY ARABELA.

Segun esta última reflexion, y por lo que denota su semblante de V. conozco que tiene alguna pesadumbre.

MISTRIS TEACHUM.

Sí, señora, pues no todos los parientes tienen la misma generosidad y grandeza de espíritu que V, y por lo mismo suele una presenciar á veces cosas que la causan afliccion.

LADY ARABELA.

No dudo que su destino de V. la ofrecerá escenas singulares.

MISTRIS TEACHUM.

Cuando V. llegó, Milady, estaba considerando la suerte de una de mis educandas, que está á pique de quedar en la última miseria, pues teme que la abandone de todo punto una tia suya muy rica, que hace algunos años estaba encargada de su educacion.

LADY ARABELA.

¿Y qué motivos la ha dado esa muchacha? ¿Se ha portado mal con su tia, ó ha cometido algun grave delito, por el cual haya incurrido en la indignacion de su protectora?

MISTRIS TEACHUM.

Nada de eso, Milady; antes bien es de las mas modestas, aplicadas y virtuosas de esta casa.

LADY ARABELA.

¿Y qué? ¿tiene valor para desamparar á esa criatura sin motivo alguno? Es cierto que en la actualidad se ven cosas que horrorizan. No hay mas arbitrio que irse á vivir á un desierto, si es que una quiere no presenciar tantos procederes contrarios al honor y á la virtud como á cada paso se estan viendo. Si á lo menos pudiera cohonestar esa muger su inhumanidad con algun pretexto aparente...

MISTRIS TEACHUM.

En mi dictámen no hay ninguno, señora y creo que V. será de mi opinion. Todo el delito de la chica se reduce á haber mantenido secreta correspondencia con su madre, que es una infeliz desvalida, á quien no pueden

ver los demas parientes. Léjos de hallar culpa en esto, le confieso á V. que se me saltaron las lágrimas, cuando supe que estaba manteniendo á su madre con el producto de los bordados y dibujos que trabajaba en horas intempestivas.

LADY ARABELA.

Parecen rasgos de novela los que V. me refiere, y la estimaré que á esa niña tan apreciable la entregue de mi parte un poco de dinero que remitiré á V., á fin de que á lo menos entre sus desgracias no tenga el desconsuelo de carecer de medios con que cumplir una obligacion tan sagrada.

MISTRIS TEACHUM.

Doy á V. mil gracias por su generosidad, Milady, pero no puedo aceptarla, porque á mi pupila no le hace falta cosa alguna. Su tia la surte abundantemente de cuanto necesita, y mas le daria si le pidiese; mas no lo hace por no descubrir un secreto que pudiera tener tan fatales resultas.

LADY ARABELA.

Siendo una muchacha tan estimable como V. la pinta, no me parece dificil que V. persua-

diese á su parienta. ¿No ha dado V. al efecto algunos pasos?

MISTRIS TEACHUM.

No me he atrevido á hacerlo porque es una señora que frecuenta las concurrencias mas lucidas, y hay pocas ocasiones de verla, como seria preciso para aprovechar una favorable.

LADY ARABELA.

De ese modo es mas probable que yo la conozca, y si V. creyera que mi influencia pudiese contribuir á reducirla á la razon, lo haria con el mayor gusto.

MISTRIS TEACHUM.

Para eso fuera necesario importunar á V. con la prolija relacion de los motivos que han ocasionado sus desavenencias.

LADY ARABELA.

Me parece que estoy hecha cargo de todo. Se trata de olvidar resentimientos antiguos, sean los que fueren, por consideracion á las virtudes de una hija y al estado infeliz de su madre: ¿no es esto?

MISTRIS TEACHUM.

Eso es exactamente: no es posible compren-

der mas bien, ni explicar mejor en cuatro palabras la sustancia del caso.

LADY ARABELA.

No, en esa parte puedo alabarme de que tengo naturalmente y sin haber hecho grandes estudios, suma facilidad en enterarme de cualquier negocio, y en esponer con claridad mis ideas. Soy ademas muy buena mediadora, y quiero que V. juzgue por sí misma de mi habilidad para esta clase de asuntos; así no falta otra cosa sino que V. me designe la señora con quien tengo que entenderme.

MISTRIS TEACHUM.

No quisiera que olvidase V. ningũna razon, ninguno de los argumentos que puedan hacerla fuerza.

LADY ARABELA.

No hay que dar cuidado: dígame V. su nombre, y verá V. si soy elocuente.

MISTRIS TEACHUM.

Así lo haré, Milady, pues nada me parece que aventuro en ello.

ESCENA XII.

LAS MISMAS; CECILIA Y LADY HAMILTON,

que se echa á los pies de Lady Arabela.

LADY ARABELA.

¡Cielos! ¿qué miro? ¿Es ilusion ó realidad?

LADY HAMILTON.

No es ilusion, Milady; dejé correr la noticia de mi muerte para aplacar vuestro enojo y asegurar mi sosiego. Si en esto os he ofendido....

CECILIA.

¡Oh, querida tia! Dígnese V. recordar en favor nuestro los sentimientos generosos de vuestro corazon.

LADY ARABELA.

¿Y cómo he de poder olvidar al ver á tu madre, que sus caprichos y sus gastos descabellados fueron causa de la ruina y muerte de un hermano que amaba con tanto estremo?

MISTRIS TEACHUM.

Dignáos, Milady, no omitir ninguno de los argumentos y razones correspondientes al papel de mediadora, segun lo prometisteis.

LADY ARABELA.

Bien pudiera darme por ofendida, señora, del ardid de que os habeis valido, sino conociese que lo habeis hecho confiada en la generosidad de mi carácter. Para justificar la opinion que de mí habeis formado, desde ahora doy mi palabra, de que la madre de Cecilia nada tiene que temer por lo pasado, ni tendrá que desear en lo futuro, pues de mi cargo queda asegurarla medios con que vivir como corresponde á su calidad.

CECILIA.

¡Tantas bondades, señora! El gozo me tiene fuera de mí.

LADY HAMILTON.

Yo estoy tiernamente reconocida á vuestros beneficios; pero, creed Milady, que ninguna culpa tuve de las desgracias de mi esposo. ¿Qué muger hay en el mundo, á quien no pueda hacerse cargo de poco económica, cuan-

do cuenta con inmensos caudales que de repente le arrebata un contratiempo?

LADY ARABELA.

Una síncera reconciliacion no admite esplicaciones sobre lo pasado. No se hable de eso mas, y sea Cecilia el vínculo que la afiance y la haga duradera, pues las jóvenes virtuosas y aplicadas son la ventura y el consuelo de sus familias.

Las abraza y cae el telon.

FIN.

EL RETIRO HONROSO,

DRAMA EN UN ACTO.

TRADUCIDO LIBREMENTE DE BERQUIN.

PERSONAS.

EL PRINCIPE LUIS DE SAJONIA.

UN OFICIAL QUE LE ACOMPAÑA.

MR. DE GERVILLE.

MADAMA DE GERVILLE.

ENRIQUE, *de edad de 14 años.*		
EUGENIA, *de edad de 11 años.*		
CECILIA, *de edad de 8 años.*	}	SUS HIJOS.
MARIANA, *de edad de 5 años.*		
FEDERICO, *niño de pecho.*		

La escena es en un bosque contiguo á la casa de Mr. de Grenville.

ACTO UNICO.



ESCENA I.

ENRIQUE, EUGENIA.

Eugenia está sentada en el tronco de un árbol derribado, entretenida en quitar los rabillos á una porcion de fresas que tiene dentro del sombrero de paja puesto entre sus rodillas. Enrique trae más en el suyo, y unas y otras estan colocadas con mucho aseo sobre hojas de parra.

ENRIQUE.

Toma, Eugenia: mira qué porcion tan grande: hoy sí que llevaremos fresas en abundancia.

EUGENIA.

Ya no sé yo donde echar las mias: como que está colmado el sombrero.

ENRIQUE.

No sé como tarda tanto Cecilia en traer el canastillo. No habrá mas remedio que ponerlas en tu delantal hasta que llegue.

EUGENIA.

Eso no, que estan muy maduras y se me llenaria de manchas. ¿Y luego qué diria mamá? ¿Sabes lo que hemos de hacer? Las echaremos todas en tu sombrero que es el mas grande, y mientras yo arreglo las que faltan, irás tu con el mio á buscar otras. ¿No es lo mejor?

ENRIQUE.

No hay duda: entretanto vendrá Cecilia, y para entónces creo que ya tendremos bastantes.

EUGENIA.

Hasta que esten todas en un monton no se puede saber de cierto si son pocas ó muchas.

ENRIQUE.

Las que no quepan en el canastillo nos las comeremos nosotros.

EUGENIA.

¡Poca gana tendremos hoy, Enrique! Esto de ser la última vez que estaremos á la mesa con papá, ¿á quién no quitará el apetito? ¿Y

quién sabe si le volveremos á ver? que es lo peor.

ENRIQUE.

Mira, hermana; no has de ser tan aprensiva: eso fuera bueno si todos los que van á la guerra hubieran de morir forzosamente.

EUGENIA.

¡Maldita guerra! Si los hombres no fueran tan malos y se quisiesen unos á otros como Dios manda, no hubiera guerras en el mundo.

ENRIQUE.

¡Qué simpleza! ¿pues no estamos riñendo nosotros por frioleras á cada momento? Todos creemos tener razon, y muchas veces no es fácil decidir quien la tiene. Otro tanto sucede con los hombres, y ve ahí de que nacen las desavenencias.

EUGENIA.

¿Y por qué no se arreglan entre sí como nosotros? Nuestras quimeras no cuestan sangre.

ENRIQUE.

Porque papá y mamá acuden á terminarlas. Pero hermana, los hombres no se dejan manejar como los niños, y sobre todo cuando tienen fuerzas á su disposicion. ¿Ademas si se

nos hace una injuria, no hay derecho para repelerla? ¿Nos deberemos dejar desposeer de lo que es nuestro? Ya ves que eso no es regular?

EUGENIA.

Tu siempre hablas como un soldado.

ENRIQUE.

Como que no tardaré mucho en serlo. Y digas lo que quieras, sino hubiera guerras, papá no seria militar, no tendria sueldo, y seria forzoso atenernos á nuestra hacienda, que no produce bastante para tantos. Pero no llores por Dios, que me da tristeza.

EUGENIA.

Déjame llorar ahora que estamos solos. Mejor es desahogarme aquí, que no despues en presencia de nuestros padres, aumentando su desconsuelo.

ENRIQUE.

Vamos; déjate de eso, y distráete limpiando las fresas mientras yo vuelvo á llenar tu sombrero.

EUGENIA.

Vete allá abajo, que por aquí ya estan cogidas las que habia maduras.

ESCENA II.

EUGENIA.

(Al cabo de un brevísimo rato.)

¡ Ah ! si la pesadumbre me dejara rezar, tal vez nuestro Señor escucharia mis oraciones ! Si fuera mas grande iria á echarme á los pies del Rey, y estoy segura de que mis lágrimas alcanzarian la licencia de papá. ¿ No le ha servido ya muchos años; pues qué mas puede hacer?

(Sigue limpiando las fresas, y dando suspiros: en esto llega el príncipe Luis acompañado de un oficial de húsares, y se paran al ver á Eugenia.)

ESCENA III.

EL PRÍNCIPE LUIS, UN OFICIAL, EUGENIA.

EL PRINCIPE *(al oficial.)*

¡ Qué niña tan graciosa ! No me descubras que quiero hablarla. *(á Eugenia dándola una*

palmadita en el hombro.) ¡A Dios, hija: qué aplicada estás!

EUGENIA. *(sorprendida.)*

¡Señor! ¡Jesus, que susto!

PRÍNCIPE.

Perdona, que no era mi intencion asustarte. ¿Para quién preparas esas fresas? Por cierto que deben de ser muy buenas, y mas estando limpias por tan blanca y linda mano.

EUGENIA.

¿Gusta V. probarlas, Señor? *(le presenta el sombrero.)* Tómelas V. sin recelo, que estan recien cogidas, pero disimule que no tenga mejor plato en que ofrecerselas. *(El príncipe toma tres, y presenta el sombrero al oficial, el cual toma dos.*

EL PRÍNCIPE.

No creo haberlas comido mejores. ¿Las vendes?

EUGENIA.

No por cierto, aun cuando me diesen mucho mas de lo que valen.

EL PRÍNCIPE.

Dices muy bien, pues cogidas y preparadas

por esa manecita tan donosa no hay dinero con qué pagarlas.

EUGENIA.

No, señor, no es por eso. De buena gana estarian á disposicion de V. con cuantas mi hermano y mi hermana pudieran coger de aquí á la tarde. Pero estan destinadas á papá, (*limpiandose los ojos.*) por ser las primeras que cogeremos para él, y acaso serán las últimas que coma con nosotros.

EL PRÍNCIPE.

¿Eso es decir que está enfermo de peligro?

OFICIAL.

Es de esperar que no se halla en tanto apuro una vez que piensa en comer fresas.

EUGENIA.

No hay nada de eso, á Dios gracias. Es cierto que ha estado bien malo de dolores reumáticos todo el invierno, pero ya está mejor, aunque no totalmente restablecido. Sin embargo, pueda ó no pueda, tendrá que marchar mañana.

EL PRÍNCIPE.

¿Tanta precision tiene de hacer ese viage?

EUGENIA.

Sí, señor, porque su regimiento pasará por el lugar, y debe incorporarse con él sin remedio.

EL PRÍNCIPE.

¿Su regimiento?

EUGENIA.

El del príncipe Cárlos.

EL PRÍNCIPE. (*Despacio al oficial.*)

¿Qué apostamos á que es alguna de las hijas del capitan Gerville?

EUGENIA. (*que lo ha oido.*)

Sí, señores: ese es mi papá: ¿le conocen Vds.?

EL PRÍNCIPE.

¿No le hemos de conocer si somos compañeros?

EUGENIA.

¡Válgame Dios! ¡Pues qué tan cerca está ya el regimiento?

EL PRÍNCIPE.

No, hija, no te asustes, que no llegará hasta mañana. Nosotros nos hemos adelantado de órden del príncipe; se nos ha roto una rueda del coche aquí cerca, y mientras la componen, que ya debe faltar poco, nos entramos

en etse bosque por gozar de su sombra. ¿Díme, no sale esta senda al camino real?

EUGENIA.

No, señor, que sale al pueblo.

EL PRÍNCIPE.

¿Al pueblo en que tu papá tiene sus haciendas?

EUGENIA.

No tiene mas que una casa con su huertecita, este bosque y el prado inmediato. A esto solo se reducen sus haciendas, y aquí reside con mamá y todos nosotros, siempre que no está de guarnicion ó en campaña.

EL PRÍNCIPE.

¿Parece que este invierno ha estado bastante malo?

EUGENIA.

Muy malo, sí señor, y nosotros tan afligidos como V. puede imaginar. Los dolores le han tenido enteramente baldado, y ademas se le volvió á abrir una herida que recibió en la cabeza la campaña pasada. Lo peor de todo es que ahora que se iba restableciendo, tiene que exponerse á nuevas penalidades.

EL PRÍNCIPE.

¿Por qué no pide una ampliacion de su licencia apoyándola en los informes del facultativo?

EUGENIA.

Ese paso ya le ha dado mamá, sin que haya tenido ningunas resultas. No sabemos si consiste en que el Rey no la ha creido, ó en que no haya apoyado su solicitud el príncipe, que manda su regimiento. Tal vez será algun hombre despiadado.

EL PRÍNCIPE.

No estrañaré que ni el Rey ni el príncipe consientan de buena gana en desprenderse de un oficial tan recomendable como tu papá, de quien los oficiales jóvenes, como yo, tenemos tanto que aprender.

EUGENIA.

Cierto, que V. parece bien jóven. ¿Tambien tendrá V. padres, no es verdad?

EL PRÍNCIPE. (*algo cortado.*)

Así es.

EUGENIA.

¡Cuánto habrán llorado al separarse V. de ellos! No se me olvidarán las lágrimas que der-

ramamos mamá y nosotras cuando mi hermano mayor marchó á su colegio. Ya vé V. que eso no es nada comparado con una campaña.

EL PRÍNCIPE.

Tambien mi padre sirve en el ejército.

EUGENIA.

Siendo así ya nada estraño, porque los padres que son militares no suelen tener muy tierno el corazon. Sin embargo no lo digo por el nuestro que es tan bueno, tan caritativo.... menos en lo que llama puntos de honor, que en esta materia es inexorable. Así yo tengo mis recelos de que si no ha conseguido la próroga de su licencia, es por culpa suya.

EL PRÍNCIPE.

¿Por qué razon?

EUGENIA.

Porque no la ha solicitado con formalidad: siempre diciendo que las licencias y los retiros en tiempo de campaña son cosa de cobardes, y siempre deseando tener bastantes fuerzas para montar á caballo é ir á derramar por su patria la sangre que le queda. Ya estará contento, pues se le va á cumplir su gusto, pero sus pobres hijos nos quedaremos sin padre, si Dios no lo remedia.

EL PRÍNCIPE.

No te aflijas sin motivo, criatura. Tu papá ha salido bien de muchas batallas, y es de creer que ahora le suceda lo mismo. ¿Piensas que cada bala que se tira mata un hombre. ¿No sabes que quien las reparte es Dios?

EUGENIA.

Sí, señor, pero las reparte entre los que se hallan allí, y alguna de ellas puede tocar á mi papá.

EL PRÍNCIPE.

Eso es verdad. ¿Mas quién es aquella niña que viene hácia este sitio?

EUGENIA.

Mi hermana Cecilia.

ESCENA IV.

EL PRINCIPE, EL OFICIAL, EUGENIA, CECILIA.

EUGENIA.

¡Gracias á Dios que estás acá! ¿Cómo te has detenido tanto?

CECILIA.

Porque he tenido que ayudar á mamá á

arreglar la ropa de papá, y á hacer sus maletas.

EUGENIA.

Dame el canastillo.

CECILIA.

Toma. ¿ Habeis cogido bastantes fresas para llenarle ?

EUGENIA.

Ahora lo verás. (*Echa en el canastillo las que tenia en el sombrero de Enrique.*)

EL PRÍNCIPE. (*al oficial.*)

¡ Qué criaturas tan lindas !

CECILIA. (*á Eugenia despacio.*)

¿ Quiénes son estos señores ?

EUGENIA. (*despacio.*)

Dos oficiales del regimiento de papá.

CECILIA.

¿ Vienen á buscarle ?

EUGENIA.

No por cierto : van á la ciudad á esperar al príncipe.

CECILIA.

Así quisiera Dios que ellos, y el príncipe y el regimiento estuvieran dos mil leguas de aquí.

EUGENIA.

Habla bajo que temo nos oigan.

CECILIA.

¡Qué se me da á mí! ¡Bueno fuera que viniesen á llevar consigo á mi papá, y no tuviera yo libertad para quejarme!

EL PRÍNCIPE. (*al oficial.*)

No me parece que se alegran gran cosa de nuestra venida.

EL OFICIAL.

Ya es tiempo de que V. A. se descubra.

EL PRÍNCIPE.

Nada de eso. Si supieras cuánto gusto me da su franqueza, y cuanto me conmueve el cariño que manifiestan tener á sus padres!...

EUGENIA (*á Cecilia.*)

Voy á ayudar al pobre Enrique que está solo. Quédate acompañando á estos señores, y mira por Dios como hablas.

CECILIA.

Anda, que yo sabré entenderme con ellos.

EUGENIA.

Señores, permítanme Vds. que les presente á mi hermana Cecilia.

EL PRÍNCIPE.

Con mucho gusto.

EUGENIA.

Muy servidora de Vds.

EL PRÍNCIPE.

Su fisonomía indica un carácter mas resuelto y franco que la tuya, en que se advierte cierta timidez. ¿No es verdad? (*al oficial, que contesta con una inclinacion de cabeza.*)

EUGENIA.

Aquí se quedará dando á Vds. conversacion, mientras yo voy á ayudar á mi hermano para volver pronto á casa, y anunciar á papá la visita de Vds., de que se alegrará mucho.

CECILIA.

En eso no dice verdad, señores; ni mi papá, ni nadie de casa se alegrará de recibir hoy visitas, porque cabalmente deseamos pasar el dia solos.

EUGENIA.

Esta es una atolondrada que dirá mil tonterias. Ruego á Vds. por Dios que se las disimulen.

CECILIA.

Aquí no hay nada que disimular. Estos se-

ñores saben muy bien, que cuando hay forasteros á la mesa, no se atreven las niñas á despegar sus labios, y yo por mi parte tengo muchas cosas que decir á papá, y no quisiera que se me pudriesen en el pecho.

EL PRÍNCIPE.

Pierdan Vds. cuidado, que no seremos tan imprudentes que váyamos á interrumpir sus dulces coloquios. (*Eugenia les hace una reverencia graciosa, y se va.*)

ESCENA V.

EL PRÍNCIPE, EL OFICIAL, CECILIA.

CECILIA.

Pero díganme Vds., señores, ¿con qué conciencia se atreve el Rey á privar de su papá á unos pobres muchachos como nosotros? ¿Piensa que no hace falta un padre para educar á sus hijos?

EL PRÍNCIPE.

Sí; ¿pero piensas tú que no le hacen falta valientes soldados que le dejen airoso en los combates?

CECILIA.

Y ¿qué necesidad hay de combates? ¿Por otra parte cuando mi papá se ocupa en dar buena educacion á sus hijos, puede decirse que es inútil al estado?

EL PRÍNCIPE.

Y especialmente si todos tus hermanos estan tan adelantados como tú.

CECILIA.

¡Ola! ¿Se burla V. de mí? Tambien en casa suelen decirme que soy algo desenfadada, y que una escarapela me sentaria tan bien como á un militar.

EL PRÍNCIPE.

Sí, si: yo lo ereo. Serias una amazona de quien temblaria todo el mundo.

CECILIA.

¡Oh! con una espada en la mano, no se burlaria nadie de mí tan fácilmente.

EL PÍRNCIPE.

Si en eso consiste, aquí tienes la mia. ¿Quieres que te arme caballero?

CECILIA.

Con mucho gusto. Tendré sumo placer en serlo por vuestra mano.

EL PRÍNCIPE.

(*Despues de entregarla su espada hace ademan de darla un beso.*)

Estas son las primeras ceremonias.

CECILIA.

No, no; por lo que hace á la última, hágame V. el favor de suspenderla.

EL PRÍNCIPE.

(*Insistiendo en besarla.*)

¡O¡ eres una muchacha tan hechicera!...

CECILIA (*huye gritando.*)

¡Enrique! ¡Eugenia!

EL PRÍNCIPE.

¿Qué es eso? ¿Me tienes miedo?

CECILIA.

¿Miedo? no por cierto. Pero bueno será que no se acerque V. á mí demasiado, ó tendré que llamar á mi papá. Tambien es oficial como V., y no consentirá que nadie incomode á su Cecilia.

EL PRÍNCIPE.

No tengo la menor intencion de incomodarte. Esto era una chanza y nada más.

ESCENA VI.

EL PRÍNCIPE, EL OFICIAL, CECILIA, ENRIQUE, EUGENIA.

ENRIQUE (*con aíre altivo.*)

¿No has dado un grito, Cecilia? Aquí tienes quien te defienda.

EL PRÍNCIPE.

¿Contra nosotros, amiguito?

ENRIQUE.

Contra todos los que ofendan á mi hermana.

CECILIA.

Muchas gracias, Enrique. Aunque involuntariamente dí un grito, no necesito del favor de tu brazo. Y si no, mira; aquí tienes ya desarmado al enemigo. (*vuelve la espada al príncipe.*) Tenga V. su espada que por esta vez le perdono la vida, pero cuidado con otra: ¿entiende V.?

EL PRÍNCIPE.

No he visto en mi vida una criatura mas singular que tú.

EUGENIA.

Me alegro de que le oiga de boca de V. Pero, señores, ya tenemos fresas en mas abundancia, y podemos ofrecerlas sin reparo. Tomen Vds. las que gusten.

EL PRÍNCIPE.

No creais que hagamos tal cosa, sabiendo el respetable destino que quereis darlas.

EUGENIA.

Las que Vds. gusten tomar se descontarán de la parte que nos corresponde á nosotros, y nada perderemos por comer hoy menor cantidad. Vds. son del regimiento de papá, y es nuestra obligacion complacerles en cuanto podamos.

CECILIA.

(Sacando un ramillete del seno y presentándosele al príncipe.)

Siendo así, voy á dar á V. este ramillete que cogí para mí, y á fe que no le daria si papá y mamá no tuviesen cada uno el suyo. Pero como es mio, se lo regalo á V.

EL PRÍNCIPE.

Y yo lo acepto de mil amores dándote un millon de gracias, amable Cecilia.

CECILIA.

Ahora reparo que está algo marchito. Si V. tiene á bien esperar un poco, verá V. como le hago uno de flores mas frescas. Tendrá jazmines, violetas, madreselva.... como que el jardin está todo lleno.

EUGENIA.

Si quieres que haya rosas no tienes mas que acudir al rosal que está debajo de mi ventana, y tomar las que hubieren amanecido abiertas.

CECILIA.

¡Vaya! ¿Quiere V.?

EL PRÍNCIPE.

Esa es demasiada bondad, hermosas niñas, y la agradezco en el alma, pero me gusta mas hablar con Vds. que cuantas flores hay en el mundo.

CECILIA.

Ahora me ocurre una cosa. ¿No me dirá V, señor oficialito, qué es lo que se debe hacer para dejar el servicio honradamente? Si V. quisiera darnos un buen consejo para que no se llevasen á papá?..

EUGENIA.

Si V. nos sacára de este apuro, le dariamos todo cuanto tenemos.

ENRIQUE.

(Que se ha estado divirtiendo con las borlas de la espada del príncipe, y mirando con la mayor atencion su sombrero y su uniforme.)

Mis timbales, mi cartuchera y mi fusil, todo está á la disposicion de V. como papá se quede con nosotros.

CECILIA *(con aire misterioso.)*

Y yo le permitiré á V. de bien á bien que haga lo que poco ha intentaba hacer por fuerza.

EL PRÍNCIPE.

Son tantas las cosas que me ofreceis, que me alegrára de tener algun arbritio...

EUGENIA. *(afligida.)*

¿No tiene V. ninguno de veras? De ese modo no hacemos mas que estar afligiendo á V., sin que pueda sacarnos del ahogo.

CECILIA.

No; pues yo no me contento con eso. El príncipe Cárlos que es el coronel tiene que pasar por aquí, y ya tengo pensado lo que he de hacer. Nosotros tres, y los otros dos hermanitos mas pequeños iremos todos juntos, nos echaremos á sus pies, y agarrándonos bien á los faldones de la casaca, á las botas y á cuan-

to podamos, no nos levantaremos hasta que nos otorgue nuestra peticion.

EUGENIA.

Si, si: muy bien pensado. Con eso verá nuestras lágrimas, escuchará nuestros clamores, le contaremos la enfermedad de papá y la debilidad que le queda todavía de sus resultas, y sobre todo le pintaremos lo que nos dará que sentir esta separacion. ¿Cree V, que ha de ser tan inhumano que nos eche de sí despiadadamente?

EL PRÍNCIPE.

No es creible; pero el caso es que hasta dar principio á la campaña no vendrá á reunirse con nosotros. La fortuna que hay es que el príncipe Luis su hijo viene en el regimiento en calidad de voluntario.

ENRIQUE.

(*Que siempre lo ha estado mirando de hito en hito.*)

¿De voluntario?

EL PRÍNCIPE.

Sí, para aprender el arte de la guerra al lado de su padre. Estoy cierto de que se interesará mucho en vuestro favor.

EUGENIA.

¿Tiene V. algun influjo con él?

EL PRINCIPE (*sonriéndose.*)

Sí, cuando cumplo con mi obligacion.

EUGENIA.

Pues háblele V. por mi papá en caridad, á fin de que se sirva conservarle para bien nuestro. Procure V. por Dios aligerar lo posible las cargas del servicio que le impongan, y si por desgracia cayere enfermo ó herido... (*los sollozos no la dejan proseguir.*)

CECILIA.

¿Cómo herido? No, señor; no dé V. lugar á tanto. Si ve V. algun sable alzado amenazando su cabeza, atraviésese V. corriendo á quitarle el golpe.

EL PRÍNCIPE (*aparte.*)

¡Qué trabajo me cuesta reprimirme! (*alto.*) No, hijas mias, ningun recelo tengais por su vida, yo os lo aseguro. (*habla con el oficial, el cual se va.*)

EUGENIA.

(*Limpiándose las lágrimas.*)

¿Con qué podemos contar con V.? ¡Qué gusto tan grande! Mas no por eso se olvide V.

de nosotros cuando vea al príncipe. ¡Por Dios que nos restituya pronto á papá!

CECILIA.

Dígale V. que somos una porcion de niños que como una manada de pollos han menester para robustecerse el abrigo de las alas de su padre. Dígale V. tambien que una muchacha de ocho años le desea mil felicidades, si le devuelve un padre á quien ama, y cuyo amparo necesita.

EUGENIA.

Sí, señor; dejamos á V. con esta lisongera esperanza, y aunque nos quedan bastantes cosas que decirle, su buen corazon de V. las adivinará. Perdone V. el que nos váyamos, porque papá estará ya esperándonos con impaciencia, pues no nos queda mas tiempo de gozar de su lado que hasta mañana.

EL PRÍNCIPE.

Id con Dios, preciosas niñas, mas permitid que os deje alguna espresion en memoria del placer que he tenido en este corto rato. Toma esta sortija, amable Eugenia. (*se quita una del dedo*) Ahora será demasiado holgada para tí, pero ya te la estrechará un platero.

EUGENIA (*rehusando la sortija.*)

No, señor; eso no: mi papá no lo llevaria á bien, y no quisiera darle motivo de disgusto por cuanto el mundo vale.

EL PRÍNCIPE.

No hay remedio; es preciso que la tomes. Por lo demas, á mi cargo queda desenojarle cuando venga al regimiento.

EUGENIA.

Muy bien está. De ese modo papá se la entregará á V. si no le parece conveniente que la haya tomado. En caso que no lo lleve á mal, tendré á mucho honor la memoria de V. y la conservaré mientras viva.

CECILIA.

(*Tomando de la mano á su hermana.*)

Vámonos, Eugenia, que nos hemos detenido demasiado.

EL PRÍNCIPE.

Y tú, Cecilia, repugnarás por ventura recibir un recuerdo mio? Aquí tienes este estuche de metal dorado con una piedra falsa.

CECILIA (*mirando el estuche.*)

¿Falsa? No, señor: aquí no hay nada falso sino las palabras de V. Esto es oro y muy oro,

y no le quiero tomar. Apuesto á que le ha pillado V. en algun saqueo. Mi papá aunque tambien es capitan, no tiene alhajas de estas que poder regalar. Bien que él nunca ha traido á casa despojos de nadie.

EL PRÍNCIPE.

No tengas escrúpulos, que tampoco esto lo es. Son alhajillas mias que de nada me pueden servir en campaña. Si no quieres quedarte con el estuche, guárdamele hasta la vuelta.

CECILIA.

Eso es diferente.

EL PRÍNCIPE.

¿Y no me darás un beso por via de recibo para mí seguridad?

CECILIA.

Ya sabe V. que se le tengo ofrecido con ciertas condiciones. Si V. las cumple....

EL PRÍNCIPE.

Puesto que no hay otro arbitrio, haré cuanto pueda por cumplirlas.

CECILIA.

Pues para ese caso me hallará V. pronta. Ven con nosotras, Enrique.

ENRIQUE.

Idos delante, que yo tengo una cosa reservada que decir á este señor.

EL PRÍNCIPE.

Soy contigo al instante, amiguito. (*entra el oficial, se acerca al príncipe, le da una carta, y hablan un poco los dos en secreto.*)

CECILIA.

(*A Enrique por lo bajo.*)

¿Es para que te dé tambien un regalito?

ENRIQUE.

Yo no quiero regalos de nadie. Es cosa de mas importancia.

CECILIA.

Si tuviera humor de divertirme, me reiria mucho de ese aire de gravedad, de que te has revestido para tratar el asunto de importancia.

ENRIQUE.

Y si tú no fueras mi hermana, me habias de pagar á buen precio el haberme creido capaz de sonsacar regalos á las gentes.

CECILIA.

A Dios; que salgas airoso de tu asunto importante.

ESCENA VII.

EL PRINCIPE, EL OFICIAL, ENRIQUE.

EL PRÍNCIPE.

Me alegro de que hayas querido acompañarme un rato más, querido Enrique, porque hasta ahora nos conocemos muy poco. Acaban de decirme que todavía no está listo el carruage, con que podemos tratar el punto que quieras.

ENRIQUE.

No quisiera que sospechase V. que me he quedado aquí con intencion de que me dé V. nada.

EL PRÍNCIPE.

No tengo semejante sospecha.

ENRIQUE.

Dígolo porque habiendo V. regalado á mis hermanas, pudiera imaginar... pero desde ahora protesto que nadie me hará tomar un alfiler.

EL PRÍNCIPE.

Por desgracia tampoco tengo á mano cosa alguna que ofrecerte.

ENRIQUE.

Esa desgracia la miro como fortuna, pues así ni V. caerá en la tentacion de dar, ni yo en la de recibir.

EL PRÍNCIPE. (*al oficial.*)

¿No te gusta la fisonomía franca de este chico, y los nobles sentimientos que descubre? (*El oficial inclina la cabeza.*)

ENRIQUE.

Solo quisiera hacer á V. una pregunta.

EL PRÍNCIPE.

¿Dí cuál es?

ENRIQUE.

Dijo V. poco ha que el hijo del príncipe servia en clase de voluntario. ¿Qué se entiende por voluntario?

EL PRÍNCIPE.

Un soldado libre que no tiene obligacion ni grado alguno: sirve porque quiere, sigue el regimiento y el servicio cuando le acomoda, y cuando no, se vuelve á su casa.

ENRIQUE.

¡Oh! pues si yo lo fuera, no me volveria mientras pudiera haber combates. Con esta condicion seria voluntario de buena gana.

EL PRÍNCIPE.

Pero has de saber que para servir de voluntario se necesita tener dinero. ¿Supongo que tú le tendrás en abundancia?

ENRIQUE.

¿Qué es eso de *tú*, *tú*? ¿No sabe V. que mi papá es capitan, y que yo lo he de ser tambien con el tiempo.

EL PRÍNCIPE.

Pues por lo mismo te tratamos ya como á un camarada.

ENRIQUE.

Si es por eso, tutéenme Vds. cuanto quieran. ¿Pero qué decia V. de dinero? ¿pues no tiene el Rey bastante, y no está obligado á mantener á los que le sirven?

EL PRÍNCIPE.

Es mucha verdad, pero eso no se entiende con el que sirve de voluntario porque no tiene plaza fija en el ejército.

ENRIQUE.

Lo siento mucho. Y yo por otra parte poco gasto habia de hacer, pues con agua y pan de municion estaria contento. ¡Si á lo menos quisiesen recibirme en lugar de mi papá!..

EL PRÍNCIPE.

¡Cierto que harias muy buen papel á la cabeza de una compañía! ¿No ves que para eso se necesita representacion y experiencia?

ENRIQUE.

Si no tengo la suficiente para mandar, la tendré para obedecer. Yo lo que deseo es servir al Rey aunque empiece en clase de soldado.

EL PRÍNCIPE.

¿Y cómo te compondrias para hacer las marchas?

ENRIQUE.

Andaria á pie lo que pudiese, y luego mal seria que no hubiese un carro en que echarme, ó un cañon en que ir montado.

EL PRÍNCIPE.

¿Pero no ves que si habias de servir por tu padre, era fuerza que te separases de él?

ENRIQUE.

Eso importa poco con tal que no desampare á mamá y á mis hermanos, y halle ese descanso en su vejez. Ya ve V. que el Rey nada pierde en el cambio, porque mi papá poco puede ya servir, y yo dentro de algunos años seré tan buen militar como él lo ha sido.

¡Tengo tal pasion á la guerra! Mire V. no hay cancion alguna de los granaderos, que no la sepa, y la acompañe al son de la caja. Aquí tengo un cuaderno que contiene varias de ellas: quédese V. con él si gusta, pues yo no lo he menester porque ya las sé de memoria.

EL PRÍNCIPE.

Dámelas acá y en cambio te daré yo una muy buena que traigo aquí. (*Abre su cartera y saca unos papeles.*)

ENRIQUE.

Si no es mas que una cancion no tengo inconveniente en recibirla.

EL PRÍNCIPE.

Mira; esta es para tu padre.

ENRIQUE.

¡Qué! ¡Si mi papá no sabe ya cantar, ni le gusta otra música que el estruendo del cañon!

EL PRÍNCIPE.

Nada importa; pues con solo leerla estoy seguro de que se divertirá infinito. Esta otra es para tí.

ENRIQUE. (*saltando de alegria.*)

Muchas gracias; á ver si es alguna de las mias....

EL PRÍNCIPE.

No, que luego la leerás... despues que nos váyamos. (*le da juntos los dos papeles.*) Mételos en el bolsillo, y cuidado no los pierdas. Adios, querido, y cuenta con que ya somos camaradas.

ENRIQUE (*se echa en sus brazos.*)

Sí, si; ya lo somos; y siempre le querré á V. como tal. En la primera batalla iré á pelear á su lado de V. ¿no es verdad?

EL OFICIAL.

Ahora vamos á llevar la noticia al regimiento.

ENRIQUE.

Hablenle Vds. bien de mí, y díganle que me voy á dar prisa á crecer para incorporarme cuanto antes en las filas.

EL PRÍNCIPE.

Conozco cuán costoso debe ser para el corazon de un padre el separarse de unos niños tan preciosos. Retirémonos un poco á observar lo que hace Enrique al abrir los papeles, y á gozar de los primeros arrebatos de alegria que le causará su lectura. (*Entránse en el bosque siguiéndolos Enrique con la vista hasta que se le ocultan.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.

(*Lleno de agitacion, sentándose en el tronco de un árbol, volviéndose á levantar, y dando algunos paseos.*)

¡No era mala ocurrencia la de hacer cantar á papá! (*saca los papeles del bolsillo*) ¡Ola! este está cerrado con su sello y todo. ¡Qué rareza! Pero veamos el mio. (*le abre.*) Mala traza tiene de cancion granadera, pues los renglones llenan todo el papel de una orilla á otra. (*lee.*) »Valga por cien doblones que »mi tesorero deberá satisfacer al portador de »la presente libranza."

ENRIQUE.

Esto sin duda ha sido una equivocacion del oficial, ó un chasco que ha querido darme por divertirse á mi costa. Precisamente se ha equivocado tomando un papel por otro, porque en este se trata de dinero, y nada mas. Voy corriendo á buscarle. (*echa á correr gritando.*) Señor oficial, señor oficial.

ESCENA IX.

Mr. de Gerville, (con semblante abatido y pasos vacilantes como de un convaleciente) *Madame de Gerville*, *Eugenia*, *Cecilia*, *Enrique y Mariana*, (que trae á su padre de la mano) *Federico en los brazos de su madre.*

MR. DE GERVILLE.

¿Donde está? ¿Donde está que no le veo? (*viendo á Enrique.*) Enrique, ¿donde se halla el príncipe?

ENRIQUE.

Yo no he visto ningun príncipe, papá.

CECILIA.

Aquel señor jóven que estaba hablando con nosotros.

EUGENIA.

El que me dió esta sortija; porque dice papá que solo un príncipe pudiera haberme hecho tan rico regalo.

ENRIQUE (*con sentimiento.*)

¡Majadero de mí! ¡qué no le haya conocido!

EUGENIA.

¡Qué señor tan generoso!

CECILIA.

¡Tan bueno,! ¡tan tratable! ¡Con qué cuidado guardaré mi precioso estuche toda la vida!

MR. DE GERVILLE.

¿Pero ha mucho que se marchó?

ENRIQUE.

Ahora mismo. Cuando Vds. llegaron iba yo tras él.

MR. DE GERVILLE.

¡Paciencia! Preciso será esperar á mañana, pues afortunadamente le debo encontrar en la ciudad inmediata, y podré manifestarle mi gratitud. Siento sin embargo no tener el gusto de alojarle en casa esta noche. ¿No os hubierais alegrado tambien vosotros de tenerle por huésped?

ENRIQUE.

Yo muchísimo. ¡Cómo que me llama su camarada!

CECILIA.

Pues yo, aunque le quiero infinito, me alegro de que no se haya quedado, porque así tendremos mas libertad para gozar de la com-

pañía de V. el poco tiempo que nos queda.

MAD. DE GERVILLE.

Tiene razon Cecilia. A lo menos, hijos mios, podré yo mezclar mis lágrimas con las vuestras libremente, y entónces hubiera tenido que reprimirme y sofocar mis suspiros.

MR. DE GERVILLE.

Esa es otra razon más para sentir que no se haya quedado, porque reprimiendo vosotros vuestra afliccion, hubiera yo tenido bastante esfuerzo para contener la mia: ya veis que en la necesidad de haber de dejaros....

MARIANA.

(*Tomando con ambas manos la de su padre, y besándola.*)

Por Dios, papá, no hable V. de eso. (*el niño apartándose de su madre estiende los brazos hácia su padre y este le toma en los suyos, y le besa.*)

MAD. DE GERVILLE.

No, hijos mios: mi ausencia no puede ser larga. La paz es lo que mas desea nuestro buen Rey, y no debe tardar en hacerse. Yo á lo menos tengo gran confianza en que pronto he de volver á veros.

MAD. DE GERVILLE.

Pero lo cierto es que te vas, y nosotros quedamos en el mayor desconsuelo.

EUGENIA.

De muy buena gana le volveria yo mi sortija con tal que le dejase á V. con nosotros.

CECILIA.

Muy bonito es su estuche; pero con esa condicion se le devolveré gustosa.

ENRIQUE.

Y yo su papel de doblones. Mire V. papá lo que me dió diciéndome que era una cancion granadera. (*le da el papel.*)

MR. DE GERVILLE.

(*Dando al niño á su madre.*)

¿A ver qué te ha dado? (*lee.*) ¡Qué jóven tan bondadoso, y qué modo tan amable de ejercer su generosidad! Esta es sin duda una libranza de las que su padre habrá puesto á su disposicion para sus diversiones.

ENRIQUE.

¿Con qué segun eso me engañó como un chino? Ya puede V volvérsela al momento que le vea, pero ahora que me acuerdo, tambien me dió otra cancion para V.

MR. DE GERVILLE.

¿ Para mí ? No es posible, Enrique.

ENRIQUE.

¿ Cómo que no ? Ahora la verá V.

LOS CHICOS.

(*Riéndose unos con otros.*)

¡ Una cancion para papá ! ¡ qué risa ! (*rodean todos á su padre con la mayor curiosidad.*)

MR. DE GERVILLE.

¡ Cielos ! ¡ el sello real ! ¿ qué vendrá á ser esto ? (*abre el pliego y lee las primeras líneas.*) ¡ O querida esposa ! ¡ Hijos míos ! regocijáos.

MAD. DE GERVILLE.

O te quedas con nosotros, ó no : ninguna otra cosa puede causarme el menor regocijo.

MR. DE GERVILLE.

Déjame leerlo todo. (*Todos estan alrededor con el mayor silencio ; lee algunos renglones*) ¡ O gran Monarca ! (*sigue leyendo*) No, esto es demasiado : ni aun en sueños hubiera yo podido figurarme un fortunon de esta especie.

MAD. DE GERVILLE.

Por Dios, sácame de dudas.

EUGENIA.

Papá, diganos V. lo que es.

CECILIA.

Yo no puedo con mi impaciencia.

ENRIQUE.

¿A qué se reduce su cancion de V?

Todos muy de priesa.

MR. DE GERVILLE.

(*Abrazando á su muger.*)

Ya no nos separaremos jamas. (*echa los brazos á todos los chicos que estan rodeados á él*) Siempre estaremos juntos, hijos mios: (*á su muger*) Toma, léelo tu misma.

MAD. DE GERVILLE.

(*Tomando el papel medio aturdida.*)

Yo no sé lo que me pasa, ni sé si acertaré á leérle. (*los niños saltan, se abrazan y hacen otras demostraciones de alegria.*)

TODOS.

Ya no se va papá: ya no se va: ¡qué alegria tan grande!

MAD. DE GERVILLE.

¿Pero como es esto? Yo estoy aturdida.

MR. DE GERVILLE.

Esto es que el Rey, compadecido de mis males, me dispensa de ir á campaña, añadiendo que en premio de mis buenos servicios me nombra gobernador de una ciudadela con el grado de coronel. ¿Quereis mas?

MAD. DE GERVILLE.

¿Es posible? ¡Qué felicidad tan inesperada!

EUGENIA.

¡Tantas gracias á un tiempo!

CECILIA.

Ya no me trueco por nadie del mundo.

ENRIQUE.

¿Con qué ya es coronel?

MR. DE GERVILLE.

Ahora es cuando puedo decir que empiezo á ser completamente dichoso. (*á Madama de Gerville*) perdona, querida esposa. Lo mas sigular es que yo no he dado paso alguno, ni hecho la menor solicitud.

MAD. DE GERVILLE.

Eso ya lo sabia yo, y por lo mismo me atreví á representar á S. M. tu situacion y nuestros deseos. ¡Quién hubiera podido esperar tan próspero resultado!

EUGENIA.

Ya veo, papá, que si mamá y el Rey no hubieran mirado por nosotros mas que V....

CECILIA.

¿Con qué V. nos estaba engañando cuando decia que enviaba continuas representaciones para quedarse? ¿Y está eso bien hecho?

MR. DE GERVILLE.

¿Teneis razon; pero ¿qué queriais que hiciese? ¡Es cosa tan mal recibida entre los militares pedir su retiro en tiempo de guerra! Por otra parte bien conozco que no estoy ya para servir, y que me fuera imposible resistir las fatigas de una campaña.

MAD. DE GERVILLE.

¿Y qué ventajas hubieran resultado de tu obstinacion? quitarme á mí la vida, y dejar á tus hijos reducidos á la orfandad y á la miseria. En fin Dios lo ha hecho mejor, y es inútil hablar de esto. Lo que ahora importa es darle gracias por sus misericordias, y ver si podemos hallar al príncipe, pues tal vez no habrá marchado aun. Sentiria mucho no poder hospedarle esta noche y manifestarle nuestro agradecimiento.

ENRIQUE.

Vamos corriendo hácia el camino.

MR. DE GERVILLE.

Sí; eso es lo mejor. Lo que siento es no estar tan ágil como vosotros.

CECILIA.

Ahora sí, que le daria tres besos en lugar de uno. (*Se preparan á echar á correr cuando de repente sale del bosque el príncipe.*)

ESCENA X.

EL PRÍNCIPE, EL OFICIAL, MR. DE GERVILLE, MADAME DE GERVILLE, EUGENIA, CECILIA, ENRIQUE, MARIANA Y FEDERICO.

EL PRÍNCIPE.

(*agarrando á Cecilia.*)

Pues, amiga, te tomo la palabra. (*la da tres besos.*)

EUGENIA Y ENRIQUE.

El príncipe; el príncipe.

CECILIA.

(*Un poco avergonzada.*)

¡Qué susto me ha dado V. con sus besos!

MR. DE GERVILLE.

¡Ó príncipe mio! ¡Cómo podré espresar á V. A. mi reconocimiento por tantos favores!

MAD. DE GERVILLE.

Tampoco yo encuentro palabras con que pintar á V. A. mi gratitud, como quisiera, no solo en mi nombre sino en el de mis hijos, pues por su mediacion he recobrado á mi esposo, y ellos á su buen padre.

EL PRÍNCIPE.

Esos beneficios no es á mí á quien se deben sino á nuestro justo Monarca, ni tengo mas parte en ellos que la de ser el conducto por donde se han comunicado á Vds. Perdida la esperanza de tener por compañero en esta campaña á Mr. de Gerville, cuyas lecciones y ejemplo me hubieran sido utilísimos, quise tener el consuelo de dar una buena noticia á su respetable esposa y á sus amables niños, disfrutando en ello una satisfaccion y un regocijo que no olvidaré jamas. (*Alarga la mano á Mr. de Gerville, que la aprieta entre las suyas y la besa.*)

MR. DE GERVILLE.

Nada prueba tanto la bondad de V. A. co-

mo la parte que se digna tomar en la felicidad de una familia, á quien ve por la vez primera.

MAD. DE GERVILLE.

Despues de regalar tan generosamente á mis hijos, y de haber sufrido con tanta afabilidad sus impertinencias, ¿cómo no he de estar llena de confusion y agradecimiento?

EUGENIA.

Estoy avergonzada por haber aceptado la sortija, pues no creí que fuese de tanto valor.

EL PRÍNCIPE.

El valor le tiene ahora por estar en tu mano: yo la desconozco enteramente.

CECILIA.

Tambien quisiera yo devolveros el estuche, pero veo que será perder el tiempo.

ENRIQUE.

No; pues yo reclamo la cancion que V. A. me tiene ofrecida, y le devuelvo este papel que es cosa muy diversa.

EL PRÍNCIPE.

Cierto que me equivoqué; pero ya no tiene remedio. Por otra parte mi padre ha cuidado de proveerme de equipage con tanta abundan-

cia, que ninguna falta puede hacerme esa cantidad bien que se puede emplear en el del alferez Enrique de Gerville.

ENRIQUE.

¿Alferez yo? ¿y del regimiento de V. A.?

EL PRÍNCIPE.

Sí, amiguito, pronto tendrás tu despacho corriente.

ENRIQUE.

¡Estoy loco de contento! De esa manera se conservará en el regimiento nuestro apellido, y yo procuraré que no sea con menos honor que hasta aquí.

MAD. DE GERVILLE.

V. A. nos acaba de dispensar tal cúmulo de gracias, que no sé si me atreva á pedirle otra que seria de suma satisfaccion para mí.

EL PRÍNCIPE.

Quien tiene que pedir á Vds. un favor soy yo, y es que á mi compañero y á mí nos reciban en su casa por esta noche, porque veo que es tarde para llegar á la ciudad. (*Mr. y Madame de Gerville contestan con una gran reverencia.*) Esto se entiende, si no lo tiene á mal Cecilia.

CECILIA.

Una vez que V. no se ha de llevar á papá, estése V. el tiempo que quiera.

EUGENIA.

Ahora por fin tengo esperanzas de que coma V. mis fresas.

CECILIA.

Por cierto que cuando las cogimos estábamos muy léjos de creer que las hubiesemos de comer con tanto gusto.

EUGENIA.

Y en tan buena compañía.

Cae el telon.

FIN.

LAS HERMANAS DE LECHE,

DRAMA EN UN ACTO.

Este drama y el siguiente estan traducidos por L. E. S. M. de B., niña de 12 años de edad.

PERSONAS.

MADAME DE PREVAL.

BEATRIZ, *de edad de 10 años.*	}	*Sus hijas.*
LEONOR, *de edad de 9 años.*		

MARGARITA, *ama de leche de las dos.*

MARIQUITA, *hermana de leche de Beatriz.*

JUANITA, *hermana de leche de Leonor.*

La escena es en Francia, y en casa de Madame de Preval.

ACTO ÚNICO.



ESCENA I.

LEONOR SOLA.

¡Bueno! ya estoy sola: creeran que he subido á estudiar y nadie vendrá á incomodarme. Nunca tengo mayor diversion que cuando estoy mirando mis gorras y mis cintas. (*abre algunos cajones y va á sacar algunas cosas cuando oye ruido, y se para.*) Pero ¿no es la voz de mamá que sube la escalera? (*cierra precipitadamente los cajones, abre su piano y empieza su sonata por la mitad afectando el no ver á su madre que acaba de entrar.*)

ESCENA II.

MADAME DE PREVAL, LEONOR.

MAD. DE PREVAL.

¿Leonor, adonde está tu hermana?

LEONOR.

En el jardin, mamá.

MAD. DE PREVAL.

¡Siempre en el jardin! ¿Y qué hace en él?

LEONOR.

Coger mariposas, sin duda.

MAD. DE PREVAL.

¡Linda ocupacion para su edad! No he visto chica mas desvanecida: nunca piensa en nada serio, y á pesar de ser la mayor, es la que tiene menos juicio.

LEONOR.

Me parece que haré bien en no imitarla: ¿No es verdad, mamá? ¿Está V. contenta conmigo? (*Besa la mano de su madre de un modo cariñoso.*)

MAD. DE PREVAL.

Sí, hija mia. Aunque mas pequeña eres mas juiciosa, y no dudo que cada dia serás mas digna de mi cariño.

LEONOR.

Sí, mamá, yo se lo prometo á V.

MAD. DE PREVAL.

¿Qué hacias aquí sola en tu cuarto?

LEONOR.

Estaba estudiando la leccion de piano; y aunque el maestro no vendrá hoy, no he querido dejar pasar la hora sin estudiar.

MAD. DE PREVAL.

Muy bien, hija mia, pero vamos á otra cosa: tengo que salir y tardaré una hora: cuando tu hermana vuelva, acuérdate de decirla lo descontenta que estoy con ella.

LEONOR.

Déjelo V. por mi cuenta, que ya le diré lo que hace al caso.

MAD. DE PREVAL.

Sí, sí, échale de mi parte una buena peluca que bien lo merece. Si no hiciere caso yo me entenderé con ella.

LEONOR.

Está bien, mamá.

MAD. DE PREVAL.

Siento encargarte una cosa tan desagradable, conociendo que te causará repugnancia.

LEONOR.

Cuando es por puro cariño....

MAD. DE PREVAL.

Tú la mimas mucho. y no lo aciertas, porque abusa de mis bondades.

LEONOR.

¿Mamá: volverá V. pronto? Ya sabe V. que estoy siempre triste léjos de V.

MAD. DE PREVAL.

Sí, hija mia. Tardaré lo menos que pueda. Mi mayor alegria es verte: tu eres quien me consuela en las pesadumbres que tu hermana me hace pasar, á Dios. (*Besa á Leonor y se va.*)

ESCENA III.

LEONOR SOLA.

(*Al instante que Madame de Preval está fuera del cuarto se va á mirar al espejo, y se compone el pelo.*)

Ya sabia yo que era mejor que mi hermana. ¡Buena peluca la espera! Apostaria á que está hablando de las coles ó de las lechugas con el hortelano, ó jugando con las chicas de la Isabel, y les da todo su dinero en vez de em-

plearlo en cintas. Nunca piensa en ninguna cosa formal: nunca.

ESCENA IV.

LEONOR, BEATRIZ.

BEATRIZ.

(*Entra saltando con una cajita de carton en la mano.*)

Hermana, hermana, ¡mira qué mariposas tan bonitas traigo en esta cajita!

LEONOR.

(*Con retintin.*)

¡Qué cosa tan maravillosa!

BEATRIZ.

¡Cuando yo te aseguro que son bonitas! tienen como una red de oro en las alas.

LEONOR.

Una señorita de tu edad y de tu nacimiento deberia tener vergüenza de jugar con esas niñerias.

BEATRIZ.

Serán niñerias, pero te aseguro que me divierten infinito.

LEONOR.

¿Pero, por qué no empleas mejor el tiempo? ¿Por qué no estudias la leccion de piano, como hago yo?

BEATRIZ.

Porque me fastidia, y me gusta más oirtelo tocar á tí.

LEONOR.

Lo que te gusta es correr por el jardin como una loca.

BEATRIZ.

Es muy cierto; pero no lo puedo remediar. Cuando el maestro con aquella cara tan adusta, está á mi lado gritando sin cesar: ¿qué es lo que hace V. señorita?... Soltura... compás... eso no vale nada... empiece V. otra vez: te aseguro que llegó á aburrirme, y no tengo el pensamiento en otra cosa que en acabar pronto, y escapar al jardin.

LEONOR.

¿Y qué hay en ese jardin que te embelesa tanto?

BEATRIZ.

Nadie que me reprenda, y así cojo cuanta fruta puedo, hago ramilletes de las flores mas

bonitas que encuentro, poniéndome en la cabeza las que mas me gustan: despues voy á buscar á las niñas de la Isabel, y nos divertimos en echarnos á rodar por la yerba. Ya ves que en esto no hacemos nada malo.

LEONOR.

Ya haré yo que mamá te lo prohiba: entretanto ten entendido que está muy enfadada contigo, y me ha encargado que te eche de su parte una buena reprimenda.

BEATRIZ.

Mucho sentiria disgustar á mamá, y daria cualquier cosa por tener desde este momento tanta aficion al piano como tú sin otro objeto que complacerla; pero no te dé cuidado que esta aficion ya vendrá con el tiempo, y tú verás que pronto te dejo atrás.

LEONOR. (*ironicamente.*)

Eso sí: ¿quién lo duda?

BEATRIZ.

Ya verás, ya verás: ¿pero sabes que tengo que darte una gran noticia?

LEONOR.

¿Qué noticia es esa? Veamos.

BEATRIZ.

Te gustará mucho, no lo dudes, pero á ver si la aciertas.

LEONOR.

No quiero cansarme la cabeza en adivinanzas.

BEATRIZ.

No se necesita cansarse para eso. Se trata de cierta persona que esperábamos hoy.

LEONOR.

¿Es alguna de las niñas qué conocemos?

BEATRIZ.

No por cierto. ¿Con qué no caes en quién sea?

LEONOR.

Si no lo quieres decir, no lo digas, que yo no tengo curiosidad de saberlo.

BEATRIZ.

¡Vaya! pues sabe que Margarita ha llegado.

LEONOR.

¿Que Margarita ha llegado? ¿y era esa la gran noticia que me habia de causar tanta alegria?

BEATRIZ.

Lo cierto es que ya está en casa, segun acaban de decirme al paso.

LEONOR.

¿Y querias que me tomára el trabajo de acertarlo? ¡Ha, ha, ha, ha! (*se rie ironicamente.*)

BEATRIZ.

¿A qué vienen esas risotadas?

LEONOR.

Para manifestar que estoy contenta. ¿No es ese tu empeño?

BEATRIZ.

Sí; pero no de ese modo. ¿Mas dejando las burlas, no te alegras mucho de ver á Margarita?

LEONOR.

Ni me alegro, ni lo siento. ¿Quién se acuerda de tales gentes?

BEATRIZ.

Pues tan ama tuya es como mia, y mientras hemos estado en su casa nos ha hecho todo el bien que ha podido.

LEONOR. (*con frialdad.*)

Así será.

BEATRIZ.

Tambien han venido nuestras hermanas de leche Margarita y Juanita.

LEONOR.

Los podia haber ahorrado el trabajo de venir.

BEATRIZ.

No te entiendo, Leonor: ¿tan poco quieras á Margarita? Yo creía que despues de nuestros padres á nadie debíamos querer mas por el cuidado que ha tenido con nosotras.

LEONOR.

Como si no la hubieran pagado.

BEATRIZ.

¿Crées que el cariño se paga con dinero?

LEONOR. (*con aire altanero.*)

Poco á poco con eso de reconvenciones, señorita. ¿Sabe V. que yo sola tengo facultades para hacerlas?

BEATRIZ.

¿De veras? ¿Y de donde te han venido, si puede saberse?

LEONOR.

De mamá, porque sabe que soy mas juiciosa que V., y por eso puedo mandarla: ¿lo ha entendido V.

BEATRIZ.

Vaya, vaya, déjate de burlas, que te mue-

res por echarla de aya, y lo haces muy mal, muy mal.

LEONOR.

Ya verá V. si me burlo. Entretanto puede V. ir á ver á esas gentes cuya llegada la trastorna á V. de ese modo.

BEATRIZ.

Ahora mismo voy: pero no creas que lo hago en virtud de tu permiso. Adios. (*Se va saltando y bailando.*)

ESCENA V.

LEONOR SOLA

¿Han visto Vds. chica mas insolente? Pero en volviendo mamá ya me la pagará por haberme faltado al respeto. Mas, ¿cómo es que Margarita viene aquí con sus hijas? Sin duda Beatriz no las ha encontrado. Veamos de despacharlas cuanto antes. (*saca su labor, y se sienta á coser en ademan grave y despegado.*)

ESCENA VI.

LEONOR, MARGARITA, MARIQUITA Y JUANITA.

MARGARITA.

(Corre hácia Leonor; sus hijas la siguen tímidamente.)

¡Hija mia, querida Leonor! ¡cuánto ha crecido V. que alta está, y que guapa!

LEONOR. *(sin mirarla.)*

Buenos dias, buenos dias, Margarita.

MARGARITA.

Yo que la he visto tan pequeña; tan pequeña, así: y ahora ya me llega á la barba. Déjeme V. abrazarla. *(Abraza á Leonor que da un chillido, y dice.)*

LEONOR.

No me apriete V. tanto que me hace daño.

MARGARITA.

¿Qué delicada se ha vuelto V? Cuando era pequeña no sucedia eso. Yo la abrazaba á V. y la besaba mil veces sin que V. se quejase.

LEONOR. *(sin levantar la cabeza.)*

Sí, cuando una es pequeña; pero ahora....

MARGARITA.

(*Tomando á Juanita por la mano y llevándola á Leonor.*)

Mire V: esta es Juanita. ¡Está tan contenta de verla á V.? (*A Juanita*) ¿Vamos, Juanita qué tienes? acércate á Leonor.

JUANITA.

Me da vergüenza, madre.

LEONOR.

Tienes razon: no la incomode V.

MARGARITA.

¡Habrá niñeria semejante! ¿Cómo estás tan suspensa Juanita? No te acuerdas de tu querida Leonor, tu hermana de leche? ¡Se querian Vds. antes tanto! Vamos, Juanita, no seas tonta, acércate, y dale un beso.

JUANITA.

(*Se acerca para besar á Leonor.*)

Si V. me lo permite.....

LEONOR. (*con despejo.*)

No, no tan cerca, que me pisa V. el vestido.

JUANITA (*llorando.*)

¿Lo vé V, madre? Esta no es la Leonor que me queria tanto.

MARGARITA.

No, hija mia, es la misma, pero desde que ha salido de casa ha visto que era mas rica que nosotras y nos ha olvidado. Tiene vergüenza porque somos pobres, y hubiera querido que su ama fuera una princesa.

JUANITA.

¿Qué le hemos hecho para tratarnos así?

MARIQUITA.

Estoy segura de que mi hermana Beatriz nos recibirá mejor.

MARGARITA.

Sí, sí, fiáte en eso: tan buena será una como otra: mientras que son pequeñas la llaman á una Margarita, querida Margarita, cuanto te quiero! no temas: mientras nosotras lo tengamos no te faltará nada, y despues la olvidan á una.

LEONOR. (*enfadada.*)

¿Y bien, Margarita, cuando acabará V.? Si V. me ha cuidado, era su obligacion y ciertamente mamá no la debe á V. nada.

MARGARITA.

No me quejo de su mamá de V. pues siempre nos ha tratado con mas bondad de la

que merecemos; pero V. á quien yo siempre he querido tanto, ¿tiene valor de tratarnos así? (*se retira sollozando.*)

ESCENA VII.

BEATRIZ, LEONOR, MARGARITA, JUANITA, MARIQUITA.

BEATRIZ.

(*Corriendo á abrazar á Margarita.*)

¡Gracias á Dios que te encuentro, ama querida! Una hora ha que te ando buscando por toda la casa. ¡Bien venida seas una y mil veces!

MARGARITA.

Dios la reciba á V. como V. nos recibe, señorita Beatriz.

BEATRIZ.

¿Con qué tú tambien estás aquí Mariquita? ¡Qué gorda está y qué colorada!

MARIQUITA. (*limpiándose los ojos.*)

Siempre á la disposicion de V. señorita.

BEATRIZ.

¡Me hablas como si no nos hubiesemos visto

nunca! ¿Pero, qué tienes Mariquita? ¡Estás llorando! ¿Por qué?

MARGARITA.

Ya se lo decia yo á V, madre.

BEATRIZ.

Vaya: ¿no me dirás á qué vienen esas lágrimas? ¿Qué es esto? ¿Tambien Juanita llora? ¿Está malo por ventura tu papá?

MARGARITA.

(*Inclinando la cabeza.*)

No por cierto, señorita, gracias á Dios.

BEATRIZ.

No sé que al caso viene tanto llamarme señorita, ni qué significan esas reverencias ¡Ay, Margarita! puedes creer que yo no me acuerdo de tu cariño, y del cuidado que has tenido conmigo?

MARIQUITA.

Ya decia yo, madre, que Beatriz nos recibiria mejor.

BEATRIZ (*tomándola por la mano.*)

Sí, sí; albondiguilla: ya sabes que te quiero mucho.

MARIQUITA.

(*Haciendo una cortesia.*)

Muchas gracias Beat.... señorita, queria decir.

BEATRIZ.

¿Sabes que me enfadaré si siguen Vds. así?

MARGARITA.

Ya nos han dicho que unas pobres labradoras como nosotras no somos dignas de la amistad de las señoritas de la ciudad.

BEATRIZ.

¿Estás soñando Margarita? ¿Quién te ha dicho eso? ¿Pues no soy yo tu Beatriz como antes? ¿Podria yo olvidar que te debo mi salud y mi vida?

MARGARITA.

¡O! ¡qué excelente corazon! ¡Ay! ¡Si otros niños ingratos y orgullosos tomaran ejemplo de V.!

(*Mientras dura esta escena, Leonor se mantiene callada y mirando á su labor, dando á entender su enfado por algunos movimientos con la cabeza y con los hombros. A lo último se levanta y sale diciendo.*)

LEONOR.

No tengo paciencia para ver como se propasan estas gentes.

ESCENA VIII.

BEATRIZ, MARGARITA, JUANITA, MARIQUITA.

BEATRIZ.

¡Bueno! ya se ha ido: así estaremos mas libres: hace un siglo que no habiais venido. (*Corre á una cómoda y saca una caja.*) Toma, aquí dentro hay una gorra y un pañuelo de seda que te estan esperando hace mucho tiempo.

MARGARITA.

¡De veras se acordaba V. de mí! Eso es ya demasiada bondad. (*se aplica el pañuelo á los ojos.*)

BEATRIZ.

Vaya, toma la caja: y tú Mariquita, aquí tienes este corazon de oro que te regalo para que lo traigas al cuello, y te acuerdes de tu hermana.

MARIQUITA.

¿Pues qué? ¿necesito yo de eso para acordarme de V.? A todas horas la tengo á V. presente porque es mucho lo que la quiero, señorita.

BEATRIZ.

¡Dále con señorita! ¿Cuánto apuestas á que te quito el regalo, y no te vuelvo á mirar á la cara sino me llamas Beatriz y hermana, como antiguamente?

MARIQUITA.

A eso no me atrevo.

BEATRIZ.

Pues yo lo mando. ¡Ea! Dame un abrazo, y tú, amada Juanita, espera que voy á buscar alguna cosilla para tí. Vamos: aquí tienes una cruzecita de plata con piedras de colores: otro dia será otra cosa.

JUANITA.

Como no soy hermana de leche de V...-

BEATRIZ.

¿Qué importa, Si yo te la doy?

JUANITA.

La tomo, ya que V. me lo manda, y le doy á V. las gracias.

MARGARITA.

Mi corazon rebosa de gozo. ¡Ay! ¡hija! tú proceder me hace olvidar lo mal que nos han recibido.

BEATRIZ.

¿Quién? ¿ Ama mia?

MARGARITA.

¡Si V. hubiera visto como nos ha tratado su hermana! La señora mas orgullosa no nos hubiera recibido con tanto despego. Aun estoy trastornada, y la pobre Juanita no ha vuelto de su asombro.

BEATRIZ.

No, no Margarita: mi hermana no es tan mala como tu dices. Ademas de que si no te quiere, yo te querré por las dos, y no te podrás quejar. No estés triste, Juanita, yo tambien seré tu hermana. ¡Ay! ¡Qué contenta estoy! (*Salta al rededor del cuarto.*)

ESCENA IX.

MADAME DE PREVAL, BEATRIZ, MARGARITA, JUANITA y MARIQUITA.

MAD. DE PREVAL.

(*Con aire severo á Beatriz.*)

¡Siempre saltando, señorita! ¿No ha corrido V. bastante todo el dia en el jardin? No he conocido ninguna niña de su edad tan ato-

londrada. (*conoce á Margarita que se habia alejado por respeto.*) ¿Pero, no es Margarita?

MARGARITA.

(*Acercándose con respeto.*)

Si señora, yo soy que he venido á ver á mis niñas; y espero que V. no lo llevará á mal.

MAD. DE PREVAL.

Todo lo contrario: no pudieras darnos mayor gusto. Ya sabes que siempre te riño porque no vienes bastantes veces. Sin duda son esas tus hijas, las hermanas de leche de las mias. ¡Qué altas y qué guapas son!

MARGARITA.

Sí, señora; y ademas son buenas chicas.

MAD. DE PREVAL (*acariciándolas.*)

¿Han visto Vds. ya á sus hermanas? ¡Qué contenta estará Leonor! Tanto como yo: estoy segura de eso.

MARGARITA (*con un suspiro.*)

Ha tenido V. siempre con nosotras tanta bondad, tanta....

MAD. DE PREVAL.

¿Qué tienes Margarita? ¿Parece que estás triste: te han hecho en casa algun desaire?

(*Mira á Beatriz.*) Si será esta chica que te habrá hecho alguna de las suyas?

BEATRIZ.

¿Yo, mamá? Que diga mi ama sino la he hecho bastantes caricias y hálagos como era razon.

MAD. DE PREVAL.

No creo que tengas mala índole; pero como nunca reflexionas lo que haces le habrás dicho tal vez alguna sequedad. Si yo no te conociera...

MARGARITA.

No la riña V. señora, que nosotras no estamos quejosas de ella: todo lo contrario. (*Suspira.*)

MAD DE PREVAL.

Sin embargo, Margarita, veo que estás desazonada y quiero saber el motivo. Alguno te ha recibido mal: no puedo dudarlo; y por mas que procures disculparla no puede ser otra que Beatriz. (*á Beatriz.*) ¿Con qué, señorita, nunca imitará V. á su hermana, ni será V. agradecida y amable? ¡Qué alegre habrá estado Leonor! Estoy segura que habrá abrazado mil veces á Juanita... ¿La ven Vds?

ya vuelve otra vez. Siempre creí que no las dejaria un solo momento.

ESCENA X. Y ÚLTIMA.

MADAME DE PREVAL, BEATRIZ, LEONOR, MARGARITA, JUANITA Y MARIQUITA.

MAD. DE PREVAL.

¿No es verdad, hija mia, que estás muy contenta con ver á tu ama y á tu hermana?

LEONOR. (*afectando alegria.*)

Ciertamente, mamá.

MAD. DE PREVAL.

Ya sabia yo que mi Leonor tenia un corazon sensible y.... (*volviéndose hácia Margarita*) ¿Qué tienes en tu delantal, Margarita? ¿Te ha dado mi hija algun regalo? Me alegro que tenga tanta atencion y agradecimiento.

MARGARITA.

No se enfade V. señora; pero no es la señorita Leonor sino Beatriz la que me ha dado esto, y la que ha regalado tambien á mis hijas.

MAD. DE PREVAL. (*sorprendida.*)

¿Beatriz? Pues nada me ha dicho.

BEATRIZ.

No creí que esta niñería mereciese la pena.

MAD. DE PREVAL.

¿Y Leonor?

MARGARITA.

En órden á Leonor, señora, hay mucho que decir. Esa señorita es demasiado encumbrada para que nos consideremos dignos de hablarla y de acercarnos á ella. Fuera ciertamente una humillacion descender hasta ese extremo.

MAD. DE PREVAL.

(*Con indignacion.*)

¿Cómo es eso? ¿Qué es lo que hablas?

LEONOR. (*confusa.*)

No lo crea V., mamá; no hay semejante cosa.

MAD. DE PREVAL.

¿Con qué no he de creer lo que estoy viendo y palpando? Quítate de mi presencia al instante. ¡Y yo tan tonta que me dejaba llevar de mi cariño tan infundado manifestándola una preferencia que estaba tan distante de

merecer! Y tú, pobre Beatriz, dame un abrazo: yo no sé como no he conocido antes tu buen corazon, ni qué ceguedad ha sido la mia. Pero no tengas cuidado que si hasta aquí he sido injusta contigo no será lo mismo en adelante.

BEATRIZ.

No diga V. tal cosa, mamá; pues siempre me ha tratado V. mejor que yo merezco, y ahora mismo espero me dé V. una prueba de ello concediéndome la gracia de perdonar á Leonor. (*corre hácia su hermana, y le toma la mano, que ella quiere esconder.*)

MARGARITA.

¡Qué niña tan excelente! ¡O! ¡qué contenta estoy de haberla criado!

BEATRIZ.

Vamos, mamá; perdone V. á mi hermana. Estaria de mal humor, ó tendria alguna incomodidad, y en eso habrá consistido. ¡Ademas en nuestra edad hay que disimular tanto!....

MAD. DE PREVAL.

Puedo muy bien perdonar á vuestra edad la irreflexion y el atolondramiento, pero no la

ingratitud y el orgullo. Quítese V. de mi presencia; vuelvo á decir, que V. no es digna de mi cariño. Tenga V. entendido que quien ha tenido la inhumanidad de tratar con tanta dureza á las personas que tiene obligacion de querer, merece que le traten del mismo modo. No hay duda que tendré yo mucho que esperar de los sentimientos de tu corazon con respeto á mí, cuando veo lo que has manifestado á tu segunda madre. El niño capaz de perder el cariño al ama que le crió, no podrá en toda su vida tener gran amor á sus padres.

FIN.

LA DOGUITA Y EL ANILLO,

DRAMA EN DOS ACTOS.

PERSONAS.

DON ALBERTO.

ELISA, *su hija.*

LUIS, *su hermano.*

LEON. } AMIGOS DE LUIS.
RUFINO. }

En el primer acto la escena representa el cuarto de los hijos de Don Alberto, y en el segundo una sala.

ACTO PRIMERO.



ESCENA I.

ELISA (*sola.*)

¡ Ay ! ¡ pobre Fortunita ! ¡ Cómo podré yo hacer sin tí mis labores ! En esa cestita estabas mientras yo cosía. ¡ Qué gusto era verte despertar y correr por bajo del sofá ! ¡Qué contenta estabas cuando te ponia en la falda ! ¡ Y cómo me lamias las manos y la cara cuando jugábamos ! ¡ Qué tristeza será la mia sino vuelvo á verte ! No tengo yo la culpa de esta desgracia, sino aquel aturdido de mi hermano.

ESCENA II.

ELISA, LUIS.

LUIS (*que ha oido las últimas palabras.*)
¡ Ola ! ¿ Parece que estás hablando de mí ?

ELISA.

¿Pues de quien habia de hablar? Si no te hubieses empeñado ayer en llevarte la Fortuna no se hubiera perdido.

LUIS.

Tienes mucha razon; y yo tambien lo siento en el alma, pero ya no tiene remedio.

ELISA.

¿No te dije yo que la dejáras? ¿No podias dar un paso sin ella?

LUIS.

Es verdad; pero me gustaba tanto cuando se escapaba como si huyera, y despues volvia corriendo á todo correr...

ELISA.

Debias haber tenido mas cuidado con ella.

LUIS.

Sí, pero como siempre volvia, me figuré que entónces..-

ELISA.

Te lo figuraste; pero ahí tienes el resultado: la perra se ha perdido y no volverá á parecer.

LUIS.

Te prometo que otro dia....

ELISA.

Sí, otro dia, á buen tiempo... No he podido dormir casi nada esta noche: si me dormia soñaba que me estaba llamando y me despertaba al instante. ¡Ay! tambien lo sentirá ella.

LUIS.

¡Pobre animal! ¿en qué manos habrá caido? Diera cuanto tengo por encontrarla.

ELISA.

¿Pero no sabes á lo menos el sitio en que la perdiste? Se podria preguntar á todos los del barrio.

LUIS.

Apostaria que me ha seguido hasta cerca de casa. Como se mete en todas, habrán cerrado la puerta de alguna, y la habrán dejado dentro.

ELISA.

Eso habrá sido; porque sino, hubiera vuelto á casa, pues sabe muy bien el camino.

LUIS.

Leon iba conmigo, y me dijo cuando la echamos menos, que no hacia un minuto que la habia visto. El tiene la culpa de que se

haya perdido la Fortuna, porque me distrajo con sus travesuras.

ELISA.

A lo menos te debia haber ayudado á buscarla.

LUIS.

Ya lo hizo anoche, y esta mañana muy temprano hemos reconocido todas las calles y plazas: tambien hemos ido al mercado, y á las casas de nuestros amigos, pero en balde: no hemos podido adquirir la menor noticia. Lo que mas siento es que estarás muy enfadada conmigo, amada Elisa.

ELISA (*dándole la mano.*)

No, no estoy enfadada, porque no era tu intencion incomodarme, y sé que tambien lo sientes.... Pero, alguno viene: sal á ver quien es.

ESCENA III.

ELISA, LEON, LUIS.

LEON (*Abriendo la puerta*)

Soy yo, soy yo, Luis; buenos dias, señorita.

ELISA.

Buenos dias, Leon.

LEON.

Estoy buscando á Fortuna, y creo que pronto....

ELISA.

Qué dice V.? ¿Hay esperanzas de encontrarla?

LEON.

¿Conocen Vds. una vieja que vive en la esquina y vende bollos y castañas?

ELISA.

¿Cómo? ¿tiene mi perra?

LEON.

No, ella no la tiene, que es muy buena muger, y la conozco mucho. "¿Qué? ¿la per-
"ra que V. busca es una muy chata y muy
"fea que se anda metiendo en todas partes?"

ELISA.

¿Fea la llama V.? Mas quiero que no me hable V. de ella que no que la trate así.

LEON.

¿Soy yo por ventura quien lo dice? Repito las palabras de la vieja, y nada mas. ¿"No
"era una que traía aquel señorito amigo de

» V.?"—La misma, contesté yo. » Pues esa, » me replicó, se la llevó engañándola otro se- » ñorito que vive allá bajo en aquella casa de » los cuatro balcones."

LUIS.

¡Esa es la de Rufino! ¿Será posible que él la haya robado?

LEON.

No te acuerdas de haberle visto ayer parado á la puerta de esa vieja cuando nosotros pasamos, é hizo que no nos veía por no darnos castañas?

LUIS.

Cierto; ahora me acuerdo.

LEON.

¡Bueno! Pues despues que anduvimos un poco llamó á Fortuna y le dió una castaña que él ya habia mordido, y mientras la comia, Rufino la agarró y la llevó á su casa. La vieja lo vió, y me lo ha contado todo.

ELISA.

¡Qué picardía! Pero en fin ya sabemos donde está. Vé corriendo por ella, Luisito.

LEON.

Temo que no la encontrarás. Rufino la ha

cogido para venderla, que es lo que hace con sus libros y con todo lo que puede. Es capaz de cualquiera cosa: el otro dia jugábamos al volante, y nos hizo mil trampas.

LUIS.

¿Será posible? Voy á su casa volando.

LEON.

No le encontrarás, porque ahora mismo vengo de allá, y habia salido.

ELISA.

Puede que haya mandado decir que no estaba.

LEON.

No, porque he recorrido toda la casa, y he dicho á una criada que le dijera que le habia ido á buscar para darle desquite al volante de una partida que me debe, y que le esperaria en casa de V.

ELISA.

Si es verdad que ha robado á Fortuna, no tendrá valor para venir acá.

LEON.

¡O! No conoce V. su descaro: vendrá solo porque Vds. no sospechen de él. Pero yo le quitaré la máscara.

ELISA.

Es menester ir con cuidado para hacerle confesar la verdad.

LEON.

Todo el cuidado que se necesita para el caso es decirle sin rodeos que es un bellaco y un ladron.

LUIS.

No, no, Leon; eso no serviria mas que para que hubiese pendencia; y papá no quiere que las haya en su casa. Puede que nos la vuelva antes con buenas palabras que con reconvenciones.

ELISA.

Puede tambien que no sepa que la perrita es nuestra.

LEON.

¡Bueno! ¿Todos los dias la ve con su hermano de V. y no sabrá de quien es la perra? Ha jugado cien veces con ella, y ayer la ha robado para venderla. Ese es su carácter.

LUIS.

Chiton, que ya está aquí.

ESCENA IV.

ELISA, RUFINO, LUIS Y LEON.

RUFINO.

Leon, me han dicho que habias ido á buscarme para que te diera desquite de una partida al volante: estoy pronto cuando quieras. ¡Ah! Buenos dias, Luis. A los pies de V. señorita.

ELISA.

V. se va á divertir Rufino, y nosotros nos quedamos aquí llenos de sentimiento.

RUFINO.

¿Pues, qué ha sucedido?

ELISA.

Que se ha perdido la Fortuna.

RUFINO.

¡Qué lástima! ¡Era preciosa! El cuerpo de color de café con leche, la boca y la cara negra, encima de la espalda una raya negra, y las patitas tambien. Valia una onza como un ochavo.

ELISA.

¿Puesto que tiene V. tan presentes sus señas, no nos podria ayudar á buscarla?

RUFINO.

¿Soy yo acaso inspector de perros, ó me ha encargado V. ser guarda de la Fortuna?

LUIS.

Mi hermana no lo decia por enfadarte, Rufino.

ELISA.

Ciertamente que no: pues como V. vive en esta misma calle, y se perdió cerca de aquí, creí que nos podria dar alguna noticia.

LEON.

La pregunta no podia ir mejor dirigida.

RUFINO.

¿Qué quiere V. decir con eso, Leon?

LEON.

Lo que debe V. saber mejor que yo, aunque estoy bien informado.

RUFINO.

Si no fuera por el respeto que se debe á esta señorita....

LEON.

Déla V. las gracias de que no le trato como merece su descaro.

LUIS (*apartando á Leon.*)

Mira de reportarte, que sino perdemos la perra.

ELISA (*deteniendo á Rufino.*)

Sí es verdad, como V. dice, que me tiene alguna consideracion, hágame V. el favor de escucharme atentamente, y contestar á lo que le pregunte.

LEÓN.

Y sin rodeos.

ELISA.

¿Tiene V. nuestra doguita, ó sabe V. donde está?

RUFINO (*turbado.*)

¿Yo? ¿yo la doguita?

LEON.

Esa turbacion me confirma que V. la tiene: ademas estoy bien impuesto en todo. V. se la llevó engañada con el cebo de una castaña.

RUFINO.

¿Quién se lo ha dicho á V.?

LEON.

Quien lo ha visto.

ELISA.

¿Dígame V., Rufino, es eso verdad, ó no?

RUFINO.

Y aunque yo haya dado castañas á la Fortuna, y la haya cogido para jugar con ella, se sigue de eso que la he de tener yo, ó he de saber donde está?

ELISA.

Tampoco decimos eso. ¿No preguntamos mas que si V. sabe donde está ahora?

LUIS.

¿O si la has tenido esta noche en tu casa para hacernosla buscar, y despues volvernosla hoy por causarnos mas alegria?

RUFINO.

¿Piensan Vds. que mi casa es guarida de perros?

LEON.

No creí que hubiese un hombre tan descarado.

RUFINO.

Yo no hablo con V. Si V. se ha propuesto ser abogado de las doguitas, séalo en buenhora: nada tengo que ver con eso.

LEON.

Porque le he dejado á V. sin respuesta.

ELISA.

No sea V. tan vivo, Leon, pues acaso le habrán engañado á V. No puedo creer que Rufino sea capaz de tanta vileza.

LUIS.

Si él hubiese perdido alguna cosa y yo pudiera ayudarle á buscarla, lo haria con mucho gusto; y así no debe enfadarse por nuestras preguntas.

LEON.

Mejor será que V. venga conmigo á la tienda de la vieja que vende castañas, que es la que acusa á V.

RUFINO.

Y qué, ¿darán Vds. mas crédito á esa tia que a lo que yo dijere?

LEON.

Ella no dice mas que lo que ha visto, y como que ningun interes tiene en este asunto, merece mas crédito que V.

RUFINO.

No quiero sufrir mas estas injurias, pero Vds. me las pagarán.

ESCENA V.

ELISA, LEON Y LUIS.

LEON.

¡Qué mentiras dice, y qué descarado es! Apostaria mi cabeza á que él tiene la doga. ¿No han visto Vds. qué aturdido se quedó cuando se lo dije?

ELISA.

Con todo, una accion tan fea se me hace increible.

LEON.

A V. se le resiste porque no es capaz de tanta vileza, pero él es abonado para todo.

ELISA.

¿Y qué dicen Vds. de las pullas con que nos ha contestado?

LEON.

Su fortuna fué estar V. delante, que sino le hubiera puesto como nuevo.

LUIS.

No sé yo si hubieras salido bien librado, porque apenas le llegas á la barba.

LEON.

Aunque no le llegára á la cintura. Ese es un cobarde. ¿No han visto Vds. que cuando yo le dije claro que tenia la perra, respondió mejor que cuando le hablábamos con buenos modos? Pero yo le seguiré, y sabré descubrir al animal aunque le haya metido en la bodega.

ELISA.

Se incomodaria V. inútilmente, Leon; no puedo creer que la tenga Rufino, porque vivimos demasiado cerca para que pudiese ocultarnos su robo.

LUIS.

¿Y si la mata por temor de verse descubierto?

LEON.

No tengas miedo, Luis, no la matará: lo que quiere es venderla.

ELISA.

¡En qué concepto le tiene V!

LEON.

En el que le debo tener: dentro de poco quedará V. convencida. (*Se va.*)

ESCENA VI.

ELISA Y LUIS.

LUIS.

Leon es tan vivo que al instante se acalora, y la menor disputa la convierte en pendencia. ¡Por eso me alegraré que se encuentren en otra parte y no en casa.

ELISA.

Sí; porque Papá nos hubiera reñido. Leon tiene mucha gana de servirnos; pero no sé yo si la tiene mayor de vengarse.

LUIS.

Con su genio pendenciero nos ha hecho mas mal que bien. Si es verdad que Rufino ha robado á Fortuna, quizá nos la hubiera vuelto antes con buenas razones que no con amenazas. Pero aquí viene Papá.

ESCENA VII.

DON ALBERTO, ELISA, LUIS.

DON ALBERTO.

¿Qué han hecho Vds. á Rufino, que ha venido á mi cuarto muy sofocado, y se queja mucho de Vds. y especialmente de Leon? ¿Tambien dice que Vds. le acusan de haber robado á Fortuna? ¿Se ha perdido?

LUIS.

Ayer tarde se me desapareció volviendo de paseo, pero no habia querido decírselo á V. por si acaso parecia.

ELISA.

¡Ay! No puede V. pensar cuanto lo siento. ¡Buenas lágrimas me cuesta!

DON ALBERTO.

Felizmente no es mas que una perra, y esta pérdida te acostumbrará á sufrir con paciencia otras mas importantes que ocurren en la vida. ¿Pero tú (*á Luis.*) por qué no eres mas cuidadoso?

LUIS.

Tiene V. razon, papá, yo tengo la culpa.

Debia haberla dejado en casa ó haber puesto mas cuidado. Lo siento por mi hermana, porque Fortuna era mas suya que mia.

ELISA.

Sin embargo no creas que estoy enojada contigo; porque me acuerdo de las veces que tú me disimulas las molestias y enfados que te doy.

DON ALBERTO.

Dame un beso, hija mia: me alegro mucho de que sufras con paciencia este contratiempo; pero me alegro aun más de ver que no te enfadas con el que le ha causado.

ELISA.

Bastante castigado está mi pobre hermano por su descuido. Luis la queria tanto como yo, y ademas tiene el sentimiento de haberme causado esta pesadumbre.

DON ALBERTO.

Conservad, hijos mios, ese cariño que os teneis. Personas conozco yo que por una cosa semejante hubieran despedido de su casa á un buen criado.

ELISA.

¡Dios me libre! ¡Preferir un perro á un

criado; un animal á una persona como nosotros!

DON ALBERTO.

Esa diferencia tan puesta en razon no saben hacerla todos, pues gentes hay que ven con frescura padecer hambre á un pobre huérfano, y se apuran por su perro favorito si sufre la menor molestia.

ELISA.

¡Es posible, papá!

DON ALBERTO.

En recompensa del sentimiento que expresa ese suspiro, ofrezco darte una perra igual á la que has perdido, si por dasgracia no se encuentra.

ELISA.

No, papá: le doy á V. las gracias; pero no quisiera exponerme á otro disgusto. He padecido tanto con la pérdida de Fortuna que sino la encuentro no quiero tener otra.

DON ALBERTO.

Eso es ya demasiado, Elisa. ¿Con que deberiamos renunciar al mas dulce placer de la vida no queriendo tener amigos, porque la muerte ó la ausencia nos podria separar? Si

comparas el placer que te ha causado Fortuna desde que nació, al dolor que sientes por su pérdida, verás que el primero excede mucho al segundo. Es natural que quieras á una perrita tan bonita como Fortuna, y seria un rasgo de ingratitud....

ELISA.

Eso fuera bueno si yo la olvidase porque no está aquí para hacerme fiestas.

DON ALBERTO.

Lo que me consuela en este lance, es que aprenderás á sufrir otros mayores. Pero, volviendo á lo que decia, ¿con que han maltratado Vds. á Rufino?

ELISA.

No fuimos nosotros, papá, que fué Leon el que le habló con mas entereza.

DON ALBERTO.

¿Y cuál ha sido su respuesta?

LUIS.

Se ha defendido bastante mal, y se turbó mucho á la primera pregunta.

ELISA.

Pero, V. papá, ¿cree que si tuviese la doguita diria que no?

DON ALBERTO.

Yo no lo puedo asegurar, pero esa turbacion no proviene de una conciencia muy limpia. Sin embargo para que no falte nada que hacer, mañana lo pondremos en el diario.

LUIS.

Si Rufino la tiene, será inútil.

DON ALBERTO.

Puede no serlo. Un perro no es fácil de ocultar, porque es un animal bastante grande y ruidoso. Ademas ha menester que le den de comer; lo que no siempre puede hacerse en secreto. No quiero decir nada al padre de Rufino porque es muy grosero, y está enfadado conmigo porque no me gusta que su hijo venga mucho aquí. No hay mas remedio que aguardar el resultado del anuncio.

ELISA.

Tendria mayores esperanzas si pudiera prometer algo al que me trajera la perra.

DON ALBERTO.

Yo me encargo de eso. Ven, Luis, que

te voy á dictar lo que han de poner en el diario, y tú lo llevarás á la imprenta.

ELISA.

¡Ay! ¡qué alegria seria para la Fortuna y para mí si la encontrásemos!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO II.

ESCENA I.

LUIS (*solo*)

que entra saltando de alegria.

¿Hermana, hermana, donde estás?

ESCENA II.

LUIS, ELISA.

(*Que viene corriendo por la parte opuesta.*)

ELISA.

¿Qué alboroto es ese? ¿Por qué estás tan contento? ¿Ha parecido Fortuna?

LUIS.

No amiga que es otra cosa mejor. Ten, mira lo que he encontrado junto á la puerta de casa. (*Le da una cajita con un anillo dentro.*)

ELISA (*abriendo la caja.*)

¡Ay! ¡Qué anillo tan hermoso! ¡Qué lástima que falte la piedra de enmedio!

LUIS.

Sin duda se habrá desprendido, porque aquí

está aparte en un papel. Mira este diamante aquí á la luz, verás como brilla. El de papá no es tan grande.

ELISA.

Mucha lástima tengo al que le haya perdido.

LUIS.

Esto si que es mas que perder una doga.

ELISA.

Qué se yo que te diga. ¡Mi perrita era tan bonita y me queria tanto! ¡Ay! ¡Cuando yo me acuerdo de la alegria que teníamos cuando la haciamos fiestas, ningun anillo me hubiera dado tanto gusto!

LUIS.

Pero con esta sortija podias comprar cien doguitas como ella.

ELISA.

No seria la mia. El que ha perdido esta sortija regularmente tiene otras, y yo no tenia mas que una Fortuna.

LUIS.

Sin duda será de alguna persona rica, que los pobres no tienen esas alhajas.

ELISA.

¡Con todo si ha sido algun pobre criado que lo ha perdido llevándole al platero!... ¡Ó si ha sido el platero mismo á quien se le ha estraviado! El diamante suelto me lo hace temer. ¡Qué sentimiento tendrán esas gentes!

LUIS.

Tienes razon, Elisa; ya siento haberla encontrado: es menester decírselo á papá. Aquí viene.

ESCENA III.

DON ALBERTO, LUIS, ELISA.

DON ALBERTO.

¿Qué tenemos? ¿Vendrá mañana en el diario el anuncio de Fortuna?

LUIS.

Todavía no he ido á la imprenta, papá: porque al salir de casa encontré esta sortija y me volví corriendo. (*Le dá la cajita.*)

DON ALBERTO.

A ver. ¡Qué brillante tan hermoso!

LUIS.

No dirá V. que no merece la pena de ha-

ber vuelto á casa, en vez de ir á la oficina del diario.

DON ALBERTO.

Si fuera tuyo tendrias mil razones: dígolo, porque no creo que tengas intencion de quedarte con él.

LUIS.

¿Y si nadie le reclama?

DON ALBERTO.

No faltará quien te lo haya visto levantar del suelo.

LUIS.

No, señor, no lo ha visto nadie.

ELISA.

Yo no tendria sosiego mientras no averiguase de quien es.

LUIS.

De manera que si se presenta su dueño, no hay que temer que me quede con la sortija. Eso fuera lo mismo que haberla hurtado, y sé muy bien que á cada uno se le debe dar lo que sea suyo.

DON ALBERTO.

En llegando ese caso, recelo que no has de estar tan alegre.

LUIS.

¿Y por qué no, papá? Confieso que al principio no pensé mas que en el gusto de hallar una sortija tan preciosa, figuríndoseme que ya era mia: pero mi hermana me ha hecho ver el sentimiento que tendrá el que la haya perdido; y me alegraré mís de sacarle de su apuro, que no de conservar una prenda que me haria poner colorado cada vez que la mirase.

ELISA.

Cierto que es mucho gusto aliviar las penas del afligido: por esto no puedo acabar de creer que Rufino ni otro alguno tengan la inhumanidad de retener á Fortuna sabiendo mi pesadumbre.

DON ALBERTO (*abrazándolos.*)

¡O, almas inocentes y puras! ¡No sabeis, hijos mios, cuanto gozo esperimento en ser vuestro padre! Procurad radicar y fortalecer diariamente en vuestro corazon esos sentimientos generosos, de los cuales dependerá vuestra felicidad y la de vuestros semejantes.

ELISA.

¿Si V. nos dá el ejemplo, papá, cómo podríamos pensar de otro modo?

LUIS.

Voy corriendo á enseñar esta sortija á todos los que encuentre, y á la oficina del diario para que anuncien que hemos perdido una perra, y encontrado una sortija.

DON ALBERTO.

Poco á poco con eso, hijo mio. Es menester tomar algunas precauciones, porque podria ser muy bien que alguno viniese á reclamar la sortija sin ser suya.

ELISA.

¡O! ya sabria yo averiguarlo. Primero les preguntaria como era, y no se la daria sino al que diese las señas.

DON ALBERTO.

Tampoco es ese un medio muy seguro. Pueden haberla visto cuando la llevaba su dueño, y venir antes que él por ella.

ELISA.

Ya veo que V. sabe mas que nosotros, papá.

DON ALBERTO.

El anillo es bastante rico para que no hagan diligencias por encontrarlo: y así es menester esperar.

LUIS.

¿Y sino las hacen?

ELISA.

Eso es increible, siendo cosa de tanto valor.

DON ALBERTO.

Mientras tanto yo le guardaré, y cuidado con no decir nada á nadie.

ESCENA IV.

LUIS, ELISA.

LUIS.

Con todo es cosa muy triste el no poder hablar cuando uno tiene cosas tan agradables que referir. ¡Cuánto gusto tendria en enseñar la sortija á todos los conocidos!

ELISA.

¿Y por qué, si no puedes ni quieres quedarte con ella? ¿Hay algun mérito en encontrar una sortija en la calle? Pero, calla, que alguien viene.

ESCENA V.

ELISA, LUIS, LEON.

LEON.

Empiecen Vds. á reirse del lance que les voy á contar. ¡Há, há, há! (*riendo á carcajadas.*)

LUIS.

¿Qué es ello?

LEON.

El chasco mas gracioso del mundo. Ya estamos vengados.

ELISA.

¿Vengados? ¿Y de quién?

LEON.

De Rufino: ha perdido el anillo de su padre. (*Leon se rie*) Ha! ha! ha! (*Elisa y Luis se miran con sorpresa.*)

ELISA.

¿Cómo ha sido eso?

LEON.

Su padre le envió con él á casa del platero para que asegurase el diamante del centro que

se habia desprendido. (*Luisa da un codazo á Elisa, que le hace señas que calle*) Cuando vino aquí le traía en el bolsillo, pero como salió tan furioso y dando patadas, sin duda le dejó caer en la calle.

ELISA.

¿Le ha visto V. despues del suceso? ¡Qué mal gesto tendria!

LEON.

El de un desenterrado.

LUIS.

¡Ay! ¡hermano!

ELISA (*diciéndole que calle.*)

Escucha hasta el fin, hermana. (*A Leon.*) ¿Lo sabe su padre?

LEON.

Todavía no, porque salió del apuro con una mentira. Le preguntó si lo habia entregado al platero, y contestó que sí.

ELISA.

¡Pobre infeliz!

LEON.

¿Le tiene V. lástima?

LUIS.

¿Pues qué no es digno de ella?

LEON.

¿Digno de lástima? ¡Qué disparate! *(se rie)* ¡Si Vds. hubieran visto cuánto le he hecho rabiar!... Era un gusto verle ir de tienda en tienda preguntando si habian visto su sortija, y lo mismo á cuantos pasaban por la calle. Yo le seguia por divertirme; y cuando me preguntó: si habia visto su sortija ú oido hablar de ella, le contesté: ¿me has hecho por ventura guarda de tus sortijas? = ¡Si supieras cuánto vale! = Mejor para el que la haya encontrado... = ¿Y mi padre qué me dirá? = Es regular que te dé las gracias con un garrote.

ELISA.

Confieso á V., Leon, que nunca tendré la inhumanidad de divertirme con las desgracias agenas.

LEON.

¿Ha tenido él mas compasion de Vds. por ventura?

LUIS.

El que Rufino se haya portado mal con nosotros no nos autoriza para ser crueles con él.

LEON.

Es verdad; pero á pesar de eso no está en mi mano compadecer á quien me ha ofendido. Su fortuna es que no haya sido yo el que encontró su sortija, que no la veria tan pronto.

ELISA.

¿Pues qué se habia V. de quedar con ella?

LEON.

Tanto como eso no, pero no se la volveria hasta que su padre le hubiese dado una buena sotana.

LUIS.

Nunca creí que fueses tan vengativo, Leon.

ELISA.

Ni yo lo creo tampoco. Eso es no mas que hablar. Si se viese en el caso obraria de muy diversa manera.

LEON.

No lo crea V: yo soy estremoso, lo confieso: sé querer á mis amigos; pero con los que no lo son, sino para engañarme..... Ola! Aquí le tienen Vds. Ha! ah! ah! (*se rie señalando con el dedo á Rufino que entra.*)

ESCENA VI.

ELISA, LUIS, LEON Y RUFINO.

RUFINO.

Aquí me tienen Vds., es verdad; pero lleno de amargura, y bien arrepentido y castigado de mi conducta pasada. Perdónenme Vds. por Dios, y ayúdenme á salir del apuro en que me veo.

LEON.

¿Tienes mas que dar aviso á la imprenta para que anuncien la pérdida de tu sortija?

RUFINO.

No me atrevo á volver á casa, y no se qué partido tomar, ni donde esconderme.

LEON.

No tengas cuidado que la sortija y la perra se encontrarán juntas. Apostaré á que la fortuna la tiene metida en la cola.

RUFINO.

Esas burlas bien merecidas las tengo, pero no por eso soy muy menos digno de compasion.

LUIS.

No te aflijas, Rufino que la sortija no está perdida.

RUFINO (*sorprendido.*)

¡Cómo! ¿La tienes tú? (*abrazándole.*) ¡Ay, amigo! ¡de qué ahogo me sacan tus palabras!

LEON (*bajo á Elisa.*)

No conoce que se está burlando de él. ¡Qué bien hecho!

RUFINO.

Déjame que de rodillas te manifieste mi gratitud..... pero no: antes quiero que Vds. sepan cuanto ha pasado, aunque pase por la verguenza de decirlo. (*vase corriendo.*)

ESCENA VII.

ELISA, LUIS, LEON.

ELISA.

¿Qué significa eso? ¿Por qué se escapa?

LUIS.

Temo que el pobre muchacho se vuelva loco.

LEON.

Con todo es un chasco que te puede costar caro, porque irá á decírselo á su padre, y vendrán los dos á pedirte el anillo.

LUIS.

¿Crees acaso que me quiero quedar con él?

LEON.

¡Cómo! ¿Es verdad que le tienes?

LUIS.

Si no, no lo hubiera dicho. Le encontré casualmente en la esquina de casa.

LEON.

Amigo, ya veo que eres demasiado bonazo. ¿Porqué se lo has dicho tan pronto?

ELISA.

El modo con que mi hermano venga sus injurias debiera servir á V. de ejemplo, amigo Leon: y sepa V. que hoy ha perdido mucho con él y conmigo.

ESCENA VIII.

DON ALBERTO, ELISA, LUIS Y LEÒN.

DON ALBERTO.

¿Qué tiene Rufino que le he visto desde el balcon entrar llorando en casa?

ELISA.

El pobre muchacho llegó aquí medio muerto.

LUIS.

La sortija que encontré es la de su padre, que se la dió para que la llevase á componer, y la perdió en el camino.

DON ALBERTO.

¿Le habeis hecho ver la indignidad de su conducta con respecto á vosotros?

LEON.

No señor: ni siquiera se ha hablado de la perra. Yo no le diera el anillo sin que la trajese primero.

LUIS.

Como le ví tan acongojado no tuve valòr para ocultarle una noticia tan lisongera.

ELISA.

Tampoco yo me acordé de la perra en aquel momento, porque la afliccion de Rufino no me dejó pensar en otra cosa.

DON ABERTO.

El modo con que os habeis portado en esta ocasion, hijos mios, me llena de gozo y de ternura. Solo las almas viles pueden complacerse en insultar á un enemigo desgraciado, y en aumentar la afliccion del afligido. Pero, Rufino, ¿dónde está? ¿Cómo se marchó sin llevar la sortija por delante?

LUIS.

Estaba tan alegre que no sabia lo que hacia.

ELISA.

Abrió la puerta, y echó á correr como un relámpago.

LUIS.

Si V. viera, papá, lo contento que estoy porque aprueba V. nuestra conducta.

DON ALBERTO

¿Podrias creerme insensible al mérito de una accion generosa?

LUIS.

Como V. nos habia prohibido.....

DON ALBERTO.

Os habia prohibido hablar indiscretamente del anillo; pero no cuando se presentase el legítimo dueño.

ESCENA IX.

DON ALBERTO, ELISA, LUIS, LEON Y RUFINO. (*que tiene la doguita en brazos.*)

ELISA. (*gritando de alegria.*)

¡Ay! Fortuna ¡querida Fortuna! (*corre hácia ella, la toma en brazos y la hace fiestas.*)

RUFINO.

Ya Vds. están viendo mi maldad y mi ruin proceder, en pena del cual he querido castigarme yo mismo pasando por la afrenta de confesarlo. La vergüenza voluntaria á que he querido sujetarme sea para Vds. un indicio de mi arrepentimiento, y perdónenme por Dios una villanía que prometo será la postrera.

DON ALBERTO.

No es mal principio de enmendarse el reconocer sus desaciertos, y el apresurarse á repararlos. Aquí tiene V. su anillo.

RUFINO.

¡Qué diferencia tan grande entre mi conducta y la de estas criaturas generosas! Estoy confundido y lleno de rubor, pero jamas olvidaré este suceso, ni la saludable leccion que me han dado.

ELISA.

Esto no ha sido mas que una travesura de parte de V, Rufino; y estoy cierta de que no hubiera dejado pasar el dia sin volvernos la Fortuna.

RUFINO.

V. piensa muy bien de mí. La tenia escondida en un granero, y.....

DON ALBERTO.

No necesitamos saber mas. Basta con que V. se arrepienta de lo que ha hecho, viendo por sí mismo que las malas obras nos hacen enemigos de Dios y de los hombres y se descubren tarde ó temprano. No tengo reparo en proponer á V. por modelo la conducta de

mis hijos. ¡O, criaturas generosas! ¡Cuántas gracias tengo que dar á Dios por las buenas inclinaciones que descubro en vosotros! Ya estais viendo que el modo mas seguro y noble de vengarse es hacer beneficios al que nos ha ofendido, y que no hay cosa mas digna de un alma grande que corresponder á la malignidad con favores.

RUFINO.

¡Ah! Bien lo conozco, y á fe que siento la mas viva y amarga afliccion. (*á Luis y á Elisa.*) Perdónenme Vds, amigos mios.

LUIS (*brazándole.*)

Por mí desde luego y de todo corazon.

ELISA (*dándole la mano.*)

Ya ha parecido mi Fortuna: y por mi parte todo está olvidado.

RUFINO (*á Leon.*)

Seríamos indignos de este ejemplo si no le siguiéramos.

LEON.

Estoy tan confuso como tú, y te aseguro que no perderé esta leccion.

RUFINO.

Acabo de confesárselo todo á mi padre. Ha

estado tan irritado conmigo, como admirado de su generosidad de Vds. y pide el permiso de venir dentro de una hora á traerles una ligera muestra de su reconocimiento.

DON ALBERTO.

No, no. Mis hijos no admiten regalos por haber cumplido con su obligacion. El devolver á cada uno lo que es suyo es un deber riguroso y nada mas.

LUIS.

¡Qué mayor premio que la alegria que uno siente en sí mismo cuando obra bien! ¿Y no es tambien harta recompensa el ganar un amigo para toda la vida? ¿No es así, Rufino?

RUFINO.

Aunque no merezco este honor, haré cuanto pueda por merecerle de hoy en adelante.

LEON.

Yo tambien lo ofrezco, pues en realidad no he sido mejor que Rufino; pero me habeis enseñado á vengarme con nobleza, y no perderé ocasion de imitar tan digno ejemplo.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

LOS JUGADORES,

DRAMA EN UN ACTO.

TRADUCIDO LIBREMENTE DE BERQUIN.

PERSONAS.

DON AMBROSIO.

ELENA, *su hija, de edad de 14 años.*

CÁNDIDO, *su hijo, de edad de 15 años.*

ANDRES, *vecino de* CÁNDIDO, *de edad de 14 años.*

EUGENIO, *amigo de* ANDRES, *de edad de 17 años.*

ESTEBAN, *de edad de 16 años.*
VICTOR, *de edad de 16 años.*
GENARO, *de edad de 18 años.*
} JÓVENES APASIONADOS AL JUEGO.

La escena es en un jardin que pertenece á la casa del padre de Cándido, y tiene comunicacion con la de Andrés.

ACTO UNICO.



ESCENA I.

ANDRES, EUGENIO.

EUGENIO.

¿A qué vas á casa de Cándido?

ANDRES.

Tengo que hablarle; ¿le conoces?

EUGENIO.

Muy poco: solo de haberle visto en compañía de otros amigos. Por cierto que entonces no os tratabais.

ANDRES.

Es verdad: pero desde que vive en el cuarto bajo de casa, empezamos por hablarnos algunas tardes en el jardin: luego vino á verme á mi cuarto, y nos divertíamos un rato con varios juegos.

EUGENIO.

Si no me engaño, no piensas mas que en

jugar: á lo menos te encuentro á todas horas con ciertos caballeritos que no hacen otra cosa, y si he de decirte la verdad, me gustan muy poco.

ANDRES.

¡Ay amigo! ¡qué buen olfato tienes! ¡ojalá no los hubiera conocido nunca!

EUGENIO.

A tiempo estás de enmendar el yerro: no vuelvas a buscarlos y huye de ellos cuando los encuentres.

ANDRES.

¡Así pudiera! pero...... ¿Si yo te contase el apuro en que estoy, me venderias?

EUGENIO.

Esa sospecha es un verdadero agravio para un amigo como yo, que te amo desde la niñez. Descúbreme tus cuitas sin recelo alguno.

ANDRES.

¡Ah, querido Eugenio! ¡En qué fatal situacion me han puesto, empeñándome en lances que si llegasen á oidos de mi padre, no sé que seria de mí!

EUGENIO.

¿Qué lances son esos? cuéntamelo todo, y no me tengas en esta zozobra.

ANDRES.

Que el diablo me tentó para que ayer fuese á casa de Genaro, ese italiano que viaja por instruirse, el cual nos habia convidado á almorzar desde el dia anterior. Hubo vino de Champaña y otros licores que yo no habia probado en mi vida; despues me hicieron jugar y me limpiaron el bolsillo.

EUGENIO.

Te está bien empleado por haberte puesto á jugar y á beber como un perdido. Si con eso escarmientas y no vuelves á caer en vicios tan feos, llámala ganancia, y no pérdida.

ANDRES.

¡Ay amigo! Lo peor es que no paró en eso, pues como se me acabó el dinero, y esperaba desquitarme, me ganaron el relox, el alfiler de topacios, y hasta los botones de oro de la camisa. Quedé ademas á deber un doblon al italiano, y sino lo pago hoy mismo, me amenaza con venir á contárselo á papá, que seria la última desgracia. Ya sabes el ge-

nio que tiene, y la rigidez de sus principios: así no sé como evitar este golpe.

EUGENIO.

No encuentro mas que un arbitrio, que es el de adelantarte tú, contárselo todo á tu padre, y resignarte á sufrir el castigo que te imponga. Si lo haces así, estoy seguro de que te perdonará al ver tu arrepentimiento.

ANDRES.

¿Con qué me aconsejas que yo mismo me delate? ¡Dios me libre! ¡Quién sabe lo que en el primer ímpetu haria conmigo!

EUGENIO.

¿Pues sino, qué partido has de tomar?

ANDRES.

No me atrevo á decírtelo de verguenza.

EUGENIO.

Vaya; sepámosle.

ANDRES.

Llamé aparte á Estéban y á Victor y les descubrí mi pecho, encareciéndoles el apuro en que me veria, si mi padre llegaba á saber lo ocurrido. Para evitarlo me sugirieron un proyecto infalible.

EUGENIO.

¡Buéno será él puesto que ha salido de tales cabezas!

ANDRES.

Mejor pudiera ser; ¿pero qué quieres que haga en este aprieto? Díjeles que habia hecho amistad con Cándido, que es muchacho de dinero: como que yo le he visto un bolsillo lleno de plata.

EUGENIO.

¡Cómo! ¿Quereis robarle?

ANDRES.

Nada menos que eso. Se trata unicamente de desplumarle, como á mí, y luego me darán parte en la ganancia, para poder pagar mi deuda.

EUGENIO.

Eso es decir que por salir del pantano en que por tu culpa has caido, vas á entregarles á tu amigo con la mayor frescura para que á su sabor le desuellen esos tunos? ¿Y qué seguridad tienen de que la suerte no les sea contraria? ¿No puede suceder muy bien que se aumente tu pérdida?

ANDRES.

¡Qué! No lo creas: si es un inocenton que juega sin ninguna malicia.

EUGENIO.

¿Juegas tú á lo tahúr por ventura?

ANDRES.

No por cierto: yo juego con toda legalidad.

EUGENIO.

Por eso perdiste, y por eso perderás de nuevo cuantas veces jugares.

ANDRES.

Si; pero ellos son los que lo han de hacer todo. Dice Estéban que saben usar de cierta ingeniatura, con la cual han de perder forzosamente los que la ignoran.

EUGENIO.

¿Ingeniatura la llamas? Su verdadero nombre es *fullería*, y me admira mucho que no te avergüences de emplear tan viles medios. Ya sabes que no me sobra nada; pero sin embargo despreciaria las riquezas de Creso adquiridas á tanta costa; y en verdad siento mucho que me hayas descubierto un pensamiento que tan poco honor te hace.

ANDRES.

Ten compasion de mí, querido Eugenio. Yo te prometo.....

EUGENIO.

Solo falta que tengas la impudencia de prometerme algo porque te ayude á cometer una bajeza.

ANDRES.

No es eso lo que iba á decir, sino que á tener la fortuna de ganar con que cubrir la deuda de aquel maldito Genaro, te prometo no volver á mirar la cara á ningun jugador, ni á tomar las naipes en mi vida. Si falto á mi promesa consiento desde ahora en que se lo cuentes á mi padre. (*Eugenio menea la cabeza, dando á entender que no fia de sus palabras.*) Ademas, yo no soy el que le engaña, que gracias á Dios no tengo tanta destreza. Genaro se entenderá con él, pues yo no he de hacer mas que tomar cartas como uno de tantos, y jugar legalmente, con la seguridad de entrar á la parte con ellos en las ganancias y no en las pérdidas, que es lo que me han ofrecido.

EUGENIO.

Bien está; pero mira que yo he de presenciarlo todo.

ANDRES.

Mejor; eso es lo que yo quiero. Voy á convidar á Cándido para esta tarde: cabalmente su padre está fuera, y no volverá en algunos dias.

EUGENIO.

Enhorabuena. Pero cuenta con lo dicho, pues si advierto que haces la mas leve trampa....

ANDRES.

¿No te he dicho mil veces que no? Deja de achicharrarme, por Dios, que hartos disgustos tengo. ¡Cómo qué ya me pesa de haberte descubierto nuestros planes!

EUGENIO.

Algo diera yo porque hubieses guardado tu secreto: con eso estaria libre de toda responsabilidad.

ANDRES.

Yo no veo que tengas ninguna.

EUGENIO.

¿Ninguna, cuando se trata de tender un lazo á un inocente?

ANDRES.

Pero ese lazo ni tú ni yo se lo armamos.

EUGENIO.

¿Si vieses á un ratero en el acto de robar el bolsillo á cualquiera, aun cuando fuese á una persona desconocida, cumplirias con tu conciencia guardando silencio?

ANDRES.

Ciertamente que no; pero aquí se trata de una docena de duros cuando más; es decir, de una cantidad despreciable, cuya pérdida tal vez le será utilísima, pues ¿quién sabe si á tan poca costa cobrará aversion al juego para siempre?

EUGENIO.

La que le has cobrado tú, querido Andres. Es menester que te desengañes: el que pierde vuelve á jugar por desquitarse, y si tiene ocasion emplea para lograrlo medios [illegible].

ANDRES.

Calla que oigo pasos.

EUGENIO.

Ahí tienes la víctima del sacrificio.

ESCENA II.

EUGENIO, ANDRES, CÁNDIDO.

CÁNDIDO.

Adios, señores.

EUGENIO.

Felices dias.

ANDRES.

¿Cómo por aquí en dia de fiesta y con un tiempo tan hermoso? Yo te hacia en el jardin.

EUGENIO.

¿Crees que todos tienen gusto en correr y saltar á todas horas como tú? El señor no necesitará salir al aire para pasar entretenida la mañana.

CÁNDIDO.

Tan léjos de eso, que si no estoy en el jardin es porque me levanté temprano, y estuve paseando por el bosque mas de una hora con mi padre y mi hermana, quedándonos por fin á almorzar en el cenador.

ANDRES (*manifestando sorpresa.*)

Qué ¿ya está aquí de vuelta tu padre?

¡Poca gracia te habrá heoho la brevedad de su viage!

CÁNDIDO.

Muy al contrario. He tenido al verle un gozo inexplicable; como que despues de tres semanas de ausencia me encontré repentinamente en sus brazos, siendo así que no le esperábamos hasta el mes que viene.

ANDRES.

Tambien yo quiero mucho á mis padres, pero á la verdad no me pesaria que fuesen mas aficionados á viajar. Una corta ausencia de tiempo en tiempo te aseguro que la llevaria con bastante resignacion.

CÁNDIDO.

Pues, amigo, por lo que á mí toca, quisiera que mi padre no faltára de casa un solo dia. ¡Es tan condescendiente, tan bondadoso!

ANDRES.

No: pues del mio no hay que esperar condescendencias: todo es severidad y mal humor.

EUGENIO.

¡Quién sabe que especie de condescendencias desearias tú! Yo por mí bastantes pruebas he recibido de su bondad.

CÁNDIDO.

Tambien yo estraño lo que dices, pues creia que en este punto no tuvieses que envidiar á nadie: lo cierto es que desde que vivimos en esta casa te veo casi siempre á la puerta, y cuando he ido á buscarte para venir al jardin á jugar, no he visto que ninguno te lo haya estorbado.

ANDRES.

Eso suele suceder los dias que papá no come en casa; y así procuro aprovechar los únicos ratos que tengo á mi disposicion. Lo malo es que ahora con la vuelta del tuyo, no podremos vernos por las tardes con tanta frecuencia.

CÁNDIDO.

¿Por qué no? ¿pues acaso mi papá me prohibe ninguna diversion racional? Es verdad que yo le pido pocos permisos porque jamas estoy mas contento que en su compañía. Los dos estamos á cual mas entretenido y alegre, y así á cada paso nos andamos buscando el uno al otro.

ANDRES.

¡Esos sí que son buenos padres! ¡Con qué te permite salir cuando y donde te acomode! ¡Qué fortuna!

CÁNDIDO.

Es muy cierto, pero quizá será porque siempre le digo donde voy.

EUGENIO.

Y porque estará seguro de que siempre irá V. donde le dice.

ANDRES.

Lo que no puedo comprender es lo que Vds. hacen cuando estan juntos, que pueda divertir á entrambos en los términos que tanto encareces.

CÁNDIDO.

Yo te lo diré: durante el buen tiempo salimos á pasear todas las tardes.

ANDRES.

¿Hay cosa mas insulsa que dar vueltas de un lado para otro? Yo te confieso que antes de una hora estoy ya fastidiado de pasearme.

CÁNDIDO.

Pues á mí me gusta infinito, y mas cuando uno ha estado toda la mañana sin moverse de la silla. Con la conversacion no se siente el cansancio, y como yo empiezo á conocer tal cual las plantas y las flores, nos entretenemos en buscarlas. ¡Y qué mayor ale-

gria puede haber que la que esperimenta el que halla una desconocida! ¡Qué mejor diversion que observar todas sus partes y caracteres para clasificarla como corresponde! Con este examen recuerda uno cuanto ha aprendido, y vuelve á casa con mayor deseo de herborizar la tarde siguiente.

EUGENIO.

Y en el invierno, ¿cómo pasan Vds. el tiempo despues que anochece?

CÁNDIDO.

Formamos corro á la chimenea y nunca nos falta diversion. Se cuentan historietas, se habla de cosas amenas y curiosas, se tratan puntos de historia natural, de matemáticas ó de geografía. Otras veces cuando conmigo y con mi hermana se reunen dos ó tres amigos hacemos comedias ó dramas cortos, que es lo que mas nos gusta, teniendo la ventaja de ejercitarnos en hablar y presentarnos con desembarazo, que siempre es sacar utilidad de las mismas diversiones.

ANDRES.

¡Pero cuántos malos ratos habrâ que pasar para aprender todas esas cosas!

CÁNDIDO.

Nada de eso: jugando se aprenden.

ANDRES.

Sin embargo donde están los naipes.... ¡Esa si que es diversion! ¿No juegan Vds. de tiempo en tiempo?

CÁNDIDO.

Sí; bastante á menudo; y siempre algun interés aunque corto, porque de otro modo no interesa el juego. Ademas dice papá, que así se acostumbra uno á perder sin tomar por ello pesadumbre, y á jugar con serenidad de ánimo.

ANDRES.

Es verdad, pero si el bolsillo no está bien provisto.....

CÁNDIDO.

En esa parte nada tenemos que desear porque papá nos dá mas dinero que el preciso para nuestras urgencias.

ANDRES.

La verdad: ¿Cuánto suele darte?

CÁNDIDO.

Seis pesetas cada semana.

ANDRES.

¡Cáspita! No es mala asignacion. Bien hay con que divertirse.

EUGENIO.

No será para malgastarlo todo en niñerias.

CÁNDIDO.

No por cierto, que atendemos con ella á varios gastillos de poca monta, por no acudir á papá á todas horas con ciertas pequeñeces. De esta manera se acostumbra uno á ser cuidadoso y económico.

EUGENIO.

No hay duda que contribuye mucho á conocer el valor del dinero el haber de pagar las cosas por sí mismo.

ANDRES.

Sí; pero á mas de la asignacion no faltarán algunas propinejas de cuando en cuando.

CÁNDIDO.

Ya se ve que no: por ejemplo el dia de mi santo suele darme papá seis ú ocho duros cuando menos. Por eso ahora tengo en el bolsillo cinco doblones de oro sin contar algunas pesetas sueltas.

ANDRES.

¿Cinco doblones? ¿No sabrás en que emplear tanto dinero?

CÁNDIDO.

¡Qué! ¿No tengo yo tambien mis gastos? En primer lugar á los chicos del portero de casa les pago mensualmente el maestro que les enseña á leer y escribir: al que me enseñó á mí le tengo señalada una pensioncita cada semana, porque el pobre se ha quedado ciego; compro ademas algunos libros y estampas, y con esto y algun regalito que le hago á mi hermana de cuando en cuando, apenas me queda un repuesto regular que reservo para otras urgencias, verbigracia para jugar cuando se ofrece ocasion.

ANDRES.

Lo mejor es que en el juego tienes buena suerte: el otro dia me ganaste seis reales á la treinta y una en un abrir y cerrar de ojos.

CÁNDIDO.

Pues cree que lo sentí, porque á la verdad no me gusta ganar el dinero á mis amigos. Por otra parte papá no tiene gran afi-

cion á los naipes, y le agrada mucho mas que juegue al chaquete ó á las damas.

ANDRES.

¡Qué cosa tan cansada! Para eso mejor es estudiar, porque no divierten nada, que es lo que uno se propone cuando juega. ¿Y esta tarde tienes que hacer?

CÁNDIDO.

No pienso salir de casa, porque mi padre tiene que escribir un memorial para un pobre labrador, y no puede ir á paseo.

ANDRES.

¡Mejor que mejor! El mio saldrá temprano: ven á mi cuarto á buscarme, y tendremos una tarde divertida, porque espero á Victor y á Estéban con un muchacho italiano que te alegrarás de conocer.

CÁNDIDO.

Está bien: voy corriendo á pedir el permiso á papá: mucho me gusta tratar con viageros, pues siempre instruye su conversacion. ¿Me esperas aquí?

ANDRES.

No, que me vuelvo á mi cuarto no sea que se vayan los amigos. Eugenio me traerá la respuesta.

ESCENA III.

EUGENIO, CÁNDIDO.

CÁNDIDO.

¿Quiere V. venir conmigo, Eugenio? Mi padre celebrará ver á V. porque le aprecia mucho.

EUGENIO.

Lo agradezco infinito, pues nada hay que deba lisongear tanto como el aprecio de un sujeto tan estimable y juicioso. Pero no me siento bueno, y quisiera dar una vuelta por el jardin, si V. lo tiene á bien.

CÁNDIDO.

Quédese V. en buenhora. Tal vez con el ejercicio se sentirá mejor, y yo de todos modos tardaré poco en estar de vuelta.

ESCENA IV.

EUGENIO (*pensativo.*)

No sé ciertamente qué partido tomar. Por una parte quisiera ver á Andres fuera de su apuro; pero dejar que sacrifiquen al pobre

Cándido es una indignidad imperdonable. No hay remedio voy á descubrirlo todo, pues hacer capa á bribones es lo mismo que serlo, y el cómplice no merece menos pena que el malhechor. Pero, aquí viene la hermana de Cándido: veré de darle á entender el riesgo de su hermano sin faltar á la confianza de mi amigo.

ESCENA V.

ANDRES, EUGENIO.

ANDRES.

¡O... Eugenio! ¿aquí está V.? ¿Cómo tan solo? Me habia parecido oir la voz de mi hermano.

EUGENIO.

Ahora mismo acaba de salir.

ANDRES.

Si su compañía no fuese á V. molesta, me alegraria mucho de verle siempre á su lado, pues de ese modo estaria tranquila.

EUGENIO.

Favor que V. me hace, señorita; pero estoy persuadido de que Cándido es tan bueno

y bien criado que nunca puede dar su conducta el menor recelo.

ELENA.

Mientras se acompañe con muchachos de juicio, tiene V. razon; pero si he de decir lo que siento, las cosas que cuentan de los amigos de Andres no son las mas favorables á su opinion; y como veo el ansia que tiene mi hermano por juntarse con ellos....

EUGENIO.

No sé que hasta ahora le haya ocasionado su compañía el menor perjuicio.

ELENA.

Tampoco yo lo sé; pero le conozco bien, y veo que aunque tiene talento, es demasiado crédulo y dócil: piensa que todos son tan buenos como él, y no siendo asi pudieran pervertirle con facilidad. Por otra parte veo que V. no frecuenta el trato de tales señoritos, y esto algun misterio encierra.

EUGENIO.

Bien conoce V. que no siendo rico, no debo contraer intimidad con jóvenes mas acomodados, por no sufrir bochornos.

ELENA.

Pero queriendo V. á Andresito tanto como le quiere, ¿puede V. verle sin susto en tal compañía?

EUGENIO.

Mucho mas satisfecho estuviera, hablando francamente, si se contentara con la amistad de su hermano de V.: sin embargo, uno y otro tienen padres vigilantes y discretos que observarán su conducta, y pondrán con tiempo el remedio conveniente.

ELENA.

No siempre llega á tiempo el remedio. No hay duda que es fácil atajar las consecuencias del mal; pero los primeros efectos no es tan fácil, porque hasta que se esperimentan no suelen temerse.

EUGENIO.

No puedo dudar que V. quiere mucho á su hermano: por lo mismo debo prevenirla el plan de esta tarde, seguro de que no me descubrirá V. en ningun caso. Andres le ha arrancado la promesa de que vaya luego á su cuarto, donde le esperan los amigos consabidos. Es regular que haya juego largo, y.... en una

palabra será muy conveniente que disuada V. á su hermano de semejante visita. Cabalmente me hallo aquí con el objeto de esperar su contestacion; pero bien pensado el asunto, creo que no debo encargarme de darla. Ya no puede tardar en venir á traerla, y así me permitirá V. que me retire, teniendo presente el consejo que la he dado.

ESCENA VI.

ELENA (*sola.*)

Esto se va haciendo un poco serio. ¡Pues, no fuera un dolor que mi hermano, en quien papá tiene todas sus delicias, le preparase ahora un sin número de disgustos y pesadumbres! Fuerza será evitarlo á cualquiera costa.

ESCENA VII.

ELENA, CÁNDIDO.

¡A qué mala ocasion han llegado los amigos de papá á darle la bienvenida! ¡No es bueno que aun no he podido hablarle dos palabras!

ELENA.

¡Lástima fuera que no se privase de la satisfaccion de verlos y hablarlos por darte á tí gusto! Sin duda será cosa de grande importancia lo que tienes que decirle.

CÁNDIDO.

Para mí lo es, como que se trata de ir á divertirme con varios amigos.

ELENA.

¿Apuesto á que vas al cuarto de Andresito?

CÁNDIDO.

Es cierto.

ELENA.

¿Pues; no lo decia yo? Y eso que te tengo dicho mil veces cuánto me incomoda esa tertulia.

CÁNDIDO.

No habia caido en ello, y á fe que siento verte incomodada, porque será capaz de darme un tabardillo de pesadumbre. ¿Mas no podré yo saber cuáles son las prendas recomendables que han de tener mis amigos para que merezcan tu aprobacion?

ELENA.

En dos palabras te lo diré, querido hermano: las mismas que tú tienes.

CÁNDIDO.

Me alegro que estés de tan buen humor.

ELENA.

Tan léjos estoy de chancearme, que te lo digo con toda formalidad. Tú eres á todas luces un muchacho excelente, y sobre todo muy amable: ¿podrá haber quién ponga duda en ello?

CÁNDIDO.

Vamos: déjate de misterios y háblame claro.

ELENA.

No sé qué mas claro he de hablar. A fe que las voces que he empleado son harto sencillas para que nadie pida esplicaciones, y menos un muchacho instruido como tú. Lo que digo es, que eres un jóven bien nacido, sensible, honrado y muy atento con todo el mundo, menos con tu hermana.

CÁNDIDO.

Porque mi hermana es una burloncilla que se divierte en hacerme rabiar, y se tiene por mas prudente y avisada que yo.

ELENA.

Ahora veo que entre las virtudes de mi

hermano se me olvidó hacer mencion de la modestia.

CÁNDIDO.

Vaya, déjate de habladurias, y díme qué tienes que decir de Andresito. ¿Le conoces tú acaso para ponerle faltas?

ELENA.

Procuro conocerle por sus obras.

CÁNDIDO.

¿Te manda recado para que vayas á presenciarlas?

ELENA.

No es necesario tanto; basta saber qué amigos tiene para formar juicio de lo que él será.

CÁNDIDO.

Eso es decir que te disgusta, porque yo le trato, y entro en el número de sus amigos. ¿No es esto?

ELENA.

¡Ea! No te piques sin motivo. Yo no hablo de tí, sino de otros mas antiguos que le acompañan á todas horas, los cuales si he de repetirte lo que dice todo el mundo, son gente despreciable.

CÁNDIDO.

¿Por qué razon?

ELENA.

Porque no hacen mas que jugar, y quitarse el dinero unos á otros, adquiriéndolo mal, y gastándolo peor. ¿Lo entiendes?

CÁNDIDO.

¿Qué jueguen y se diviertan cuando estan reunidos es alguna cosa nunca vista? Tambien jugámos nosotros cuando se nos antoja, y gastamos el dinero como nos parece. ¿Te figuras que no les he visto yo, ni sé lo que juegan? Más te digo, algunas veces les he ganado.

ELENA.

Lo creo: les habrás ganado algunos cuartos, pero ellos te ganarán duros y aun doblones.

CÁNDIDO.

¿Y á tí que te importa? ¿Han de salir de tu bolsillo ó del mio? ¡Es buen empeño por cierto el de mi hermana! Cuanto más hago yo por tenerla contenta, mas se afana por aguar mis diversiones.

ELENA. (*Tomándole de la mano.*)

No, Cándido mio; nadie tiene mayor gusto que yo en que te diviertas; pero por lo mismo no

tendria consuelo si viciando tus buenas calidades, te hicieran perder el sosiego, y á mí el gusto de amarte como te amo.

CÁNDIDO.

Bien sé que me quieres, y yo no te quiero menos; pero no sabes cuanto me mortificas dando á entender la poca confianza que tienes en que sepa gobernarme.

ELENA.

No serias tú el primero, que á pesar de su confianza hubiese caido en el lazo.... pero papá viene.

ESCENA VIII.

DON AMBROSIO, ELENA, CÁNDIDO.

DON AMBROSIO.

¿Aquí estais, hijos mios? Sabed que acabo de tener una de las mas dulces satisfacciones que he disfrutado en mi vida, y es la de volver á ver á mis amigos, recibiendo mil pruebas de su fino afecto.

ELENA.

No lo estraño, papá. ¿Cómo es posible que ninguno que conozca á V. deje de amarle?

DON AMBROSIO.

¿Y vosotros habeis tenido mucho gusto en verme?

CÁNDIDO.

No hay voces bastantes para encarecerlo. Como V. nos quiere tanto, y nos trata con tanta afabilidad, todos los instantes pensábamos en V., y llorábamos como dos chiquillos.

ELENA.

Estábamos como sin sombra: el estudio, el paseo, los juguetes, nada nos distraía.

DON AMBROSIO.

Pues, hijos, no hay remedio; es menester que os vayais acostumbrando á vivir sin mí, porque segun el órden regular de las cosas, debo ser el primero que salga del mundo.

ELENA.

¡Por Dios, papá, no quiera V. afligirnos con ideas melancólicas en unos momentos en que debe ser tan grande la alegria de vernos juntos!

CÁNDIDO.

El cielo querrá que aun viva V. cuantos años sean precisos para vernos colocados y dichosos. Pero no hablemos mas de cosas tris-

tes. ¿Sabe V. que tengo que pedirle un favor?

DON AMBROSIO.

¿Aquí se reduce? Veamos.

CÁNDIDO.

¿Ya conoce V. á Andres, el hijo del señor que vive en el entresuelo? pues ha venido á convidarme para que vaya á divertirme con él á su cuarto.

DON AMBROSIO.

¡Ola! No sabia yo que hubieses contraido esa nueva amistad: me alegro que se te haya proporcionado tan buena compañía sin tener que salir á la calle.

ELENA.

Tan buena compañía. ¿Lo entiendes, Cándido?

CÁNDIDO.

Yo le tengo por buen muchacho, y no se puede negar que su trato es muy amable. Ya nos hemos visto unas cuantas veces, y me ha dado á conocer á otros dos ó tres amigos suyos.

ELENA.

¿Supongo que serán tambien buenos muchachos? ¿Eh?

CÁNDIDO.

Ya se vé que lo son. ¿Si los conoceré yo mejor que tú?

DON AMBROSIO.

Lo que yo quiero decir es, si son quietos, bien criados.....

CÁNDIDO.

Si, señor: muy pacíficos, muy atentos.

DON AMBROSIO.

Buenos, aplicados, puntuales en el cumplimiento de sus deberes?

ELENA.

¿Cómo quiere V. que en dos ó tres ratos que los ha visto de paso pueda estar enterado de sus calidades?

CÁNDIDO.

No, Elena, no: que ya los he visto cuatro veces, y cada una de ellas ha durado media hora.

DON AMBROSIO.

¿Y de qué modo hicisteis las amistades?

ELENA.

Creo que jugando.

CÁNDIDO.

Pero el juego no ha durado siempre, que

gran parte del tiempo la pasamos en conversacion.

ELENA.

¿Y sobre todo tú no jugarias?

CÁNDIDO.

Si, señora, que jugué: ¿y por qué nó, si tenia licencia de papá?

DON AMBROSIO.

Así es. Yo te permití el juego por via de descanso despues de la tarea diaria, que siempre deja un poco fatigada la cabeza; pero se entiende que ha de ser un juego, en que el interés que se atraviese no pueda causar incomodidad en el que pierda, ni escitar la codicia del que gane en términos que el gusto de jugar degenere en pasion. Por ejemplo, el que solemos jugar entre nosotros, divertido, inocente, sin miras codiciosas, y en ratos que no esten destinados á mas útiles ocupaciones.

ELENA.

A mí me parece, papá, que no hay momento alguno, que no pueda emplearse con mas utilidad que jugando.

CÁNDIDO.

¿Pero ha de estar uno siempre, siempre sobre los libros? Eso es imposible.

DON AMBROSIO.

No, Cándido; no dice mal tu hermana. Es indudable que si todas las tertulias se compusieran de personas capaces de sostener una conversacion sobre cualquiera materia instructiva, ó sobre puntos amenos en que se ejercitase el ingenio de los concurrentes, no seria preciso echar mano del juego, como único recurso de los ratos de ociosidad. Mas cuando no hay otro medio de no fastidiarse, que el de emplear palabras ociosas, ó hacer alusiones malignas acerca de nuestro prógimo, bien sabeis que acostumbro proponer una partida, y yo mismo tomo cartas con vosotros.

ELENA.

Sin duda Vds. cuando juegan, lo hacen tambien por evitar murmuraciones. ¿No es verdad?

CÁNDIDO.

¿Pero tú qué autoridad tienes para hacerme preguntas y mas preguntas?

DON AMBROSIO.

No te enfades por eso con ella, pues desea informarse, por lo mismo que te quiere bien.

CÁNDIDO.

¡Quién sabe si lo hará por malquistarme con V. inspirándole recelos sobre la honradez de los amigos que trato!

DON AMBROSIO.

Estraño que pienses tan mal de tu hermana.

ELENA (*mirándole con ternura.*)

¡Es Posible, Cándido, que me hagas tan poco favor!

CÁNDIDO (*enternecido.*)

Perdona, Elena mia: confieso que te he ofendido sin razon, pero dime tú misma si no son tus sospechas injuriosas.

DON AMBROSIO.

Tal vez tendrán algun fundamento que ignoramos. Examinemos el asunto con serenidad aunque solo sea para que Elena reconozca su injusticia en caso de ser infundadas sus sospechas. Entre nosotros que nos apreciamos tanto recíprocamente no parecen bien las des-

confianzas. ¿No es cierto, hijos mios? (*Elena y Cándido le toman de la mano.*)

ELENA.

Muy cierto, papá; pero á pesar de serlo, nosotros nos incomodariamos á cada paso, si la bondad de V. no atajara nuestros injustos arrebatos.

CÁNDIDO.

¿Cómo podremos olvidar jamas el tono amistoso que V. emplea en sus amonestaciones, pudiendo usar de la severidad de padre?

DON AMBROSIO.

Quiero convenceros con la sola fuerza de la razon, sin que me obligueis á valerme de mi autoridad. No temo que en ningun tiempo me falteis por esto al respeto y atenciones que me debeis, pero creo que lo sentiria menos, que el que usaseis conmigo el lenguage del miedo y disimulo dejando de confiarme con total franqueza vuestros sentimientos. Para mí no debeis tener secretos: depositad en mi pecho todos vuestros cuidados, con la seguridad de que sabré perdonar como amigo las faltas que receleis confesar á un padre.

ELENA.

El mio es tan indulgente y bondadoso, que no espero ocultarle cosa alguna en mi vida.

CÁNDIDO.

¿Qué motivo puede haber para disimular á V. nuestras faltas? Tal vez merecerán algun castigo ó reprension saludable; pero no por eso perderemos el cariño que V. nos tiene.

DON AMBROSIO.

Mucho me lisongea el que tengais formado ese concepto de mí, y os aseguro que mientras dure en vosotros esa confianza y cordialidad, jamas podré verme en precision de castigaros como padre, porque mi prevision os preservará de todo riesgo, ó bien os proporcionará medios de salir de aquel en que hubieseis caido. Pero es menester para lograrlo estar impuesto en los antecedentes. Así diga Elena sin rebozo cuanto tenga que advertir acerca de los amigos de su hermano.

ELENA.

Tengo entendido que aquellos señoritos no tienen la mejor conducta, infiriéndolo de que siempre estan con los naipes en la mano.

CÁNDIDO.

¿Pero de qué lo sabes?

ELENA.

Sea quien fuere el que me lo ha dicho, lo importante es saber si el hecho es cierto ó no.

DON AMBROSIO.

Sepamos primero cuál es su juego favorito.

CÁNDIDO.

¡Oh! El que frecuentemente jugamos es muy divertido y no fatiga la atencion: se llama la treinta y una.

DON AMBROSIO.

Si he de decir la verdad, no me gusta gran cosa.

CÁNDIDO.

No sé porqué, papá: es el juego mas inocente y sencillo del mundo, pues se reduce á que si uno tiene treinta y una ó se aproxima á este número mas que cualquiera de los puntos, gana, y si nó, pierde.

DON AMBROSIO.

¿No sabes que es uno de los juegos que se llaman de azar?

CÁNDIDO.

¿Será porque es efecto de la suerte el per-

der ó el ganar; ¿pero no sucede lo mismo con los demas juegos?

DON AMBROSIO.

Sí; pero con la diferencia, de que en este la casualidad decide por sí sola, en vez de que en los juegos carteados se emplean combinaciones acertadas, por cuyo medio se evitan ó se enmiendan los efectos de la mala suerte, ejercitandose el discurso de los jugadores. Para los primeros bastan los dedos y los ojos: el entendimiento está demas. Mira tú si puede ser digna de un hombre sensato una diversion en que el ingenio no tiene la menor parte.

ELENA.

Ni comprendo yo cómo pueden divertir semejantes juegos.

CÁNDIDO.

Muger, no digas eso. Si tú supieras lo que es estar uno esperando una carta, recibirla á ciegas, y encontrarse de pronto con el número que completa treinta y una....

DON AMBROSIO.

Todo ese aliciente consiste en el ansia de ganar; en una palabra, en la codicia.

CÁNDIDO.

Tampoco los demas juegos se reducen á otra cosa que á ganar ó á perder.

DON AMBROSIO.

Es verdad; pero se señalan por lo comun ciertos límites, para que ni se entregue la esperanza á deseos desmedidos, ni causen las pérdidas la ruina de los jugadores. Fuera de que la habilidad tiene en cierto modo encadenada la suerte, como ya te he dicho. Por otra parte no es tan comun en los juegos carteados el riesgo de ser estafado por infames tahúres como en los otros.

CÁNDIDO.

¿Pero de qué medios pueden valerse para ello? A mí me parece cosa imposible.

ELENA.

Yo lo que creo es que saben disponer las cartas del modo que les conviene.

DON AMBROSIO.

No hay duda: en eso está su secreto. Ahora, si me preguntas cómo lo hacen, no sabré decírtelo; porque ni he sido jugador, ni he tratado en mi vida con gente de esa profesion.

Pero el hecho es cierto, y en mis viages he visto ejemplares horrorosos.

CANDIDO.

Cuéntenos V. alguno, papá.

DON AMBROSIO.

Con mucho gusto. —Hallándome en los baños de Spá (*) conocí á un ingles muy jóven, que no solo perdió en una noche el dinero con que habia de costear su viage por Europa, sino todo su caudal que pasaba de cien mil duros.

ELENA.

¡Jesus, qué locura! ¿Y cómo se compuso despues para mantenerse?

CANDIDO.

Estaria el infeliz medio desesperado.

DON AMBROSIO.

No medio, sino tan completamente despechado al verse perdido y sin la menor esperanza de recuperar tan enorme pérdida, que parecia un loco. ¡Qué miradas tan terribles! ¡Qué rechinar los dientes! ¡Qué arrancarse los

(*) Baños muy concurridos en un pueblo de este nombre cerca de Lieja en los paises bajos.

cabellos! Despues se quedó como pasmado sin hablar palabra, y respirando con la misma fatiga que un moribundo. Por último se levantó de pronto de la silla, y se salió disparado de la casa del juego.

CÁNDIDO.

¿Y dígame V, papá, entre los que le ganaron su caudal, no hubo uno siquiera que de compasion le volviese el dinero? Yo por no verle así, le hubiera dado el mio de buena gana.

DON AMBROSIO.

¿Volverle el dinero? ¡Qué disparate! Ninguno se movió de la silla, antes bien siguieron jugando con la mayor indiferencia, mirando de tiempo en tiempo de reojo á aquel infelíz con cierta sonrisa de satisfaccion, y aun de menosprecio.

ELENA.

¡Qué gente tan malvada! Apuesto que desde entónces no hubo alma viviente que quisiese volver á jugar con ellos.

DON AMBROSIO.

¡Ay, hija! ¡Cómo se echa de ver que no conoces la ceguedad de los hombres! No uno,

sino ciento se atropellaron á ocupar su lugar. Pero aun no os he dicho lo mas horroroso de este suceso: al dia siguiente se supo que aquel infeliz, adornado de mil habilidades y otras prendas muy recomendables, de hermosa presencia y en la flor de su edad, se habia tirado en un pozo.

ELENA.

¡Qué desgracia!

CANDIDO.

Grande fué el desatino que hizo en arruinarse jugando, ¿pero cuánto mayor es quitarse la vida? Una vez que era tan jóven, y con las circunstancias que V. pinta ¿no pudiera muy bien haber adquirido medios decentes de vivir?

DON AMBROSIO.

Ahí verás cuán fácil es que una sola flaqueza nos llegue á trastornar el juicio hasta conducirnos á la mas espantosa desesperacion. Sin duda no tuvo esfuerzo para soportar la idea de verse abismado en la mayor miseria desde la cumbre de la fortuna. Despues se supo tambien que estaba contratado por sus padres su casamiento con una señorita rica y virtuosa de

su pais, con quien hubiera gozado una felicidad envidiable.

ELENA.

¡Qué lástima me dá esa pobre señorita por lo que padeceria al saber tan triste suceso! En parte no merece su novio que se le tenga compasion por haberla olvidado.

DON AMBROSIO.

Sin duda la vergüenza de presentarse á ella pobre y miserable por su mala conducta, manifestando que en su corazon habia tenido mayor imperio la pasion del juego que los sentimiento de estimacion, que debia tenerla, irritaron su orgullo hasta precipitarle en una desesperacion criminal, creyendo que con la muerte tendrian término los tormentos de su conciencia.

CANDIDO.

¡Ah, padre mio! Yo le prometo á V. que no volveré á tomar en mi vida una carta en la mano. Desde aquí voy á buscar á Andres y á decirle....

DON AMBROSIO.

Aguarda, hijo; ten un poco de paciencia, y no seas tan precipitado en tus resoluciones. No

hay razon para renunciar de todo punto á una diversion honesta porque sus excesos puedan ser peligrosos. Ya te he dicho antes de ahora que un juego lícito y moderado era una cosa agradable, inocente y hasta provechosa.

ELENA.

El provecho que se sigue de jugar es el que yo no veo.

DON AMBROSIO.

La utilidad consiste en que aprendemos á moderar nuestro mal humor, y á sobrellevar con fortaleza los reveses de la fortuna.

ELENA.

¿Lo oyes, Cándido? Eso quiere decir, á no estar tan satisfecho y triunfante cuando ganes, y á no dejar caer la cabeza y poner mal gesto cuando pierdas.

DON AMBROSIO.

Lo que hay que hacer es reflexionar de antemano si se halla uno en estado de soportar la pérdida á que se expone, sin que aquel dinero le haga notable falta. De este modo se conserva siempre en pérdidas y ganancias aquella serenidad inalterable, aquella noble

indiferencia que acreditan no ser nuestro corazon esclavo del vil interés.

CANDIDO.

Yo, gracias á Dios, no soy nada codicioso; pero á trueque de escusarme rabietas y desazones, mejor seria no ver á Andres ni á sus amigos.

DON AMBROSIO.

Esa es otra debilidad que no te hace favor. ¿Quién quita que los veas y no juegues?

CANDIDO.

No, señor, no: me precisarán á jugar quiera ó no quiera. ¡Sí que no los tengo bien conocidos!

DON AMBROSIO.

Pues bien, juega y condesciende con ellos sin reparo alguno: con eso los conocerás mejor, y sabrás si debes apetecer su trato ó huir de ellos para siempre. Pero en vez de ir al cuarto de Andres, seria mejor que los convidases á venir acá. Diles que tu hermana quiere jugar tambien.

ELENA.

¿Quién, yo, papá? Ni por pienso.

DON AMBROSIO.

Sí, que yo te lo permito.

ELENA.

¿Y si me ganan el dinero?

DON AMBROSIO.

No te dé cuidado que yo te le volveré. Puedes decirles tambien que esperas á un amigo que tal vez jugará con ellos. ¿Entiendes Cándido?

CANDIDO.

Pero si yo no aguardo á nadie, ¿quiere V. que vaya mintiendo?

DON AMBROSIO.

¡Qué! ¿No hay en casa ningun amigo tuyo? Estaba en la inteligencia....

ELENA.

¿Por qué te quedas parado? ¿No comprendes que papá lo dice por sí mismo?

DON AMBROSIO.

Claro está, y me parece que en punto á nuestra amistad estábamos acordes ahora mismo, si no me engaño.

CANDIDO.

¡Bueno es eso! ¿con qué entrando V. en la partida, cree V. que vengan ellos á jugar conmigo? ¡Qué disparate!.....

DON AMBROSIO.

¿Por qué no? Sin embargo no les digas quien es el tal amigo: con eso vendré yo en concluyendo el memorial, y veré lo que conviene hacer. Entretanto pónganse Vds. á jugar, y no te niegues á nada de cuanto te propongan. Pierdas ó ganes, tienes desde ahora mi aprobacion para todo.

CÁNDIDO.

Pues siendo así voy al momento á convidarlos.

DON AMBROSIO.

Sobre todo no dejes de traer á Eugenio, que quiero comprobar si merece los elogios que le dan sus maestros, y tú has encarecido muchas veces.

ELENA.

Y con mucha razon, papá. ¡Oh! Eugenio es un buen muchacho. Cuando yo se lo digo á V.....

CÁNDIDO.

¿Y dónde quiere V. que dispongamos la partida? ¿Le parece á V. bien que sea en el jardin?

DON AMBROSIO.

No hay inconveniente: el tiempo está hermoso, y en el cenador se estará muy bien. Hasta luego.

ESCENA IX.

DON AMBROSIO, ELENA.

DON AMBROSIO.

Mira, Elena: ten cuidado de no apartarte de tu hermano, pues tal vez le harán al caso tus consejos.

ELENA.

Para eso mas al caso le harian los de V. que los mios.

DON AMBROSIO.

¿Pues qué hay?

ELENA.

¿Qué se yo? pero por ciertas indirectas que soltó Eugenio, se me figura que los otros tienen armado algun enredo para sacarle el dinero á mi hermano.

DON AMBROSIO.

No me pesará que caiga en la trampa. Deja que vengan esos tahúres, que yo los ob-

servaré escondido detras del cenador. Tú no te des por entendida aun cuando veas sus fullerias claramente.

ELENA.

Como yo las perciba, mucho trabajo me costará el contenerme. ¿Cómo quiere V. que pueda aguantar que se rian de mi hermano, abusando de su buena fe?

DON AMBROSIO.

Eso nada importa con tal que llegue á desengañarse por sí mismo, que es lo que me propongo. Así en lo sucesivo será mas cauto en contraer amistades, y tal vez quedará libre para siempre de la pasion funesta del juego, á que descubre no poca inclinacion.

ELENA.

No sé como le pasa por la imaginacion el tomar la baraja en la mano. Si él se conociera?... Es tan crédulo, que á cualquiera le da gana de engañarle, y tan arrebatado, que al primer reves se le amontona el juicio y no sabe lo que se hace.

DON AMBROSIO.

Ese es ciertamente su carácter. Por cierto que no te creia tan sagaz para conocer á los hombres

ELENA.

Preciso es que uno procure conocer á fondo las personas que le interesan.

DON AMBROSIO.

Me parece que oigo pasos hácia la puerta del jardin. Ya se ve: se darán prisa á venir por no perder el lance.

ELENA.

En efecto, allí vienen.

DON AMBROSIO.

Pues adios, que yo me escapo por entre las parras, y dando la vuelta iré á colocarme detras del cenador.

ESCENA X.

ELENA.

Deseando estoy saber el paradero de esta tramoya. ¡Ah, hermano mio! ¡Tal vez estará pendiente de sus resultas la felicidad de toda tu vida!

ESCENA XI.

ELENA, CÁNDIDO, ANDRES, EUGENIO, ESTEBAN, VICTOR Y GENARO.

ANDRES (*á Elena.*)

Sentiremos mucho incomodar á V., señorita, pero Cándido se ha empeñado en que vengamos....

CÁNDIDO.

¿Incomodarla? Nada de eso: antes bien creo yo que nos hará compañía con el mayor gusto.

ELENA.

Ciertamente, si Vds. no tienen reparo en admitirme.

VICTOR (*un poco cortado.*)

Lo tendremos á mucho honor.

GENARO (*al oido á Andres.*)

¡Qué fastidio! Verás como por cortesía tenemos que jugar al juego que se le antoje. No sé porque hemos venido acá.

CÁNDIDO.

¿Y quién sabe si ademas vendrá á acompañarnos otro amigo?

ESTEBAN.

¿De veras? ¿Y quién es?

CÁNDIDO.

Ya le vereis, y á fe que tiene bien prevenido el bolsillo.

ANDRES (*aparte.*)

Eso es lo que queremos.

ELENA.

Si á Vds. les parece, podremos jugar aquí mismo.

EUGENIO.

¡Gran pensamiento! Así podré yo pasearme á mi sabor.

ESTEBAN.

¿Qué? ¿No juegas?

EUGENIO.

No, amigo, porque ni sé jugar, ni tengo dinero de sobra para perderle en pocos minutos.

GENARO.

Si por fuerza hubiera uno de perder, tendria V. razon.

EUGENIO (*mirándole de hito en hito.*)

Creo que jugando con V. perderia forzosamente, porque le tengo á V. por demasiado diestro.

CÁNDIDO.

Si gano, yo te prometo volverte el dinero.

ANDRES.

Yo tambien.

ESTEBAN Y VICTOR.

Nosotros lo mismo.

EUGENIO.

Lo estimo; pero no me hagan Vds. tan poco favor. Eso de jugar para quedarse con las ganancias, y no esponerse á las pérdidas, no es nada decoroso, á menos que todos se convengan en devolver el dinero que ganen, y en tal caso es inútil jugar.

ELENA.

Dice V. muy bien, Eugenio.

EUGENIO.

Por mí nadie se incomode. Vds jugarán, y yo seré mero espectador, ó me pasearé por el jardin.

ELENA.

Mi papá siente no poder venir á saludar á Vds.; pero me ha encargado que les reciba como corresponde. (*manifestando alegria.*) Voy á pedir barajas á Justina.

GENARO.

No se incomode V., señorita, que yo las traigo.

CÁNDIDO.

¿Cómo? ¿Las traes siempre contigo?

GENARO.

Son mis libros de diversion.

ELENA.

¿Pero siempre serán menester tantos?

GENARO.

Lo que es tantos no nos vendrian mal, aunque con el dinero pudieran escusarse.

ANDRES (*al oido á Genaro.*)

¿No sabeis ya que no tengo sino unos cuartos? (*alto.*) No: mejor es jugar con fichas para no perder el tiempo en las cuentas. Así, háganos V. el favor, Elenita, de tomarse la molestia.....

ELENA.

Voy por la caja. Cándido, ven conmigo. (*Vase Cándido con Elena: los demas entran en el cenador, menos Eugenio que se va como paseando.*)

ESCENA XII.

ANDRES, ESTEBAN, VICTOR, GENARO.

VICTOR.

Siento que se arme la partida en este sitio.

ESTEBAN.

Una vez que no está en casa el padre de Cándido, nada nos importa.

GENARO.

De todos modos mejor hubiera sido no aceptar el convite.

ANDRES.

¿Qué mas tiene jugar aquí que en mi casa?

ESTEBAN.

Quitémosle los cuartos á Cándido, que despues podemos ir nosotros á jugar donde nos acomode.

VICTOR.

Quizá conseguiremos tambien aliviar de peso á su hermana.

GENARO.

¡No que no! Ya estamos en eso; ¡pero cuidado con tener prudencia! Empezaremos po-

niendo el tanto á medio real y despues doblaremos.

ANDRES.

Cuenta con no olvidar lo que me habeis ofrecido.

GENARO.

¡Qué desatino! Ya se entiende que entre nosotros no se juega mas que fichas sin valor alguno. Dejadme arreglar las barajas en términos que al principio perdamos para engolosinarlos.

ANDRES.

Primero es menester que me proveais de un fondo para que yo juegue, porque el otro dia me pelasteis de tal modo, que mi caudal no pasa de doce cuartos.

GENARO.

¿Para qué? Hasta el fin no se hacen las cuentas, y entonces ya habrá suficiente ganancia para todo, si sabemos entendernos.

VICTOR.

¡Cuánto diera yo porque el amigo de Cándido viniera pronto! Con esto tendriamos un pollo mas que desplumar.

ESTEBAN.

No hay duda que estos muchachos instruidos son unos simplones que se dejan engañar facilmente.

GENARO.

No seria malo que empezásemos, para que despues al volver, nos encuentren ya jugando. (*saca la baraja*) ¡Ea! Voy á disponer las cartas de manera que seais los primeros á perder. (*arregla los naipes.*) Ya están listas: ahora lo vereis. (*reparte tres cartas á cada uno, una por una.*) Vamos, Andres, tú eres mano.

ANDRES.

Carta.

GENARO (*echándole una.*)

Ahí está.

NADRES.

Pasé.

GENARO (*á Victor.*)

¿Y tú pides carta, ó no?

VICTOR.

Sí, echa una. (*Genaro la echa.*) Me planto.

GENARO (*á Victor.*)

Yo tambien. ¿Qué punto tienes?

VICTOR.

Veintinueve.

GENARO.

Yo gané, que tengo treinta. ¿Lo veis? Si hubiera querido perder, nada me costaba haciendo lo contrario de lo que acabo de hacer, porque tengo juntas todas las figuras y aparte las cartas chicas y saco la que me acomoda. Las dos primeras manos haré que ganen esos mentecatos para engatusarlos mejor.

ANDRES.

¿Pero cómo diantres te compones?

GENARO.

Amigo, la maña lo hace todo. A su tiempo te enseñaré el secreto, pues yo nada oculto á mis amigos despues de ganarles el dinero. Luego tú se lo ganarás á otros y estamos pata, pero antes me has de pagar el doblon que me debes. Estas lecciones cuestan caro; y si no, pregúntaselo á mis discípulos Estéban y Víctor, bien que ya pueden volar solos segun lo adelantados que estan. Pero ya está ahí, Elena: pongámonos á jugar con disimulo.

ESCENA XIII.

ELENA, ANDRES, ESTEBAN, VICTOR, GENARO.

ELENA.

(*Poniendo sobre la mesa una caja de juego.*) ¡Ola! parece que Vds. no quieren perder tiempo.

GENARO.

Estaba enseñando á Andresito un juego que no sabia.

ANDRES.

V. será de los nuestros, Elenita; ¿no es verdad?

ELENA.

Conforme: quizá no sabré el juego á que Vds. van á jugar y entónces.....

VICTOR.

Si ės la treinta y una; el juego mas fácil del mundo.

ESTEBAN.

Anque V. no lo haya visto en su vida, en dos palabras quedará V. impuesta, y podrá alternar con nosotros sin la menor desventaja.

ELENA.

Saberle, ya lo sé: pero siempre es una temeridad en mí ponerme á jugar con Vds. que son tan diestros. Sin embargo por dar á Vds. gusto....

ANDRES.

Para nosotros lo será muy grande.

VICTOR.

Seguramente: aun cuando V. nos ganara cuanto tenemos.

ELENA (*sonriéndose.*)

No me propongo otra cosa.

ESTEBAN. (*con aparente sencillez.*)

Aunque así fuera, no echaria V. coche con la ganancia. Jugamos muy corto interés.

ANDRES.

Vaya: ¿qué hacemos? Estan Vds. perdiendo el tiempo en charlar lastimosamente.

GENARO.

¿Pues qué? ¿No hemos de esperar á don Cándido? ¿Te parece regular que recibiéndonos él en su casa le dejemos en blanco? Justo es que tambien se divierta.

CÁNDIDO (*de léjos.*)

Ya estoy aquí. Vayánse Vds. colocando en sus puestos.

ANDRES (*saliéndole al encuentro.*)

Vamos, hombre, que solo por tí esperamos.

CÁNDIDO (*saliendo.*)

Gracias, caballeros.

VICTOR.

Empecemos por repartir las fichas. ¿Cuántas á cada uno?

ESTEBAN.

Diez de las largas, que valen igual número de tantos cada una, y luego nueve redondas que valdrán diez tantos cada una, y todas compondrán ciento. (*Víctor hace la distribucion.*)

ANDRES.

¿Y á cómo jugamos el tanto?

GENARO.

Eso lo dirá esta señorita.

ELENA.

A lo que Vds. acostumbran jugarle.

CÁNDIDO.

La última vez le jugamos á medio real, pero no se pueden poner mas de cuatro cada mano.

ELENA.

Bien; á medio real jugarémos.

ANDRES (*á Victor.*)

¿Si acabarás hoy de contar?

VICTOR.

Ya estamos corrientes. (*empieza el juego; Genaro da cartas y hace su punto, luego siguen Víctor y Estéban, disponiéndole de modo que la primera mano gana Cándido y la segunda Elena.*)

ELENA.

Vamos: si esto sigue así, pronto me hago rica.

GENARO.

Mientras no subamos el punto, no crea V. que nos arruinará tan pronto.

VICTOR.

¿Pues hay mas que ponerle á real?

CÁNDIDO.

Por mí no hay inconveniente. Primero que Vds. me desocupen este, trabajo les mando. (*Saca el bolsillo y hace sonar el dinero; Estéban y Victor se miran uno á otro con sonrisa; Genaro observa el bolsillo de medio lado, y Andres lo contempla con ansia.*)

ELENA.

No nos vengas con baladronadas, que el mio no está menos repleto.

GENARO.

Pues siendo así, mejor es pagar lo perdido hasta ahora y repartir los tantos de nuevo para evitar confusion acerca de las fichas que importan medio real, y las que valen uno. Ahí está la peseta que he perdido, y vengan mis ocho fichas.

ESTEBAN.

Este es mi dinero y vengan acá las mias.

CÁNDIDO.

Tómalas.

ELENA.

Aquí estan las de V., Genaro. Otras dos pesetas ha perdido V. Andresito.

VICTOR (*á Cándido.*)

Las amarillas son mias. Tenga V. su importe. Otro tanto digo á V., señorita, (*á Elena.*) ahí está mi dinero.

ELENA.

Pues yo pensé que las de V. eran las verdes.

VICTOR.

Esas son de Andresito.

ELENA.

Aquí las tiene V.

ANDRES.

Importan cuatro reales: aquí hay uno y medio: debo á V. dos y medio; al fin cambiaré un duro y arreglaremos la cuenta.

ELENA.

¡Bien está! Me lo deberá V., y no andaremos con picos.

CÁNDIDO.

El resultado es que mi hermana ha ganado ocho reales, y yo otros tantos.

ESTEBAN.

Yo siempre pierdo: eso es cosa sabida.

ANDRES.

¡Con qué de aquí adelante á real cada ficha! ¿No es esto?

CÁNDIDO.

En eso hemos quedado.

GENARO.

¡Ea! pues vuelvo á empezar á dar cartas. Tú alzas. (*Alza, Cándido, que estará á su izquierda.*)

ESCENA XV.

Don Ambrosio y los dichos, y detras Eugenio que vuelve de su paseo. Al ver á Don Ambrosio se levantan todos, y Andres, Genaro, Víctor y Estéban se miran atónitos unos á otros.

DON AMBROSIO.

¡Quieto todo el mundo, caballeros! No hay que incomodarse.

CÁNDIDO.

Sentémonos, si Vds. gustan, que papá no viene á interrumpir nuestra diversion. ¿No habia dicho yo que esperaba otro amigo? Apuesto á que á poco que se lo roguemos, se pone á jugar con nosotros: ¿no es verdad papá?

ELENA.

No fuera malo que le limpiaramos á V. el bolsillo, que algo mas tendrá que los nuestros. Estos señores lo estimarian mucho.

DON AMBROSIO.

Por mí no hay inconveniente: ya sabeis que á cosas regulares nunca me niego. Pero

antes sentémonos todos. (*Los jugadores se manifiestan muy turbados, y hacen ademan de marcharse; pero don Ambrosio los detiene.*) = ¿Qué es esto? ¿Tienen Vds. miedo de jugar conmigo? pues á fé que no soy por cierto ningun tahúr. (*siéntanse todos.*) V. iba á dar cartas (*á Genaro*) sino me engaño. Siga V. en horabuena; pero antes veamos si la baraja está cabal. (*Genaro intenta dejar caer las cartas; mas don Ambrosio las toma y examina.*) ¡Cosa rara! Las figuras están todas juntas. ¡Y qué baraja tan turronera! ¿Por qué has traido unos naipes tan sucios, Elena? Venga acá la caja y sacarémos otros mejores.

ELENA.

Yo no he tenido la culpa, papá. Esta baraja la ha traido el señor, (*á Genaro*) y cuando yo llegué con las nuestras, ya estaban jugando.

DON AMBROSIO.

¡Ola, Eugenio! Me alegro de ver á V. ¿pero, qué es eso? ¿V. no juega?

EUGENIO.

No, señor; me contentaré con ser miron: ya sabe V. que mis medios son escasos.

DON AMBROSIO.

Esa conducta es muy laudable. ¡Vaya! Tenga V. una baraja nueva. (*á Genaro que la toma temblando.*) ¿A qué se jugaba?

CÁNDIDO.

A la treinta y una, á real la ficha.

ELENA.

Tenga V. entendido que no pueden pararse de una vez mas de cuatro. Aquí tiene V. su dote de cien fichas como los nuestros.

DON AMBROSIO.

Está bien; pero cien fichas componen cien reales, y es menester cerciorarnos de que todo el mundo tiene con qué pagar si las pierde. ¡Ea, señores! Veamos sus bolsillos. Empecemos por V. Andresito, una vez que está á mi derecha. (*Andres se queda cortado.*) ¿Qué tiene V.? ¿se ha puesto malo?

ANDRES (*temblando.*)

Si, se-ñor. Per mí-ta-me V. que... (*Esteban y Víctor se ponen muy colorados, y Genaro baja la vista mordiéndose los labios.*)

DON AMBROSIO.

¿No me dirán Vds. qué significa esta consternacion general? El uno se pone pálido, y

no acierta á hablar palabra; los otros están encendidos, y el señor turbado. ¿Qué viene á ser esto?

CÁNDIDO.

Yo no sé qué les ha dado á todos tan de repente.

DON AMBROSIO.

Yo te lo esplicaré muy pronto. Esos son efectos de una conciencia dañada. ¡Gracias que no está aun tan empedernida, que sepa ocultarse con la máscara de la serenidad, ó de la inocencia!

CÁNDIDO.

Por Dios, papá, no diga V. eso, que es una equivocacion. Cabalmente mi hermana y yo somos los únicos que hemos ganado.

GENARO (*recobrandose algun tanto.*)

Así es la verdad; y todos, á escepcion del señor (*por Andres*) hemos pagado puntualmente.

ANDRES.

Porque Vds. á fuerza de trampas me habian ganado cuanto tenia.

DON AMBROSIO.

Ya contaba yo con que ellos mismos se

descubririan mutuamente, porque no hay gente mas cobarde que los pícaros. ¿Qué te parece, Cándido? ¡Con buena gabilla de ladrones te ibas á meter!

CÁNDIDO.

Confieso, papá, que no acabo de persuadirme....

DON AMBROSIO.

¿Cómo no? Hable V. Andres, y diga la verdad; V. que no está aun tan curtido en tales infamias. ¿No es cierto que esta era una tramoya armada de antemano para pelar á mis hijos?

ANDRES.

Sí, señor, verdad es; pero si yo he consentido en ella, ha sido con la mayor repugnancia, y solo por recobrar parte de lo perdido. ¡Ay, si V. supiera lo que este estrangero me ha ganado!

DON AMBROSIO.

Eso y mas merece el que se deja arrastrar de semejante vicio. (*á Genaro.*) No se mueva V. de ahí, caballerito. Y Vds. bribonzuelos, quítense de mi presencia. (*á Víctor y á Estéban.*) Tal vez estamos á tiempo

todavia de conseguir vuestra enmienda por medio de medidas eficaces, y á mi cargo queda informar hoy mismo á sus padres de Vds. á fin de que las tomen sin demora.

VICTOR Y ESTEBAN.

(*Echándose á sus pies.*)

¡Por Dios, señor don Ambrosio! Perdónenos V. por esta vez. Ahora mismo saldrémos de su casa de V. y no volverémos á poner los pies en ella.

DON AMBROSIO.

Eso de mi cuenta corre; pero no basta libertar á mis hijos del contagio de vuestra compañia; es preciso prevenir á todos los padres para que os alejen de los suyos. ¡Qué perversidad en tan pocos años! ¡No solo encenagados ya en el vicio del juego, sino tramposos y estafadores! Sin embargo por consideracion á vuestra corta edad me contentaré con dar parte de estos desórdenes á vuestros padres; pero si llega á mi noticia que continuais en ellos, sabrá vuestra infamia la justicia y todo el mundo. ¡Ea! Salgan Vds. cuanto antes de mi casa, que el verlos me horroriza. (*Victor y Esteban se van consternados.*)

ESCENA XVI.

DON AMBROSIO, ELENA, CÁNDIDO, ANDRES, EUGENIO, GENARO.

DON AMBROSIO.

Diga V., amiguito, ¿cuánto ha ganado V. á este muchacho imprudente?

GENARO.

Unicamente le gané el relox, un alfiler de la camisa y unos botones de oro.

DON AMBROSIO.

¿Es eso cierto? (*á Andres.*)

ANDRES.

Si, señor.

DON AMBROSIO (*á Genaro.*)

Sé muy bien porque medios se han ganado esas alhajas: sin embargo, Andres las ha perdido, y basta. Véase cuanto pueden valer, y devuélvalas V. inmediatamente.

ANDRES.

¡Ah, señor! ¿Cómo podrá ser eso, si léjos de tener fondos con que recobrarlas, le estoy debiendo ademas un doblon?

CÁNDIDO.

¿Si hubiera bastante con todo lo que tengo en el bolsillo? Vea V. papá: hay mas de cinco doblones, tómelos V. y saquemos á mi amigo de su apuro.

DON AMBROSIO (*conmovido.*)

Sí, sí, hijo mio: dices muy bien.

ANDRES.

¿Cómo? ¡Cándido!.. ¡Válgame Dios!

CÁNDIDO.

No me digas nada: somos vecinos, y sobrado lugar nos queda para tratar de arreglar este negocio. Poco á poco irás juntando tus ahorros y con el tiempo... pero dejemos esto, y vamos á lo que importa. (*Genaro devuelve sus cosas á Andres.*)

DON AMBROSIO.

¿Falta algo?

ANDRES.

No, señor. Ya no tengo que temer la índignacion de mi padre. Seguro está que vuelva á exponerme á igual peligro. Una y no mas.

DON AMBROSIO (*á Genaro.*)

El importe es de V. señorito, y aquí está puntual; pero voy á ponerle en manos del

corregidor para gastos del viage, pues será forzoso que salga V. de este pais sin tardanza. Si V. ha venido aquí á introducir vicios, es muy justo que le echen á cajas destempladas. Por el pronto sálgase V. allá fuera, que no quiero tenerle delante. (*Genaro sale llorando de rabia.*)

ANDRES.

(*Echándose á los pies de don Ambrosio.*) ¡O, señor don Ambrosio! ¡De qué abismo de males me saca la bondad de V.! ¡Sin ella, qué fuera de mí! Arrojado de la casa paterna, quizá hubiera seguido en los desórdenes, y cargado con la ignominia pública, que es el fruto que producen. Por lo mismo me confieso deudor de V., hasta de la vida y de la honra. (*Se levanta y abraza á Cándido.*) Y tú generoso amigo, tú á quien iba yo...

CÁNDIDO.

Ya por mí todo está olvidado: haz tú lo mismo, y fuera pesadumbres.

EUGENIO.

Me consta cuánto padeció Andres antes de dejarse seducir por Genaro y sus compañeros. En esta parte es menester que se le haga justicia.

DON AMBROSIO (*á Andres.*)

V. puede continuar visitando á mi hijo cuando guste, sí, como creo, está verdaderamente arrepentido, y trata de merecer su amistad. De lo contrario seria V. un completo malvado, y no le hago tal injuria.

ANDRES.

Siempre seré su mejor y mas tierno amigo.

ELENA.

¡Jesus, papá! ¡Qué terrible es V. con los malos! No lo hubiera creido.

DON AMBROSIO.

Pero no soy menos amigo y protector de los buenos. V. merece mi afecto por su juicio y rectitud, don Eugenio, y creo que mi hijo ganará mucho á su lado. No le hablaré á V. de recompensas, porque estoy seguro de que la mayor que puedo ofrecerle es la seguridad de mi estimacion. Sin embargo V. no está sobrado, y sé muy bien lo que me toca hacer en beneficio suyo. Su colocacion de V. quede á mi cargo.

EUGENIO (*besándole la mano.*)

¡Ah, señor don Ambrosio! ¡Qué mayor recompensa que el aprecio de V.!

DON AMBROSIO.

Ya veis, hijos mios, las consecuencies de la pasion execrable del juego. Ya las veis; nada mas tengo que deciros.

CÁNDIDO.

La memoria y el horror de este lance no se me borraran en la vida: yo se lo prometo á V.

DON AMBROSIO.

Tambien echarás de ver cuánta prudencia y tino son menester para contraer amistades.

CÁNDIDO.

Bien lo conozco, papá. ¡Dichoso yo que tengo un padre tan bueno, á quien consultar, y una guia tan segura para evitar los estravíos de mi inexperiencia!

FIN.

LA EDUCACION DE MODA,

DRAMA EN UN ACTO.

TRADUCIDO LIBREMENTE DE BERQUIN.

PERSONAS.

DOÑA TOMASA.

ROSA, *su sobrina de edad de 13 años.*

JOAQUIN, *su sobrino, de edad de 12 años.*

DON ALEJANDRO, *tutor de los dos.*

MR. BALANCÉ, *maestro de baile.*

LUCIA, *criada.*

La escena es en la sala principal de casa de Doña Tomasa.

ACTO UNICO.



ESCENA I.

DOÑA TOMASA, DON ALEJANDRO.

D.ª TOMASA.

No hay disculpa que valga, señor don Alejandro. No acordarse en cinco años de hacer una visita ni á mí, ni á su pupila de V. es mucha crueldad, mucha.

DON ALEJANDRO.

¿Qué quiere V., señora? Mis ocupaciones, la poca salud que gozo, el temor de las incomodidades del viage....

D.ª TOMASA.

Quince leguas. ¡Vea V. qué gran viage!

DON ALEJANDRO.

Crea V. que para mí es una empresa terrible, pues mis achaques no me permiten salir de mi rincon, y aun así no puedo prometerme ya largo hospedage en este valle de lágrimas.

D.ª TOMASA.

De ese modo muy poderoso debe ser el motivo que trae á V. por acá.

DON ALEJANDRO.

No he venido á otra cosa que á ver á Joaquin y á Rosita.

D.ª TOMASA.

¡Y qué Rosita! ¡Es mucho cuento! Por verla un instante se pudiera atravesar el mundo de un cabo á otro. ¡Qué talento el de aquella criatura! ¡Qué habilidades!

DON ALEJANDRO.

Con esos elogios no hace V. mas que avivar mis deseos de verla. ¿Dónde está? Quiero cuanto antes abrazarla.

D.ª TOMASA.

Está en el tocador.

DON ALEJANDRO.

¡Cómo! ¿Tan tarde? ¿y Joaquinito en qué consiste que no ha venido del colegio para hallarse aquí en el momento de mi llegada?

D.ª TOMASA.

Cuando supimos anoche que habia V. de llegar esta mañana, era ya bastante tarde. Los muchachos han tenido mucho que hacer des-

de muy temprano, y la Lucia no ha podido apartarse un minuto de mi sobrina.

DON ALEJANDRO.

Hágame V. el favor de enviar por Joaquin inmediatamente; y entretanto subiré yo al cuarto de su hermana.

D.ª TOMASA.

No, señor, no, que nos exponemos á que la dé algun susto al ver á V. de improviso. Mejor será que yo me adelante á prevenirla. (*vase.*)

ESCENA II.

DON ALEJANDRO.

Milagro será que esta doña Tomasa no dé á su sobrina la misma educacion que ella tuvo: tres horas de tocador, emperegilarse como una maya, y estar siempre muy espctada en un canapé en son de recibir visitas. ¡Y gracias que no haya desatendido por esto otras cosas mas esenciales!

ESCENA III.

DON ALEJANDRO, D.ª TOMASA.

D.ª TOMASA.

Al momento baja, señor don Alejandro, como que se está poniendo la postrera pluma.

DON ALEJANDRO.

¿Y quién repara en una pluma mas ó menos? Creí que estuviera tan impaciente por verme á mí como lo estoy yo por verla á ella.

D.ª TOMASA.

Mucho que lo está; sí, señor: pero el deseo de agradar á V....

DON ALEJANDRO.

¿A fuerza de plumas? ¡Qué disparate! ¿Ha enviado V. por Joaquin?

D.ª TOMASA (*con impaciencia.*)

Para eso tiempo hay de sobra.

DON ALEJANDRO.

Me contesta V. de un modo, como si no debiera yo tener gran satisfaccion en verle.

D.ª TOMASA.

No es decir que sea malo: eso no; pero

aquella finura que tanto recomienda en la sociedad, aquellos modales delicados..... la verdad; no los tiene.

DON ALEJANDRO.

¿Pues qué? ¿es uraño, grosero, impolítico con las gentes?

D.ª TOMASA.

Tanto como eso no. Dicen que sabe muchas cosas, y que tiene la cabeza atestada de latines; pero repito que el modo gracioso de presentarse, el aire de soltura y elegancia, en fin cierta flor de urbanidad que sobresale en su hermana ¿cuándo llegará él á adquirirla?

DON ALEJANDRO.

Eso ya lo hará el tiempo y el trato. ¿Descubre tener buen corazon?

D.ª TOMASA.

Ni bueno ni malo. La que es un prodigio es mi Rosita. ¡Qué de gracias! ¡Qué de perfecciones! Un continente, unos modales que arrebatan. Por lo que hace á su hermano, le vemos muy de tarde en tarde.

DON ALEJANDRO.

¿Por qué razon?

D.ª TOMASA.

Por no distraerle de sus estudios. Ademas cuando viene á casa veo que no pone la mayor atencion en las lecciones que le damos para tratar á las gentes como es debido. No sabe hacer un cumplimiento con gracia; de modo que cuando le he llevado alguna vez á las tertulias de señoras, jamas le he visto decir oportunamente una agudeza.

DON ALEJANDRO.

Tal vez consistirá en que habrá versado la conversacion sobre asuntos que no entienda.

D.ª TOMASA.

Un jóven bien educado debe estar impuesto en cuantos asuntos puedan ser materia de conversacion entre mugeres.

DON ALEJANDRO.

Sin embargo crea V. que en su edad sienta muy bien cierto silencio modesto. Lo que actualmente debe hacer es escuchar á los demas para instruirse, y ponerse en estado de hablar cuando le llegue la vez.

D.ª TOMASA.

No estoy por eso: ¿Quiere V. que parezco uno de aquellos muñecos que no se mue-

ven hasta que se les da cuerda? ¡A quien da gusto oir hablar es á Rosita: que facilidad! ¡qué chiste! ¡qué soltura! A veces cuesta trabajo seguir el hilo de su conversacion.

DON ALEJANDRO.

Ya iremos viendo cuál de los dos merece la preferencia en mi cariño. Ya sabe V. que le prometí á su padre en los últimos momentos mirar por ellos como si fuesen hijos mios, y quiero cumplirle la palabra. Como no puedo saber cuánto tiempo ha determinado el Señor tenerme en el mundo, he venido á ver á estos chicos, á estudiar su carácter, y á tomar con este conocimiento las disposiciones oportunas en favor de entrambos.

D.ª TOMASA.

¡Oh amigo el mas fiel y el mas generoso de todos! Mi hermano agradecerá á V. tantos beneficios desde la Gloria, y pedirá á Dios le recompense dignamente. A mí me faltan palabras con que manifestarme reconocida á ellos en nombre de sus hijos.

DON ALEJANDRO.

Lo que V. llama beneficios, no es mas que una obligacion, señora. Su digno padre de V.

quiso que participase yo de la juiciosa educacion que dió á su hijo: y á sus desvelos debo mis caudales. Soy solo; sus nietos son mi única familia, y á ellos tocan de derecho en vida y en muerte unos bienes, que he procurado conservar y aumentar por dejarlos ricos.

D.ª TOMASA.

En este supuesto, Rosita como la mas amable....

DON ALEJANDRO.

Si entre ellos ha de haber alguna diferencia, no inclinarán la balanza en su favor sus respectivas habilidades de mero adorno, sino sus prendas y virtudes.

D.ª TOMASA.

Aquí tiene V. á Rosita.

ESCENA IV.

DOÑA TOMASA, DON ALEJANDRO, ROSA.

(*Vestida con excesivo lujo y esmero.*)

DON ALEJANDRO.

¡Cómo! ¿Es esta Rosita?

D.ª TOMASA.

Ya dije yo que se habia V. de quedar asombrado de verla tan llena de encantos. ¿Sabes, mi cielo, que nos has hecho esperar mas de lo regular?

ROSA.

(*Haciendo á don Alejandro una reverencia muy grave y ceremoniosa.*)

Fué porque Lucía ha estado tan torpe que no ha sido posible que acertase á colocar mis plumas. Al cabo he tenido que echarla de allí, y ponérmelas yo misma. Señor don Alejandro, celebro en el alma ver á V. tan bueno.

DON ALEJANDRO.

Tambien yo tengo sumo gusto, querida Rosita... (*Va á abrazarla, y ella se aparta con ademan desdeñoso.*) ¿Qué quiere decir esto? ¿Te desdeñas de mirarme como á padre?

D.ª TOMASA.

Sí, Rosita, como á padre, y á un protector generoso. (*á don Alejandro.*) Ruego á V. que la disimule.... ¡Está criada con tanta modestia y tal recato!....

DON ALEJANDRO.

Por admitir las demostraciones de mi cariño,

no hubiera ofendido su recato ni su modestia. Yo tengo á demas que hacerla algunas reconvenciones amistosas por lo que ha tardado en satisfacer la impaciencia de su tutor.

ROSA.

Ruego á V. me perdone, señor mio, pues no me hallaba vestida con la correspondiente decencia para presentarme á sus ojos.

DON ALEJANDRO.

O yo me engaño, ó una señorita debe estar á cualquier hora en estado de recibir la visita de un sujeto de estimacion. Un trage limpio y honesto es en mi sentir el único atavío con que debe estar habitualmente en su casa.

D.ª TOMASA.

Cierto, pero cuando se trata de recibir á un huesped como V., el respeto exige...

DON ALEJANDRO.

Una pluma menos, y apresurarse algo mas por un amigo, que trae andadas por solo vernos quince leguas de tierra. Confieso á V, señora, que mi corazon hubiera tenido mucho mayor gozo en ver á mis hijos, porque lo son en virtud del amor que les tengo, y de mi amistad con su padre, correr hácia

mí con los brazos abiertos y colmarme de caricias.

D.ª TOMASA.

No es estraño que sobrecogida por la venèracion que á V. profesa...

DON ALEJANDRO.

Bien: hablemos de otra cosa: la primera vez que se ofrezca ya me recibirás con mayor cordialidad: ¿no es verdad, Rosita? ¿Por lo menos no te enojarás porque yo te tutée? Desde que viniste al mundo te he tratado así, y estos cinco años de ausencia no han hecho en mi corazon la menor mudanza. Así espero tratarte con tan grata familiaridad, aun cuando estés casada y llena de hijos.

ROSA.

Lo tendré á mucho honor.

DON ALEJANDRO.

Déjate de ceremonias, y dí sencillamente que te alegras de ello. ¡Pero qué adelantada estás desde la última vez que nos vimos! ¡Qué crecida! ¡Qué cuerpo tan airoso! ¡Qué aire tan noble y desembarazado!

D.ª TOMASA.

¡Oh! preciosa, adorable.

DON ALEJANDRO.

Sin embargo nada valen estas prendas sin el embeleso del pudor y de la modestia, sin el atractivo de la afabilidad, sin la espresion ingénua de los sentimientos del alma, y sin la cultura del entendimiento.

D.ª TOMASA.

No hay duda. Las habilidades son lo que da mayor consideracion en las tertulias numerosas, y en los bailes y conciertos mas concurridos.

DON ALEJANDRO.

¡Qué bailes, ni qué conciertos, señora! Eso se suele ofrecer un par de veces en la vida, pues no imagino que penseis en ir haciendo ostentacion de la chica de baile en baile y de concierto en concierto. Yo lo que deseo es que posea calidades que en concierto la den honor en una tertulia escogida y juiciosa, y en lo interior de su familia, ante Dios y su conciencia: lo demas son desatinos.

D.ª TOMASA.

Tiene V. mil razones: en eso no cabe la menor duda. Lo que yo he querido decir es que se halla en situacion de presentarse en to-

das partes sin hacer un papel desairado. Vamos, querida Rosa, siéntate al piano, y toca alguna friolera para que te oiga tu tutor.

ROSA.

(*Despacio á su tia al tiempo que abre el libro con impaciencia.*)

Gracias por el buen rato.

D.ª TOMASA (*despacio á Rosa.*)

Canta por amor de Dios y no te impacientes, mira que arriesgas tu fortuna.

DON ALEJANDRO.

Si no estás para ello esperaremos á mejor ocasion, que nadie nos corre.

ROSA (*canta acompañándose al piano.*)

Di tanti pálpiti,

Di tante pene, &c.

Así que concluye empieza doña Tomasa á dar palmadas diciendo:

¡Bravo! ¡bravo! ¡bravísimo!

DON ALEJANDRO.

Verdaderamente lo hace bastante bien para su edad; pero hubiera gustado más de oir alguna cancion española. Al cabo el italiano es una lengua estraña, que las que cantan

suelen pronunciar mal, y los que escuchan entender peor.

D.ª TOMASA.

¡Qué está V. diciendo, señor don Alejandro! Donde está el italiano, y la música de Rosini, calle el mundo. ¿Cantar canciones castellanas? No era menester otra cosa para que la chica quedase desacreditada para siempre en todo Madrid.

ROSA.

V. me permitirá que la recuerde que la dulzura del italiano no la tiene ningun otro idioma.

DON ALEJANDRO.

Aunque en este punto no hallo diferencia notable entre *amore* y *dolore*, y *amor* y *dolor*; y *guerrero* me parece mas dulce que *güerriero*, sin embargo es cosa en que todos estan convenidos, y nada tengo que decir: ademas la moda lo manda, y ese es tribunal sin apelacion. (*Repara en un dibujo, que representa una ninfa sorprendida por un fauno, y se acerca á mirarle con atencion.*)

D.ª TOMASA.

Descuélguele V. y mírelo bien, á ver que le parece.

DON ALEJANDRO.

(*Lo descuelga y mira.*)

Me parece muy bien, si Rosa lo ha hecho sin ayuda de vecino.

D.ª TOMASA.

El maestro ha dado algunos toques despues de acabado, pero no muchos.

DON ALEJANDRO.

Es lástima que ese maestro no haya elegido mejor asunto. Un rasgo de beneficencia, ó cualquiera otra accion virtuosa, sirven igualmente para ejercitarse en el dibujo, y son lecciones útiles que se graban en el alma.

ESCENA V.

D.ª TOMASA, DON ALEJANDRO Y LUCIA.

LUCIA (*á don Alejandro.*)

Acaban de traer las maletas de V. ¿quiere V. que las coloquen en su cuarto?

DON ALEJANDRO (*á doña Tomasa.*)

¿Quien las ha mandado traer?

D.ª TOMASA.

Esa libertad me la he tomado yo, pues te-

niendo V. aquí su casa, no es regular que esté en una fonda.

DON ALEJANDRO.

Doy á V. mil gracias por su favor, pero no quisiera dar molestias, y por otra parte....

D.ª TOMASA.

El favor es para mí, y no hablemos mas del asunto.

DON ALEJANDRO.

Está bien; pero permítame V. que vaya á dar algunas disposiciones, que pronto estoy de vuelta. (*vase.*)

ESCENA VI.

D.ª TOMASA, ROSA.

ROSA.

¡Gracias á Dios, que ya puedo respirar!

D.ª TOMASA.

Habla mas bajo por Dios, que puede oirte.

ROSA.

Que me oiga enhorabuena. ¿Ha visto V.

qué fastidio? Estoy tan picada que hiciera pedazos la música y los dibujos.

D.ª TOMASA.

Repórtate, niña, que nos vas á perder con tus arrebatos.

ROSA.

¿Pues qué? ¿No me he reportado bastante? ¡El diantre del señor que en todo encuentra qué censurar!

D.ª TOMASA.

Esas son rarezas de señor mayor, de que no se hace alto.

ROSA.

¿Y por qué me ha puesto V. en el caso de tener que aguantarlas? ¡Fuerte empeño en que habia de cantar sin gana! V. no se detiene: lo que se le pone en la cabeza, aquello se ha de hacer. No, pues otra vez que se ofrezca, no seré yo tan tonta que condescienda.

D.ª TOMASA.

Pero, cielo mio; ¿no consideras que tu fortuna depende absolutamente de tener contento á don Alejandro?

ROSA.

¿Mi fortuna?

D.ª TOMASA.

Lo que oyes. ¡Si fuera solo lo que ha hecho por tí hasta ahora!

ROSA.

¿A qué se reduce? A uno que otro regalito de tiempo en tiempo. Yo no he menester sus regalos.

D.ª TOMASA.

No sabes lo que te dices, hijíta; y es preciso que tengas entendido. que á no ser por él serias muy desgraciada. Lo que dejó tu padre es muy poca cosa: yo por mi parte estoy atenida á mi triste viudedad. Con qué mira tú cómo hubiera sido posible costear los gastos de tu educacion y decencia con tan cortos medios.

ROSA.

¿Y es don Alejandro el que los paga?

D.ª TOMASA.

Y con la mayor puntualidad: lo mismo que la pension de tu hermano en el colegio.

ROSA.

Como V. nunca me ha dicho semejante cosa.....

D.ª TOMASA.

Hasta ahora nada te importaba saberlo; mas ya que ha venido, considera cuán necesario es que le contemples, demostrándole tu respeto y teniendo con él todo género de atenciones. ¿Sabes cuál es el objeto de su venida? Pues no es otro que veros á tu hermano y á tí, y disponer en vuestro favor de todos sus bienes por medio de un testamento.

ROSA.

¡Cuánto me pesa haber dado á entender mi disgusto!

D.ª TOMASA.

Tambien él se ha portado mal contigo; eso es otra cosa. ¡Oir con tanta indiferencia una voz tan brillante como la tuya, y no manifestarse admirado de tu ejecucion! Pero de todos modos es fuerza que procures agradarle, pues de lo contrario se llevará Joaquin la preferencia, que es lo que debemos evitar.

ROSA.

Mucho me temo que la merezca mas que yo.

D.ª TOMASA.

¡Qué disparate! Ya veo que te conoces muy

mal. ¿Y al otro qué falta le hace? Un hombre ercuentra siempre medios de hacer su carrera; pero una muger que no es rica, tiene poquísimos recursos para colocarse.

ROSA.

Por eso mismo conozco, que debiera yo haber aprendido otras cosas mas útiles que el baile, la música y el dibujo.

D.ª TOMASA.

No digas simplezas, muger. ¿A una señorita tan acaudalada como puedes prometerte serlo, qué mas se le puede pedir que el que tenga habilidades con qué lucirlo en la sociedad? Lo importante es tener contento á don Alejandro: trata de complacerle en todo, y deja lo demas por mi cuenta.

ESCENA VII.

D.ª TOMASA, ROSA, LUCIA.

LUCIA.

Señorita, Monsieur Balancé está esperando: ¿qué le digo?

D.ª TOMASA.

Dile que venga á esta sala, que hoy será la leccion aquí. (*vase Lucia.*)

ROSA.

¿No será mejor decirle que se vaya? Quizá se disgustará don Alejandro, y será mucho peor.

D.ª TOMASA.

Nada menos que eso. Cabalmente estoy deseando que se halle presente á la leccion. Bailas con tanta gracia que á los cuatro compases se va á volver loco. Ya lo verás. (*corre hácia la puerta.*) Pase V. adelante, Monsieur Balancé.

ESCENA VIII.

D.ª TOMASA, ROSA, MONSIEUR BALANCÉ.

D.ª TOMASA.

¿No es verdad, que mi sobrina baila como un ángel?

MR. BALNACÉ.

Ciertamente, señora: esa es la mas exacta comparacion.

D.ª TOMASA.

Hoy es preciso esmerarse, y hacer de modo que luzca Rosita su habilidad cuanto sea posible, porque tal vez asistirá su tutor á la leccion.

MR. BALANCÉ.

Muy bien, señora: los dos nos esforzaremos.

ESCENA IX.

D.ª TOMASA, ROSA, MR. BALANCÉ, DON ALEJANDRO.

D.ª TOMASA.

(*Tomando de la mano á don Alejandro.*)

Siéntese V. aquí á mi lado, señor don Alejandro, que quiero que vea V. bailar á Rosita. Es lo mismo que un zéfiro; lo mismo. Vamos, Monsieur Balancé, aquel *pas-russe* nuevo que V. ha inventado.

ROSA.

Pero yo no puedo bailarle sola.

D.ª TOMASA.

Monsieur Balancé le bailará contigo.

DON ALEJANDRO.

Esos bailes tan violentos, en que hay tantas cabriolas, me gusta verlos alguna vez en el teatro, pero no me parecen propios de la modestia de una señorita. Ya se vé: el minué ya no se baila en el mundo. (*La tia y la sobrina se miran y se encogen de hombros.*)

D.ª TOMASA.

Si V. gusta, pueden hacer algunos pasos de las contradanzas francesas, que ahora se bailan en todas las casas de forma. En ellas se luce la gracia y la soltura sin ofensa del pudor.

DON ALEJANDRO.

Vaya: veamos.

MR. BALANCÉ.

Como V. guste, caballero. Vamos allá, señorita. *L'Etè..... En avant deux..... Chassez..... Traversez..... Chassez encore...... A votre place...... Balancé.*

(*Mientras bailan los dos va notando el maestro del modo dicho los pasos que han de hacer.*)

DON ALEJANDRO.

Muy bien, Rosa, muy bien. (*á Mr. Balancé.*) Basta de leccion por hoy, señor maes-

tro. (*Mr. Balancé hace á todos una gran cortesia, y se va.*)

ROSA (*por lo bajo á su tia.*)

¿Qué tal, tia? Ve V. los grandes elogios que he recibido?

D.ª TOMASA.

¡Vaya señor tutor! ¿No se ha quedado V. absorto y maravillado al ver bailar á su pupila? Yo creo que V. ó no la ha observado bien, ó no ha echado de sí todavía la fatiga del camino.

DON ALEJANDRO.

Perdone V., señora: ya he manifestado á Rosita mi complacencia. ¿Pero quiere V. que me saquen de tino media docena de piruetas? Mi entusiasmo lo guardo para otras perfecciones de mayor importancia.

ESCENA X.

DOÑA TOMASA, DON ALEJANDRO, ROSA, JOAQUIN.

JOAQUIN.

(*Entra corriendo y abraza á su tutor.*)

¡Bien venido, señor don Alejandro! ¡Qué

deseos tenia de ver á V.! ¿Ha llegado V. bueno?

D.ª TOMASA.

¿Qué atropellamiento es ese? ¿Tratas de ahogar á tu tutor, aturdido?

DON ALEJANDRO.

Déjele V., señora, que más aprecio estos arrebatos de alegria, que las reverencias insulsas y compasadas. Ven, querido Joaquin; vuelve à estrecharte contra mi corazon. ¡Qué memorias tan dulces me renueva tu vista! Sí, estas son las facciones de tu padre con toda aquella amabilidad y nobleza que las distinguia.

D.ª TOMASA.

Bien pudieras haberte puesto el frac nuevo; ya sabes que visitas de esta clase no es decente hacerlas de levita.

JOAQUIN.

Así estaba cuando llegó el recado, y aunque pensé en mudarme, no pude resolverme á perder un cuarto de hora mas. Estaba ansioso por ver á mi amado tutor, y todos Vds. me perdonarán la falta en que incurrí por mi impaciencia.

DON ALEJANDRO.

Tambien yo deseaba verte por momentos, hijo mio, y por lo mismo te agradezco esa impaciencia, sin la cual hubiera tardado algo mas en tener ese gusto.

D.ª TOMASA.

Y diga V., caballerito. ¿Tú hermana y yo no merecemos un triste saludo?

JOAQUIN.

Perdone V. tia: con el júbilo de ver y abrazar á mi tutor, no reparé en nadie; y caí en ese descuido. Adios, Rosita, no te picarás por eso: (*dándole la mano.*) ¿no es así?

ROSA.

¿Yo picarme? No por cierto. (*con seriedad.*)

DON ALEJANDRO.

Dispénsele V., señora, su distraccion, pues sintiera que llevase una reprimenda por causa mia.

D.ª TOMASA (*á parte.*)

Ya no puedo aguantar más (*á don Alejandro.*) Si V. me lo permite saldré á dar algunas órdenes á los criados.

DON ALEJANDRO.

V. puede con toda libertad, hacer lo que guste, señora.

D.ª TOMASA (*á Rosa.*)

No se qué gusto tienes en presenciar sus coloquios. (*alto.*) Ven conmigo, Rosita, si quieres.

ROSA.

Perdone V., tia, pero quisiera quedarme con el señor don Alejandro si lo tiene á bien.

DON ALEJANDRO.

Con mucho gusto, hija mia. (*Vase doña Tomasa muy de mal humor.*)

ESCENA XI.

DON ALEJANDRO, ROSA, JOAQUIN.

DON ALEJANDRO.

¿Qué tal, Joaquinito? ¿Te va bien en el colegio? ¿Están contentos contigo los gefes?

JOAQUIN.

Me va muy bien, si señor. Lo demas ellos son los que pueden decirlo.

DON ALEJANDRO.

¿Cuáles son actualmente tus lecciones?

JOAQUIN.

Desde que concluí la gramática, me enseñan geografía, matemáticas é historia.

DON ALEJANDRO.

¿Y haces progresos? La verdad.

JOAQUIN.

¡Oh! cuánto mas voy adelantando, veo mas bien lo que me falta saber. Procuro no ser el último en mi clase.

DON ALEJANDRO.

¿Y cómo estamos de música, baile y dibujo?

JOAQUIN.

Tambien doy mis lecciones, especialmente de música y dibujo, porque dice el maestro que en el verano no conviene el demasiado ejercicio. Pero en el invierno nos aplicamos más al baile.

DON ALEJANDRO.

No me parece desacertado ese plan.

JOAQUIN.

Pero en ninguna estacion podemos destinar mucho tiempo á esas habilidades, pues solo

tienen lugar en las horas de recreo, y despues de las principales obligaciones. Dice el rector que lo esencial es adquirir conocimientos útiles para servir al estado, y vivir feliz y honradamente en el mundo.

DON ALEJANDRO.

Vamos: dame otro abrazo.

ROSA (*á parte.*)

Bien conozco que eso es lo esencial, y que mi tia no ha pensado en tal cosa.

JOAQUIN.

No crea V. amado tutor, que soy tan bueno como V. tal vez se figura.

DON ALEJANDRO.

¿Pues qué hay?

JOAQUIN.

Que soy un poco distraído y atolondrado. Por ejemplo, suelo confundir las horas, haciendo en unas lo que debo hacer en otras. Me cuesta infinito corregir algunas malas mañas, y vuelvo á incurrir á menudo en faltas de que ya me he arrepentido muchas veces.

DON ALEJANDRO.

¿Y qué? ¿no tratas de enmendarte?

JOAQUIN.

Cuando pienso en ello, si señor; pero cási siempre se me olvidan mis buenos propósitos.

DON ALEJANDRO.

No me descontenta sin embargo que adviertas tu mismo tus defectos, pues el primer paso hácia el bien es el conocimiento de las propias flaquezas. ¿No es así, Rosita?

ROSA.

A mi me parece que no soy distraida ni atolondrada, y que no tengo los defectos de mi hermano.

DON ALEJANDRO.

¿Si no tienes esos, tendrás otros quizá?

ROSA.

Mi tia no me ha notado ninguno, ó al menos nada me ha dicho.

DON ALEJANDRO.

Pues debiera ser la que los advirtiese mas pronto; pero la pasion suele cegarnos, y no los echamos de ver. Dígolo sin intencion de ofenderte, Rosita.

ROSA.

Ya me ha enfadado demasiado el tal señor,

pues todos los elogios son para mi hermano, y para mí guarda solo las reprensiones.

DON ALEJANDRO.

Esperadme aquí un poco, que voy á ver si el muchacho ha sacado la ropa de las maletas, donde viene tambien algo para vosotros.

JOAQUIN.

No tarde V. mucho.

DON ALEJANDRO.

Hasta luego. (*vase.*)

ESCENA XII.

JOAQUIN, ROSA.

ROSA.

¡No hay duda que serán gran cosa los regalos que nos traiga! Por mí nada me importa que se queden en la maleta.

JOAQUIN.

Muger, no digas eso de nuestro bienhechor. ¿Quién sino él te ha dado cuanto hay en tu cuarto, y lo que tienes puesto? Yo te confieso que aun cuando sea una friolera lo que me diere, agradeceré infinito su memoria.

ROSA.

Nada me digas, que estoy furiosa contra él, contra mi tia, y aun contra mí propia.... A todo el mundo daria de bofetones.

JOAQUIN.

¿Y á mí tambien, querida hermana? ¿Pues qué es lo que tienes, Rosita mia? (*la toma de la mano.*)

ROSA.

¡Si te vieras tú tan maltratado como yo me veo!...

JOAQUIN.

¡Maltratada! ¿Por quién? Mi tia no te deja sacar la cabeza al balcon por miedo de que te resfries, y no falta sino que te meta en un escaparate.

ROSA.

¡Sí, pero don Alejandro es un hombre tan grosero!

JOAQUIN.

No sabes lo que te dices, hermana. Cabalmente es todo lo contrario: ¡tan indulgente! ¡tan bueno!

ROSA.

Nada de cuanto hago yo le gusta. El baile,

el canto, los dibujos, todo lo ha mirado con el mayor desprecio, diciendo que debiera haber aprendido cosas mas esenciales.

JOAQUIN.

En eso presumo que tiene razon.

ROSA.

Eso es: tiene razon, y mi tia no sabe lo que se ha hecho. ¿No es así? ¿Y qué es lo que llamas cosas esenciales?

JOAQUIN.

No me parece preciso ser un sabio para conocerlo.

ROSA.

Pues dímelo, una vez que sabes tanto.

JOAQUIN.

¿Díme, Rosita, te entretienes en leer algunas veces?

ROSA.

Sí, cuando tengo algun rato de sobra.

JOAQUIN.

¿Y qué es lo que lees?

ROSA.

Algunas comedias, ó bien aquella coleccion de canciones para ir aprendiendo de memoria las mas bonitas.

JOAQUIN.

¿Y te parece buena lectura esa para tu edad? ¿Piensas que no hay otras obras mas instructivas?

ROSA.

¿Y aun cuando las haya, qué tiempo me queda á mí para leerlas? Mientras me peino, me visto y me desayuno son las diez de la mañana; la leccion de baile dura hasta las once; sigue la de música, despues la de dibujo, y al punto me llaman á comer. Pues por la tarde y la noche no digo nada: pasada la siesta y el rosario, salimos á paseo, ó á hacer visitas, y despues al teatro ó á la tertulia hasta el momento de acostarnos.

JOAQUIN.

¿Y es eso todos los dias?

ROSA.

Puntualísimamente.

JOAQUIN.

¡Oh! pues el rector de mi colegio tiene hijas de tu edad, y siguen otra distribucion de horas muy diferente.

ROSA.

¿De qué manera?

JOAQUIN.

En primer lugar á los siete de la mañana en invierno, y á las seis en verano estan ya vestidas para el dia entero.

ROSA.

¿Con tan poco dormir estarán siempre dando cabezadas?

JOAQUIN.

No lo creas: siempre las verás mas despaviladas que tú. ¿No ves que se acuestan á las diez?

ROSA.

¿A las diez se acuestan?

JOAQUIN.

Por eso se levantan temprano, y cuando estás tú roncando, ya han dado ellas su leccion de aritmética, geografía é historia. Luego despachan con su madre las faenas de la casa, y á las diez ya estan cosiendo ó bordando hasta mediodia.

ROSA (*con menosprecio.*)

Pues qué ¿las cria para amas de gobierno?

JOAQUIN.

No, sino porque así tendrán mejor colocacion. ¿Te parece poca ventaja saber dirigir una

casa en todos sus ramos, disponer una comida, entender en el acopio de provisiones, y estar enseñadas á mandar á los criados?

ROSA.

¿Y despues de comer en qué se ocupan?

JOAQUIN.

En escribir y tocar el piano hasta que llega la noche, en que se juntan con sus tertulianos al rededor de una mesa; entónces mientras una lee en voz alta algun libro entretenido, las demas repasan la ropa de uso, ó arreglan sus trages.

ROSA.

¿Y nunca juegan esas gentes, ni tienen la menor distraccion?

JOAQUIN.

¿Cómo que no? De tiempo en tiempo salen á dar un paseo, ó á hacer cuatro visitas, y aun en casa se divierten á varios juegos, pero casi siempre con alguna labor entre manos. Yo no me acuerdo de haberlas visto enteramente ociosas.

ROSA.

Eso es sin duda lo que queria decir el tutor; pero mi tia siempre ha dicho que esa

es una educacion muy vulgar, y propia solo de gente ordinaria.

JOAQUIN.

Mi tia no se hace cargo de que nosotros no somos ricos. Mas aun cuando tú fueses una señorita muy principal y acomodada, nunca estaria demas que supieses de todo, aunque solo fuera para saberlo mandar. ¿No ves que á las que nada entienden del manejo de una casa, las engañan sus propios criados y todo el mundo, de modo que cuanto mas ricas son, mas pronto se ven arruinadas?

ROSA.

Me dejas aturdido. Yo nada entiendo de cuanto has dicho, y apenas sé tomar la aguja en la mano. Lo peor es que la tia acaba de decirme que nosotros no podemos contar con otros bienes que los que nos quiera dejar don Alejandro.

JOAQUIN.

Dice muy bien, porque si él nos abandonase, ó mudase de intencion.... Por otra parte no creo que la tia esté en situacion de darnos gran cosa.

ROSA.

Nada de eso. ¡Si no tiene mas que su viu-

dedad!... ¡Mira tú si llega á faltar qué bien quedaremos!

JOAQUIN.

Por el pronto confieso que me veria algo apuradillo; pero teniendo confianza en Dios, me parece que me habia de sacar del ahogo. Nunca faltan buenas almas, que cobran aficion á los jóvenes juiciosos, y se complacen en darles la mano y proporcionarles colocacion. Dentro de algun tiempo, cuando ya esté mas adelantado, podré enseñar á otros chicos lo que hubiere aprendido. Entretanto me aplicaré con mayor empeño, y con la ayuda de Dios y buena conducta tarde ó temprano se abre uno camino á mejor fortuna.

ROSA.

¿Y yo, qué adelantaria con mi baile, mi música y mis dibujos? Ya ves que estas habilidades solo pueden dar de comer á quien las sepa con perfeccion.

JOAQUIN.

Ahí tienes por lo que el tutor preguntaba sino te habian enseñado otras cosas que las de mero recreo.

ROSA.

No sé decirte, si traen consigo mas disgustos que satisfacciones; porque te confieso, que si despues de haber cantado ó bailado no me dan muchos elogios, me entra un humor que no me puedo sufrir á mi misma.

JOAQUIN.

¿Y de qué hablan Vds. cuando no tocan ni bailan?

ROSA.

De modas, del paseo, de comedias, ó de las novedades de la vecindad; y aunque se repite en una casa lo que se ha oido en otra, se apura muy pronto la conversacion, y se muere una de tedio.

JOAQUIN.

Yo lo creo. ¡Mira qué asuntos tan interesantes! Cuándo el maestro nos habla de las maravillas de la naturaleza, de las propiedades de los animales, de la estension del mar, de los vivientes que encierra, de la estructura de las flores, y de otras mil cosas, entónces sí que estamos divertidos. Ejercita uno la memoria y la reflexion, y las horas se pasan como instantes.

ROSA.

Tienes mil razones, Joaquin: yo nada sé de todo eso á pesar de tener dos años mas que tú. Bien convencida estoy de que mi tia ha dejado de enseñarme las cosas de mas utilidad é importancia.

ESCENA XIII.

DOÑA TOMASA, ROSA, JOAQUIN.

D.ª TOMASA.

(Que ha oido las últimas palabras de Rosa.)

¿Y cuáles son esas cosas de importancia que no has aprendido, ingrata? Pero ya veo que este mentecato de Joaquin....

JOAQUIN.

A los pies de V., querida tia; que voy al cuarto de mi tutor. (*vase.*)

ESCENA XIV.

DOÑA TOMASA, ROSA.

D.ª TOMASA.

¡El diantre del mocoso! Deja que se vaya su tutor, que primero que él vuelva á atravesar los umbrales de mi casa.... Pero vaya; sepamos en qué he descuidado tu educacion.

ROSA.

En aquellos conocimientos esenciales que debe tener una muger de juicio.

D.ª TOMASA.

¿Pero á tí qué te falta, hechicera? ¿No eres tú quien se lleva la gala entre todas las señoritas de Madrid?

ROSA.

Sí; por cosas que de nada sirven sino de fomentar la vanidad. Pero de aquellas que instruyen y despejan el entendimiento, como el cálculo, la geografía, la historia, tengo yo acaso la menor idea?

D.ª TOMASA.

Esas son bachillerías. ¡No faltaba más sino que te hubieses atormentado los cascos con va-

ciedades propias de las aulas de una universidad! ¡Vea V. qué ocurrencia! ¿Cuándo has visto tú que se hable de nada de eso en las tertulias que has frecuentado?

ROSA.

Ya se ve que no; pero al menos ¿por qué no debiera haber aprendido á bordar y coser, y á gobernar una casa?

D.ª TOMASA.

Porque no te he criado yo ni para modista, ni para ama de llaves: ¿lo entiendes?

ROSA.

Pero, señora, si el tutor llega á faltar, ¿qué será de mí? ¿Qué medios me quedan de mantenerme?

D.ª TOMASA.

Si no hay otro miedo que ese, pierde cuidado que léjos de faltarte nada, podrás vivir con abundancia y esplendor. ¡Poco he trabajado yo con don Alejandro para que te deje por su heredera! pero en fin se ha conseguido, y hoy mismo otorgará el testamento. Aquí viene: quédate con él que tiene que enterarte de sus disposiciones. (*vase.*)

ESCENA XV.

DON ALEJANDRO, ROSA, JOAQUIN.

JOAQUIN.

Mira, hermana, lo que traigo aquí. (*Le enseña un relox.*)

ROSA.

¿Cómo? ¿Un relox de oro?

JOAQUIN.

Mi tutor me le ha regalado: ¡loco estoy de alegria! ¿Me permite V. (*á don Alejandro*) que vaya á enseñársele al señor rector? En pocos minutos estaré de vuelta.

DON ALEJANDRO.

No hay inconveniente. Díle que no te le he dado por lisonjear tu vanidad, sino para que no confundas ni trueques como hasta aquí las horas de tus lecciones.

JOAQUIN.

¡Oh! Ya no hay miedo que me vuelve á suceder.

DON ALEJANDRO.

De camino pídele licencia para pasar con

nosotros todo el dia, y adviértele que despues de comer iré á visitarle.

JOAQUIN.

Está muy bien. (*vase corriendo.*)

ESCENA XVI.

DON ALEJANDRO, ROSA (*pensativa.*)

DON ALEJANDRO.

¿Qué tienes, Rosita, que estás tan cabizbaja.

ROSA.

¿Cabizbaja? No por cierto.

DON ALEJANDRO.

¿Te has puesto triste porque he dado á Joaquin el relox?

ROSA.

¡Para lo que le ha de durar! ¡Tardará bastante en descomponerle!

DON ALEJANDRO.

El manejar un relox tiene que saber muy poco, y ya le dejo enterado de lo que debe hacer. Ya ves que le hacia mucha falta.

ROSA.

Cierto: si fuera como yo, que para nada lo he menester....

DON ALEJANDRO.

Lo mismo he pensado yo, acordándome de que en casa hay relox de sobremesa.

ROSA.

Ello es verdad, que las mas de mis amigas tienen cada una el suyo.

DON ALEJANDRO.

Mejor. De ese modo tienes siempre á quien preguntar qué hora es.

ROSA.

Sí; pero cuando alguna me lo pregunte á mí, tendré que contestarla que no lo sé.

DON ALEJANDRO.

Vamos: no tengas envidia, que no me he olvidado de tí. (*la da una cajita.*)

ROSA (*poniéndose colorada.*)

Muchas gracias señor, don Alejandro.

DON ALEJANDRO.

¿No aciertas á abrirla? dámela acá. (*La abre y saca unos pendientes de brillantes.*) ¡Vaya! ¿quedas contenta?

ROSA.

¡Así lo estuviera V. conmigo!

DON ALEJANDRO.

Si he de hablar la verdad, no lo estoy todo aquello que quisiera. Ahora que estamos solos, quiero hablarte con franqueza, querida Rosa. Tu tia no ha perdonado gasto alguno para proporcionarte habilidades de lucimiento, y en esto se conoce su buen gusto y su cariño; pero es lástima que no haya pensado en que adquirieses otras mas sólidas.

ROSA.

Ya mi hermano me ha dicho lo mismo, y si supiese yo quien pudiera enseñarme ciertas cosas....

DON ALEJANDRO.

Por eso no te detengas, pues yo conozco una señora muy estimable, que tiene á su cargo varias señoritas á quienes instruye en todo lo correspondiente á tu sexô.

ROSA.

Mi tia sin embargo me habia dicho, que V. pensaba hacer tanto por mí, que no tendria necesidad de entender en los quehaceres domésticos de cierta especie....

DON ALEJANDRO.

Ya estoy; pero.... Enhorabuena; si te repugna seguir otro género de vida, que el que has tenido hasta ahora, cuenta con mi cariño. Habré de dejarte todos mis bienes en el testamento.

ROSA.

¿Todos, señor?

DON ALEJANDRO.

¡Por fuerza, Rosita: y quiera Dios que basten para evitar verte algun dia reducida á la mayor estrechez!

ROSA.

¡Qué dice V.!

DON ALEJANDRO.

La pura verdad. ¿No ves que no te hallas capaz de suplir por tí misma á la menor de tus necesidades? ¿Sabes hacer, no digo las cosas mas delicadas del trage que tienes puesto, sino una simple camisa?

ROSA.

¡Si nadie me ha enseñado!

DON ALEJANDRO.

¿Con qué será preciso que traigas siempre al retortero una porcion de personas que suplan

esa ignorancia y ese descuido? ¿Y eres tú bastante rica para esto?

ROSA.

Yo por mí tengo muy poco, segun dice mi tia.

DON ALEJANDRO.

Y luego, cuando estés en edad de tomar estado ¿qué hombre de juicio quieres que venga á solicitar la mano de una muger por las frívolas gracias del baile y del dibujo, que de nada le sirven, ni pueden contribuir al bien de su casa? ¿Sabes cuando no te faltarán pretendientes? cuando tengas una gran dote que excite su codicia. Y ve ahí porque considero indispensable proporcionártela, legandote todos mis bienes.

ROSA.

¿Y mi hermano?

DON ALEJANDRO.

Tu hermano tendrá que contentarse con lo que haga yo por él hasta que me muera, y con los auxilios que tú le dispenses en adelante. Lo que ahora debe hacer es darse prisa á instruirse para emprender una carrera que le proporcione medios de sostenerse con estima-

cion. ¿No he hecho yo lo mismo? pues que sigue mi ejemplo. ¡Ea! Adios que voy á enterar á tu hermano de mis intenciones, así que vuelva del colegio. (*vase.*)

ESCENA XVII.

ROSA (*sola.*)

¡Qué fortuna tan grande! ¡Dueña de todo el caudal de don Alejandro! Esto era lo que tanto deseaba mi tia. ¿Pero qué dirá mi hermano? ¡Qué pesadumbre tendrá! Mas yo me acordaré de él; eso sí: siempre me sobrará alguna cosa con que ayudarle, despues de satisfechos todos mis gastos. Ahí viene con mi tutor: voy á esconderme en el gabinete para oir lo que hablan. (*Se esconde sin que la vean don Alejandro y Joaquin.*)

ESCENA XVIII.

DON ALEJANDRO, ROSA.

DON ALEJANDRO.

¿Qué le ha parecido al rector mi regalo?

JOAQUIN.

Muy bien, señor don Alejandro. Yo soy el que no estoy tan satisfecho como antes.

DON ALEJANDRO.

¿Por qué?

JOAQUIN.

Por la pobre Rosa que estará llena de pesadumbre al ver que V. me ha regalado á mí, y á ella no. Sentiria que V. me creyese ingrato á sus favores, pero quisiera suplicar á V....

DON ALEJANDRO (*á parte.*)

¡Qué generosidad de criatura! (*á Joaquin.*) No te apures, hombre, que ya tiene unos pendientes que valen mucho mas que tu relox.

JOAQUIN.

¡Oh, querido tutor! ¡Cuánto me alegro!

DON ALEJANDRO.

Y no pienses que es eso solo lo que pienso hacer por ella.

JOAQUIN.

Para mi no puede haber mayor satisfaccion.

DON ALEJANDRO.

¡Veo que su educacion es tan incompleta!

JOAQUIN.

¿Qué quiere V.? Mi tia se figura que con

un poco de baile, de música y dibujo tiene una muger cuanto necesita para ser dichosa.

DON ALEJANDRO.

Y por esas frivolidades no ha cuidado de cultivar su razon, ni de inspirarla virtudes, que son las dos cosas que pueden darnos verdadera estimacion entre las gentes. Ella no lo conoce, y se envanece la infeliz con cuatro aplausos que la dan los mismos que se burlan de su tonteria. Pero cuando mas entrada en edad, se haga cargo del tiempo que ha perdido, y de que ignora las cosas que debia saber, entónces se avergonzará de sí misma, y maldecirá en vano la necedad ó la malicia de los que ahora la infatúan con sus adulaciones.

JOAQUIN.

¡No quiera Dios que yo llegue á ver á mi pobre hermana en esa situacion!

DON ALEJANDRO.

¿Y quién quieres que cargue con una muger llena de orgullo y de ignorancia, que léjos de poder gobernar su casa y familia, es preciso que dé en tierra con el caudal de su marido por grande que sea á manos del lujo y del desórden? ¿Qué estimacion habia de inspirar á su

esposo, qué aprecio á las gentes, qué respeto á sus hijos? No hay remedio: tendrá que pasar sus dias en perpetua soledad, y sin que alma viviente la tenga efecto ni mire por ella. Y esto, si yo aseguro su subsistencia, que sino acabará pobre y miserable.

JOAQUIN.

¡No, por Dios, tutor y padre mio! La bondad de V. no podrá abandonarla á tan mala suerte.

DON ALEJANDRO.

Tan léjos estoy de ello, que trato de hacer hoy mismo esa buena obra.

JOAQUIN.

¿Y por qué se ha de contentar V. con asegurar su subsistencia? ¿No fuera mejor darle la instruccion que necesita? Aun está en buena edad para aprender cuanto se quiera, tiene buen corazon, y yo le aseguro á V. que no le falta talento.

DON ALEJANDRO.

No, amigo; ya es tarde. Acostumbrada á las frivolidades de la sociedad, al ocio y á las diversiones, ¿quién será capaz de sujetarla á un plan de vida laborioso y severo? Veo que

no nos queda otro arbitrio que pensar en que tenga que comer siquiera para despues que yo falte.

JOAQUIN.

No me recuerde V. semejante idea, pues de solo imaginarlo se me saltan las lágrimas. Pero, no; Dios querrá que V. viva muchos años para bien de estos pobres huérfanos que no tenemos otro padre.

DON ALEJANDRO.

Estimo tus demostraciones de sentimiento, mas no creas que porque uno piense en la muerte, ha de venir mas pronto. El hecho es, volviendo á nuestro asunto, que la suerte de tu hermana me causa tales inquietudes, que al fin he resuelto dejarla cuanto tengo, por ver si á lo menos puedo preservarla de la indigencia.

JOAQUIN.

(*Tomándola la mano y besándola.*)

¡Cuántos millones de gracias doy á V. tutor mio! ¿Quiere V. que vaya corriendo á darle la noticia? Pero no: mejor será que no lo sepa. De ese modo aprenderá lo que ignora, como si tuviera que mantenerse de sus labores,

y así sabrá cuidar mejor de su caudal y de su casa. ¡Oh, querida hermana mia! Ya tengo esperanzas de verte feliz.

DON ALEJANDRO.

Abrázame, Joaquin mio, que eres un muchacho lleno de juicio y de generosidad. ¡Yo dejarlo todo á tu hermana! Nunca me pasó por el pensamiento cometer contigo semejante injusticia, sino acabar de conocer tus buenos sentimientos. Tú solo serás mi heredero universal, y ahora mismo voy á formalizar el acto.

JOAQUIN.

¡No por Dios! Siga V. su primera intencion, y otorgue el testamento á favor de mi hermana. Con eso yo me aplicaré más para llegar á ser hombre de provecho, y asegurar una honrösa subsistencia.

DON ALEJANDRO.

No te cause zozobra la suerte de Rosita, pues yo la dejaré un legado regular á fin de que no le falte lo preciso.

JOAQUIN.

Pues bien: hágalo V. al contrario, nombrando á mi hermana su heredera, y el legado será para mí en memoria del afecto que le he debido.

ESCENA XIX.

DON ALEJANDRO, JOAQUIN Y ROSA

(Que sale corriendo del gabinete y va á abrazar á su hermano.)

ROSA.

¡Oh amado Joaquin! ¡Cuan léjos estoy de merecer la liberalidad y el interes de que me das tan nobles testimonios!

JOAQUIN.

Eso y mucho mas mereces, Rosa mia, si estás dispuesta á hacer lo que desea nuestro bienhechor, y lo que yo te suplico encarecidamente.

ROSA.

Sí, sí, hermano mio: haré cuanto Vds. quieran, que bien conozco la diferencia que hay de tu educacion á la mia. Desde este momento disponga V. de mí, señor don Alejandro, en los términos que guste, pues estoy ansiosa de instruirme y de tomar á mi hermano por modelo.

DON ALEJANDRO.

Si perseveras en tan sabia determinacion, no dudes que aseguraré tú ventura. ¿Pero no sabrémos de qué nace esta mudanza tan repentina?

ROSA.

De haber escuchado á Joaquin, y visto su generoso desprendimiento. Así léjos de abrigar contra él el menor asomo de zelos ni envidia, le miraré siempre como mi mas tierno amigo y consejero.

JOAQUIN.

Sí, querida Rosa: eternamente lo seré, y en eso cifraré mi mayor gloria y complacencia.

DON ALEJANDRO.

¡Cuán dignos sois de mi afecto, hijos mios! Ya ningun sentimiento me queda por no dejar posteridad, pues os tengo en mi corazon como si os hubiera dado el ser. Paréceme que veo á vuestro padre, rebosando de alegria en el cielo por haber puesto á mi cuidado las prendas de toda su ternura.

ROSA.

No perdamos momento, señor mio: ¿Dónde

está la persona, de quien puedo adquirir la instruccion que me falta?

DON ALEJANDRO.

Pronto lo sabrás: entretanto pasaré algunos dias con vosotros para ir preparando á vuestra tia á fin de que adopte nuestras ideas. Tened gran cuidado en darla gusto y respetarla como debeis, porque es muy digna de vuestro reconocimiento. Verdad es que se equivocó acerca de los medios de labrar tu felicidad, mas no por eso puede caberte duda de que sus mas vivos deseos y solicitudes no han tenido otro objeto.

ROSA.

Bien lo conozco; pero á pesar de eso renuncio desde ahora á las frivolidades pasadas. No mas música, ni baile, ni dibujos.

DON ALEJANDRO.

¿Cómo? ¿Olvidar lo que has aprendido? Ese fuera otro desacierto no menos vituperable. Sigue cultivando esas habilidades como hasta aquí, con tal que reconozcas que no constituyen ellas solas el mérito de una muger. Por lo demas ¿quién duda que contribuyen á su lucimiento en la sociedad? que son un ho-

nesto descanso de las faenas domésticas, que añaden medios de complacer á su marido, y de saber dirigir la educacion de sus hijos? No son peligrosas, sino cuando inspiran cierta vanidad ridícula en quien las posee, cuando por ellas se toma gusto á los pasatiempos, ó se cobra aversion á las obligaciones domésticas. Son como las flores, que pueden cultivarse por el deleite que proporcionan, ocupando con ellas una parte de la heredad, pero destinando la mas grande y principal para otras semillas de mayor sustancia y provecho.

FIN.



ERRATAS.

PÁG.	LINEAS.	DICE.	LÉASE.
39	14	brazá	*brazo*
53	8	aguardate	*guárdate*
119	1	incurrir	*no incurrir*
134	5	mimas	*mismas*
id.	id.	llegua	*llega*
169	9	cogeremos	*cogemos*
182	1	le	*lo*
209	25	entieude	*entiende*
259	14	dasgracia	*desgracia*
374	17	que en concierto	*que*
376	10	que la recuerde	*que le recuerde*
380	1	si fuera solo	*si fuera eso solo*
392	25	me ha enfadado	*me va enfadando*
411	2	sigue	*siga*









colorchecker CLASSIC
calibrite
mm